

## V a r i a

### JUPITER DOLICHENUS Y LA LAPIDA DE VILLADECANOS

Al N. O. de la provincia de León, en Villadecanos, cerca de Villafranca del Bierzo (la antigua *Bergidum*), el vecino de Valtuille de Abajo, Baldovino García, halló en 1934, en el término llamado Peña del Castillo, una gran lápida con inscripción y símbolos, que en el mes de octubre de 1942 ingresó en el Museo Arqueológico de León. Fué luego publicada por el canónigo archivero don R. Rodríguez en *MMAP* 3, 1942, 143 y lám. XLI I. Es una pizarra azulosa, muy homogénea, que mide 1'45 de longitud, 70 cm. de altura y tiene un grosor de 1'5 centímetros. Es, pues, una lámina delgada y de gran tamaño. No ha advenido íntegra, pero sí con todo lo importante. Falta sólo la parte inferior y un gran trozo del centro. Lo conservado está roto en grandes trozos, que casan perfectamente. Damos el dibujo de nuestra fig. 1.

En lo alto y en su mitad, hay un medallón redondo, con el motivo corriente de los círculos secantes, formando una gran combinación de rosetas de seis pétalos. Este medallón va encuadrado en un octógono, el octógono en un cuadrado, que a su vez va dentro de otro cuadrado, con sus ángulos en los puntos cardinales y éste inscrito de nuevo en otro cuadrado, con base horizontal, coronado por un frontón triangular, en cuyo campo se ven una media luna entre dos asteriscos. Por debajo de la inscripción hubo de haber cuatro motivos, que de izquierda a derecha son: a) Gran medallón de rosetas; b) Media luna con un círculo que contiene un trifolio entre sus dos puntas; c) Falta; d) Arco con jambas salientes y en centro una hoja, terminada en tres puntas, que surge de un árula, en la que se lee LA / PA. Todo está labrado con sumo arte y encuadrado por una gruesa moldura a modo de marco. La inscripción, dividida en dos por el motivo central, dice:

*Iuliano  $\bar{I}$  et Crispino co(n)s(ult)ibus / pri(die) idus februaris Aemilius / Cilimedus |l(ibens?) p(osuit?) pro salute sua et / suorum die Iovis . . . . .*

La data es precisa: jueves, 12 de febrero del año 224. Pero el 12 no fué jueves, sino viernes. Su editor piensa que "la dedicación se hizo, en efecto, el jueves, 11 de febrero, pero después de la hora de vísperas, o sea, a última hora de la tarde o en la noche del jueves al viernes".

Las interpunciones son hojas de yedra, salvo la separación final de la línea primera, que son dos puntos triangulares, uno arriba, otro abajo. La inscripción está limitada en sus dos extremos por lo que hemos llamado en otro lugar "es-cuadras de albañil", muy corriente en estelas del N. O., en las que aparecen asociadas con los mismos temas que presenta la estela de Villadecanos<sup>1</sup>. Su significado lo ignoramos.

La inscripción no está completa. Faltan unas letras, probables siglas de una fórmula cualquiera, precisamente debajo del cuadro central. Ello lo denota la *hedera distinguens* que sigue a Iovis y el resto de una letra, justamente en el borde de la fractura, letra que hubo de ser de palo, primero vertical. (P, L, I, D etc.) Por otra parte, no estoy convencido del desarrollo propuesto por su editor respecto a L. P. de la tercera línea, aunque no pueda por el momento ofrecer otro mejor.

Uno de los aspectos más interesantes de esta lápida está en la ramita que surge milagrosamente<sup>2</sup> del ábula que alberga, a modo de santuario o capilla, el arco de la derecha de nuestro monumento. (Lám. I.)

Es curiosa su estrecha semejanza con las que solían servir de ofrenda a Júpiter Dolichenus, ténues laminillas de plata, recortadas en forma del todo similar a la del monumento de Villadecanos. Así son las numerosas del santuario dolicheno de Mauer an der Url, conservadas en la Antikensammlung des Kunsthistorischen Museum, de Viena. De las veintitrés hojitas argénteas de Mauer, dieciséis llevan inscripciones dedicadas a Jupiter Dolichenus. Los problemas que tales hojas suscitan se aclaran en parte al ver en un relieve de Brigatio a Jupiter Dolichenus sobre el toro, según forma corriente, blandiendo a modo de espada una hoja de este tipo, cosa rara, que no la volveremos a ver en los monumentos conocidos. Pero los testimonios de Mauer no son los únicos. Antes eran ya conocidos los hallados en Hedernheim, parte de los cuales guarda el British Museum y el resto el Museo de Berlín. Ello me induce a creer que la forma triangular característica de muchas de las placas con imágenes del Dolichenus son derivaciones geometrizadas de esta rama, que en los monumentos de Mauer, Hedernheim y Villadecanos, se nos presentan en forma más o menos naturales<sup>3</sup>. Hojas de plata similares llevan también dedicatorias a deidades como Mithras, Mars, Iuno, Vulcano, etc., pero estas religiosas eran por naturaleza sincréticas y acogían en su seno otras muchas divinidades, por lo que no vemos obstáculo para suponer un carácter dolichénico en la hoja de Villadecanos, tanto más cuanto la dedicación se hizo expresamente en el día de Jupiter.

Otra nota interesante de la misma inscripción de Villadecanos es que el ábula de la que surge la ramita, u hoja, lleva una indicación que acaso se refiera a la

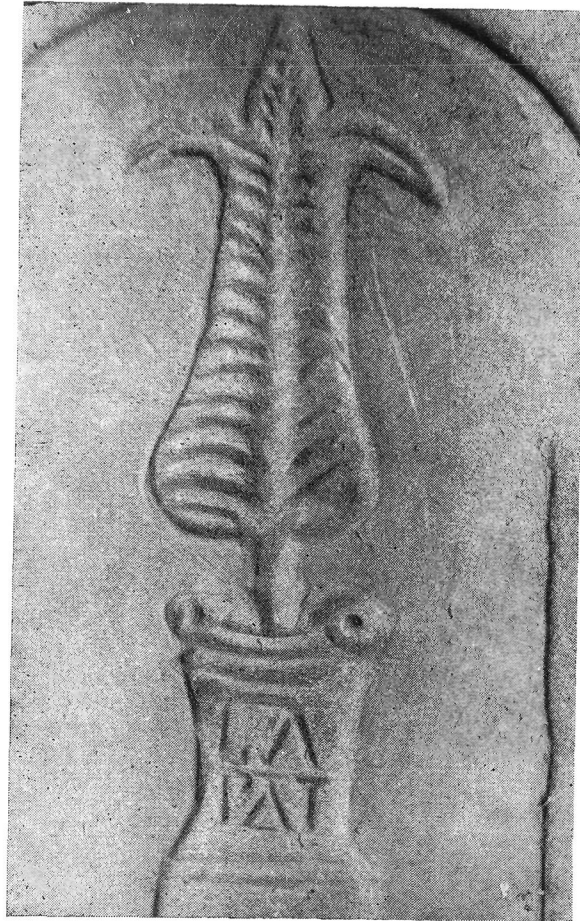
1 Para estos temas véase mi libro *Esculturas romanas de España y Portugal*, Madrid, 1949, 327 ss.

2 Recuérdese la palmera que creció sobre el altar de Augusto en Tarragona, Quintil. *Inst. Or.* 6, 3, 77).

3 Para las plaquitas de Mauer, ver P. MERLAT, *Répertoire des Inscriptions et monuments figurés du culte de Jupiter Dolichenus*. París, 1951, en el in-

dice s. v., "Mauer an der Url"; KAN, *Jupiter Dolichenus*, Leiden 1943, 87 ss. láms. VII y VIII. Las de Hedernheim en WALTERS, *Silver plate*, núms. 224 ss.; LEHNER, *Orientalische Mysterienkulte im römischen Rheinland*, *Bonner Jb.* 129, 1924, 79 ss.; MERLAT, s. v. *Hedernheim*; KAN, citado, 141 ss., núms. 272 ss.





Detalle de la lápida de Villadecanos



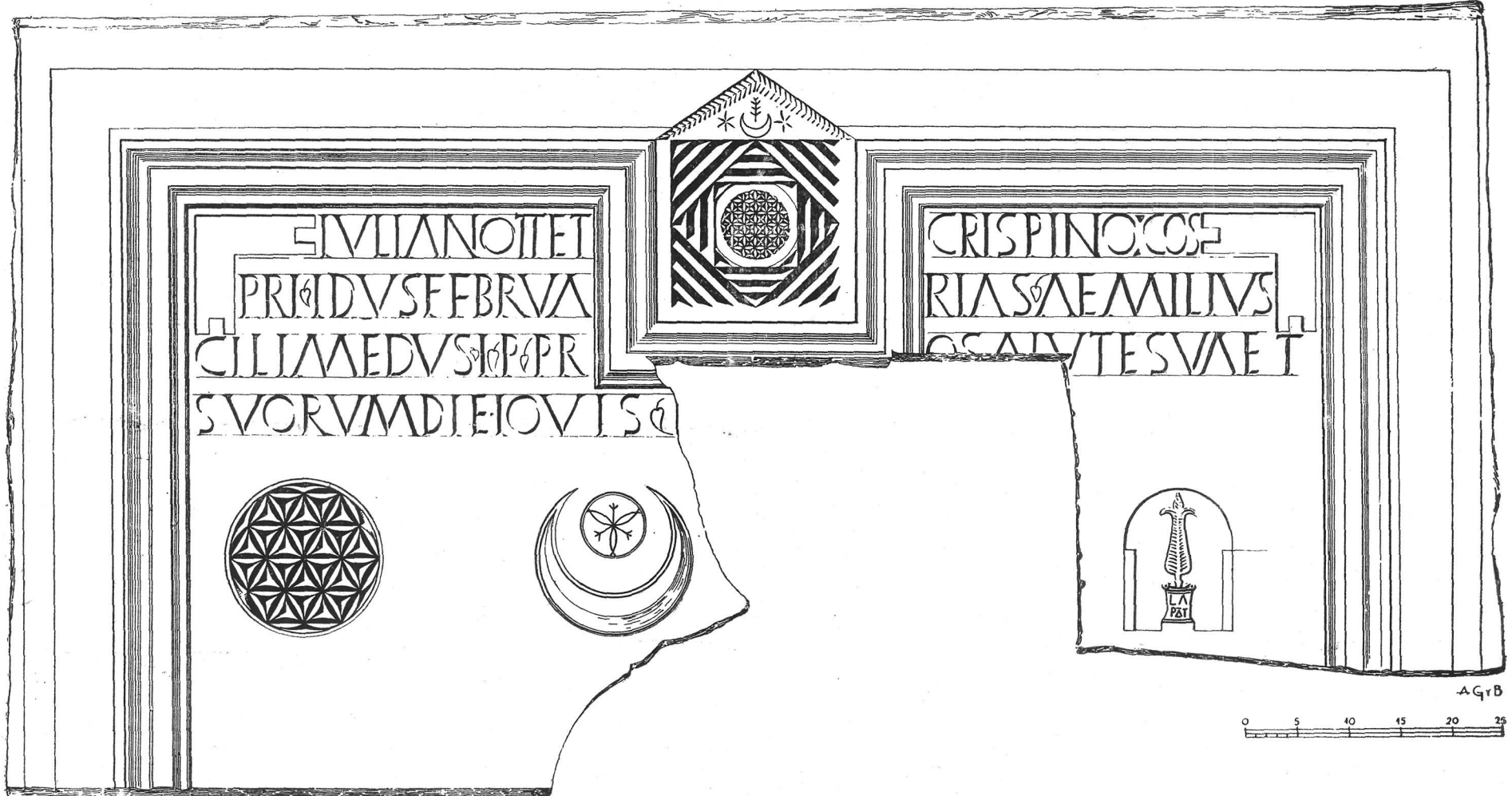


Fig. 1. — Lápida de Villadecanos. Museo Arqueológico de León.

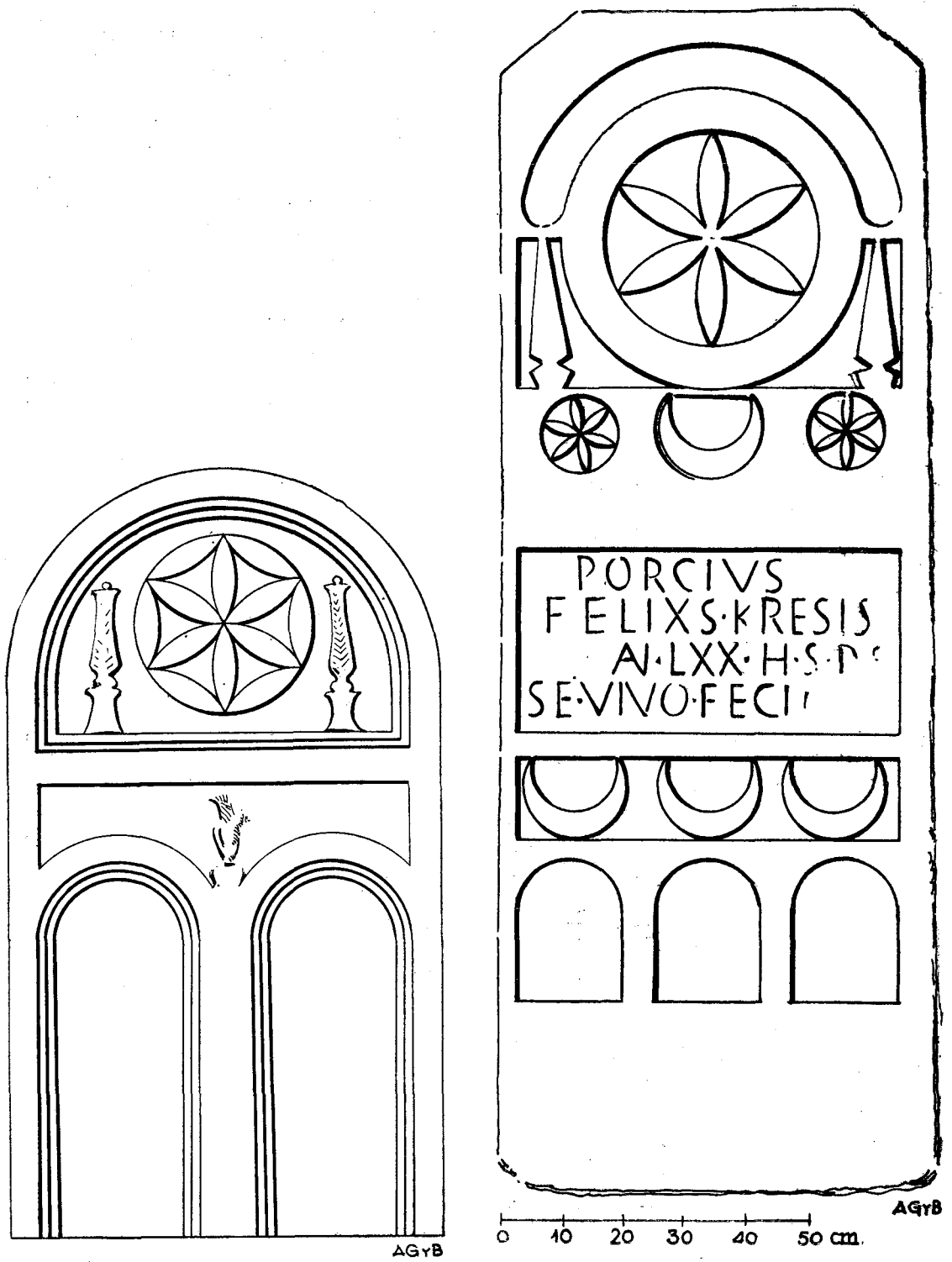


Fig. 2. — Lápida de Estella. Iglesia de San Pedro. Fig. 3. — Estela de Carcastillo. Museo de Pamplona.

misma hoja o rama, en esta forma: LA/PAT. ¿Es una indicación referente a la planta *lapathus*, que vulgarmente se llama "amor de hortelano"? En la misma lápida de Villadecanos vuelve a repetirse la hoja, que se figura como ornando las dos vertientes del frontón en el cuadro central. Que es la planta misma lo indica su forma, que va disminuyendo de ancho a medida que se acerca a los dos extremos. Lo natural era esperar una forma de cornisa moldurada más o menos simple, pero no una rama u hoja <sup>4</sup>.

El símbolo fitomorfo de nuestra lápida no es único en España. En las estelas pirenaicas de la región navarra aparece también. Así (fig. 2), en la inscripción de Estella, desgraciadamente anepígrafa, y en la de Carcastillo. (Fig. 3.) En ésta última la inscripción no da más que el nombre del dedicante (*Porcius/Felixs (sic) Kresis / an. LXX ha. s. d. / se vivo fecit*), que nada aclara, salvo lo que se quiera deducir de su condición de probable liberto. A juzgar por su *cognome* Kresis, sería acaso de Creta <sup>5</sup>. En la primera de las citadas, es decir, en la de Estella, la ramita u hojita se alza sobre el *focus* del ara, como en la de Villadecanos. Por otra parte, las concomitancias de unas con otras es clara también en los signos o símbolos astronómicos que las exornan, indicando por todo ello un estrecho parentesco, aunque el arte difiera, entre otras razones por la diferencia de piedra y distancia de lugar. En la misma región pirenaica no son raras las lápidas con cabezas de toro, animal estrechamente unido al culto de Júpiter <sup>6</sup>.

El culto a Zeus Dolicheno no tuvo tantos adeptos en el Occidente como otros cultos orientales. Aun en el mismo mundo oriental hubo importantes regiones que fueron refractarias a él. Puede decirse que su propagación se limitó (eso sí, con profusión y densidad) al *limes* centro-europeo del Rin y el Danubio, a los *valla* británicos y en menor cantidad a Italia y Dalmacia. España, Francia, el Sur de Britania, Sicilia, N. de Africa, Grecia y Asia Menor, no lo conocieron prácticamente. Se trata de una religión obscura, sin historia conocida y limitada a los soldados. De ella, de sus creencias y ritos, nada sabemos por las fuentes antiguas. Lo poco que hoy adivinamos es gracias a los monumentos. La Península Ibérica no ha suministrado hasta ahora ninguno seguro. Los tres que ofrecemos aquí son sólo probables, aunque esta probabilidad lo sea en grado sumo. Sin embargo, conocemos un centurión de la *Legio VII Gemina*, un tal Q. Carmeus Iulianus, que en compañía de su esposa e hijos ofrece un voto a Delichenus *pro salute* de los Emperadores Septimius Severus, Caracalla y Geta, en el año 198-208. La inscripción se halló en Daruvar (Pannonia) y se guarda en el Museo de Zagreb (Yugoslavia). (*CIL* III 3938 y p. 1745=Merlat 77, número 75.) Sabemos de otro centurión de la *Legio X Gemina*, llamado Secundius Restatus (*sic*), que dedica también en Daruvar para sí y los suyos, un ara en honor de Júpiter Dolichenus (la inscripción dice: Doloceno. *CIL* III 3999; Merlat 78, número 76. Mus. Zagreb). La Legión

<sup>4</sup> Sobre la alusión al *lapathus*, véase R. D. P. *JRS* 60, 1946, 135 que fué el primero en sugerir tal posibilidad.

<sup>5</sup> La lectura del *CIL* II 2.962 es defectuosa.

Vide mis *Esculturas romanas de España y Portugal*, Madrid, 1949, núms. 382 y 383.

<sup>6</sup> Mi libro antes citado, núms. 385, 839 y 390.

estuvo en Pannonia hacia el 105, después de su estancia en *Aquincum*. Partió de Hispania después de 68. Secundius pudo, pues, ser devoto de Dolichenus ya durante su estancia en España. Los testimonios de culto en relación con individuos de tropas auxiliares de nombre hispánico no son determinantes y menos en datas posteriores a los flavios. No obstante recordemos que en Ostia (Merlat 261, número 265) figura como secuaz de Dolichenus un *praefectus equitum* de un *Ala Hispanorum*; que en Remagen (Merlat 336, número 342) se conoce a un sacerdote de Dolichenus en relación con la *Cohors I Flavia* (*¿Hispanorum equitata?*); y que en Myzskw (Galicia Oriental) (Merlat 38, número 41) se conoce una mano de bronce votiva con la dedicatoria de un *optio* de la *Cohors I Hispanorum miliaria*.

*Aemilius Cilimedes* era un indígena romanizado, como lo denuncia su eognomen. La falta de praenomen no debe de tomarse en consideración, pues en la fecha de la lápida era ya frecuente su omisión. *Cilimedes* es nombre de abolengo céltico. Hasta ahora, en esta forma, es único en España y en lo que yo conozco también fuera de ella. Pero se halla claramente emparentado con otros conocidos. Así, su primer miembro, *Cili*, lo hallamos como corriente en la Lusitania en ejemplos como *Gilacili*, *Cilini* o *Cilene*, *Cilici*, *Cilanni*, etcétera. (Ver Palomar Lapesa. *La onomástica prelatina de la antigua Lusitania*, Salamanca 1957, s. v. en p. 64.) El *Coelimelis* de Barajas (*CIL* II 3063) parece latinización etimologizante de un nombre similar a los que nos ocupan. *Med-* es muy frecuente también. Hay una *gensililas Meducenicum* en lápida de Sigüenza (A Tovar, *Estudios sobre las primitivas lenguas hispánicas*, Buenos Aires, 1949, 109) y un *Madicenus* por *Matigenus*, en Gumiel (*CIL* II, 2771), Además, *Medamus* (*CIL* II 774\*, 4980), *Medama* (*ibid.* 911), *Medanica* (*ibid.* 162) *Meduttio* (*ibid.* 823), *Mimmedus* (en Ujo, F. Diego Santos *Epigr. romana de Asturias*, Oviedo 1959, 40 ss.), etc. Como topónimo lo hallamos en *Medobrega* (Lusitania, *Caes. B. Alex.* 48, 4; *Plin.* IV, 118; *CIL* II 760) y *Mediolon* (Celtiberia, *Ptol.* II 6, 57).—A. GARCIA Y BELLIDO.

*DOS ANFORAS DEL PECIO GANDOLFO (ALMERIA)*

El llamado "Pecio Gandolfo" se encuentra sumergido a unos diez metros de profundidad frente a la playa de San Miguel, al Sur del Faro del Sabinal, y los constituyen los restos del maderamen de una embarcación antigua y la casi totalidad de su cargamento, consistente en gran cantidad de ánforas de diversos tipos y tamaños, la mayoría de las cuales se encuentran en excelente estado de conservación.

El autor de este hallazgo fué don Antonio Gandolfo, hijo del encargado de dicho faro, quien en colaboración con otros miembros de su familia procedió, en múltiples inmersiones a pulmón libre, o sea, sin empleo de escafandra, a la recuperación de abundantes muestras del material sumergido.

El designar este yacimiento con el apellido de sus descubridores, pese a que con ello se rompa la costumbre, tradicionalmente establecida, de denominarlo topónicamente, lo hacemos en primer lugar rindiendo un justo homenaje a la familia Gandolfo, que con tanto esfuerzo como desinterés ha llevado a cabo las prospecciones, después porque con este nombre es ya conocido en el mundillo de los buceadores deportivos; también porque la designación geográfica, en este caso, resultaría un tanto vaga, dada la gran longitud que alcanza la playa de San Miguel, y en fin, porque el lugar llegó a nosotros ya bautizado y no existiendo, a nuestro entender, razón alguna para cambiarle el nombre, lo damos a conocer con él, a pesar de que, en cierto modo, resulta un tanto impropio.

Con todo, los descubridores han evitado la dispersión de los materiales, guardando para ello una prudente reserva, precaviendo que alguien explotara el yacimiento como cantera de antigüedades para el comercio, como desgraciadamente viene ocurriendo con los hallazgos submarinos, tanto en nuestra Patria como en el extranjero, excepcionalmente, han llegado a Barcelona, por mediación de don José Oriol Coderch, dos ánforas, que son las piezas que gracias a su amabilidad hemos podido estudiar y reproducir.

Estas ánforas son diferentes y parecen ser representación de los dos tipos que principalmente constituían el cargamento de la nave hundida. Ambos ejemplares están incompletos, pero han podido ser reconstruídos, sobre el papel, gracias a datos y fotografías de otras ánforas de idéntica procedencia y tipo, que nos ha proporcionado el mencionado señor Coderch.

El ánfora a la que asignamos el N.º 1 (Fig. N.º 1, -1) mediría completa algo más de un metro de altura, no podemos apreciarlo con exactitud por estar faltada del pivote. El labio es de sección triangular. El cuello es cónico. El cuerpo cilíndrico, ensanchándose ligeramente en su parte inferior. El pivote, reconstruído gracias a uno perteneciente a otra ánfora de tipo idéntico, es largo y hueco y las asas son largas, fuertes, ligeramente inclinadas y con una ranura en el centro.

La capacidad no ha podido ser medida; aproximadamente le calculamos unos veinticinco litros. La pasta es roja, presenta al exterior un engobe de color amarillento, en general bien conservada, a pesar de la erosión marina. El interior está cubierto de espesa capa de pez o resina, de color negro. En el cuello

lleva una inscripción en tres líneas, pintada con una tinta actualmente de color gris pálido, muy poco visible. (Fig. N.º 2-1.) Por su perfil esta ánfora puede atribuírse, sin lugar a dudas, a la forma 14 de la clasificación de Dressel.

Un sorprendente paralelo a esta inscripción lo hemos encontrado sobre un

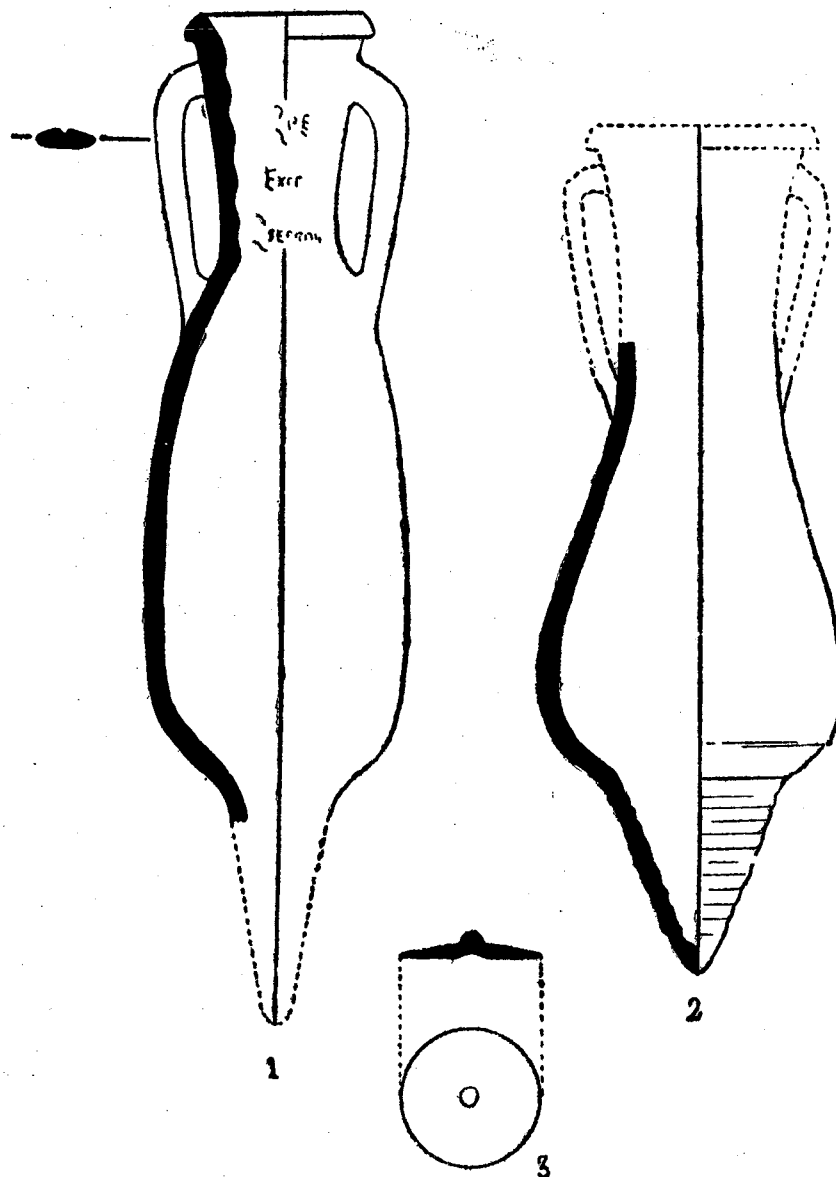


Fig. 1. — Anforas del "Pecio Gandolfo". Almería.

ánfora, asimismo de la forma 14, hallada en Roma a mediados del pasado siglo y publicada por Dressel <sup>1</sup>. (Fig. N.º 2 2.) Su lectura, según dicho autor, es la siguiente:

<sup>1</sup> ENRIQUE DRESSEL, *C. I. L.* XV, 4719.



LIQ ( VAMINA ) FL ( OS )  
 EXCEL ( LENS )  
 L PVRELLI ( o AVRELLI ) GEMELI

La primera línea de la inscripción, tanto en el ánfora de Roma como en la nuestra, enuncia el producto contenido: LIQVAMINA, que es una conserva semi-líquida de pescado en salmuera. En cuanto al apelativo FLOS, que le sigue, ignoramos su significado; sólo podemos decir de él que es muy frecuente en inscripciones similares o parecidas a éstas. Toda la primera línea es, a nuestro parecer, muy dudosa, y apoyamos nuestra versión en la gran autoridad de Dressel.

La segunda línea, que en nuestra ánfora se conserva muy completa, no ofrece lugar a dudas; se trata, evidentemente, de una abreviatura de EXCELLENS, adjetivo propagandístico que aparece frecuentemente en inscripciones de este tipo a continuación del enunciado del producto que el ánfora contenía.

En cuanto a la tercera línea, tanto en uno como en otro ejemplar, la primera letra es una L mayúscula, pero en la que nos ocupa está seguida por una S y una E, que mal se avienen con el nombre leído por Dressel. Este nombre, que probablemente era el del productor o el del negociante, es perfectamente verosímil que se tratara de otro que el mencionado por el citado autor. También cae dentro de lo probable que la diferencia se deba a nuestra interpretación, puesto que, como hemos dicho, la inscripción se conserva muy débilmente y el calco no ofrece garantías absolutas de exactitud.

Al ánfora N.º 2 (Fig. N.º 1 -2) está faltada de asas y cuello, y reconstruida idealmente gracias a fotografías de otros ejemplares del mismo tipo. Es de altura algo menor que la anterior. Su boca y el cuello son al parecer algo más anchos. El cuerpo, que se une al cuello sin solución de continuidad, es notablemente más ancho en su parte inferior (piriforme). El pivote es extraordinariamente ancho y bastante largo y también hueco. En él las líneas del torno están muy acusadas. La pasta y el engobe son idénticos al ejemplar anteriormente desorito: asimismo, su parte interna está cubierta de una capa más leve de pez o resina.

En la parte conservada no presenta inscripción, ni marca alguna, pero como hemos dicho le falta el cuello y como es en él en donde generalmente llevan inscripciones, es posible y hasta es probable que la llevara.

Esta ánfora, por su forma, nos da un perfil hasta el presente desconocido; es decir, que estamos ante una forma nueva, no clasificada. Evidentemente está emparentada con los números 6 y 9 de Dressel, con el 48 de Pélichet <sup>2</sup> y con algunos ejemplares procedentes de Maguncia, publicados por Grenier <sup>3</sup>, pero es una variante de la que, repetimos, no tenemos ningún precedente.

2 EDGAR PÉLICHET. "A propos des amphores romaines trouvées à Nyond, Zeitschrift für Schweizerische Archäologie und Kunstgeschichte VIII (1946), págs. 189, s. s.

3 ALBER GRENIER. *Manuel d'Archéologie pré-historique celtique et gallo-romaine*. (1934), págs. 633 s. s.

En cuanto a su contenido tenemos una prueba tanto o más evidente que la proporcionada por la inscripción del ánfora número 1, dada por restos del producto que contuvo. Estas son espinas de pescado, actualmente en curso de análisis, con el fin de saber a qué especie pertenecieron, y que nos permite suponer que la mercancía transportada era, asimismo, una conserva de pescado,

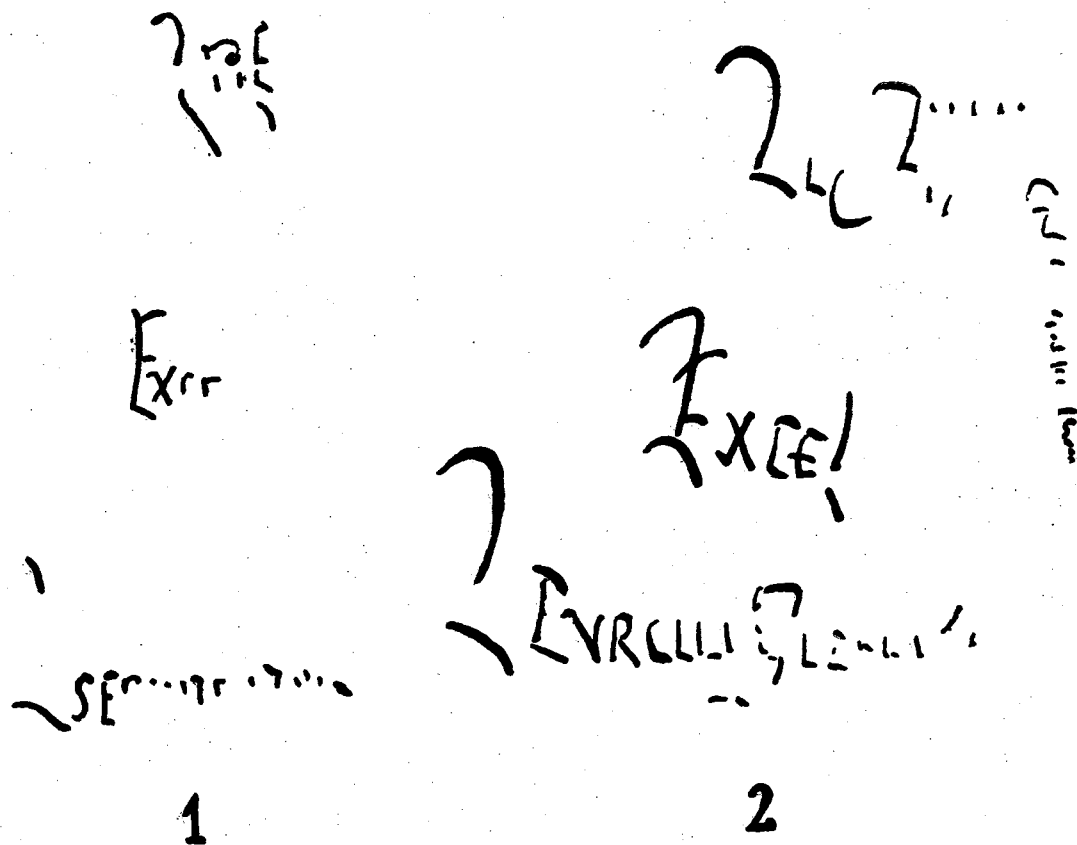


Fig. 2. — Inscripción del ánfora n.º 1, a 1/2. Inscripción de un ánfora del mismo tipo hallada en Roma.

probablemente también en salmuera; pero en este caso no en pasta, sino en grandes trozos o hasta quizá de peces enteros, cosa que abona y justifica la gran anchura de la boca de este recipiente.

Quedan por dilucidar dos cuestiones, seguramente muy importantes y desde luego muy problemáticas, que son: el país de origen de las ánforas y la época en que ocurrió el naufragio. Sobre estas cuestiones se nos ocurren las siguientes observaciones:

Sobre el país de origen o cuanto menos el puerto de procedencia del navío, cabe suponer, razonablemente, que éste sería cualquier punto del Sur de España, zona en que la industria de salazones y conservas floreció extraordinariamente en la antigüedad, ya que no es probable que un buque arribara a este país con un cargamento de una mercancía que era objeto de exportación en el mismo.

Y en cuanto a su cronología, el perfil del labio del ánfora número 1, según

el método de Pélichet, debe datarse entre los siete años antes y cincuenta y tres después de J. C., aunque este método, a nuestro parecer y en general, debe emplearse con bastantes reservas.

Los ejemplares de Maguncia, que hemos considerado emparentados con el ánfora número 2, y otros de idéntica procedencia, que posiblemente lo están con la número 1, son perfectamente fechables en la primera mitad del siglo I, después de J. C.

La inscripción publicada por Dressel fué hallada, según él, en la *Domus Aurea*, el palacio de Nerón, en Roma. Este edificio fué empezado a construir inmediatamente después del incendio que sufrió esta ciudad en el año 63 de la Era. Si bien es cierto que se utilizó hasta finales de la época Flavia, creemos, lógicamente, debería hallarse entre sus cimientos; por lo tanto, la fecha en que estuvo en uso debe remontarse a la de la construcción del citado palacio.

Y que sin intentar inmiscuirse en cuestiones de estilística epigráfica también hay que hacer notar que en Pompeya <sup>4</sup> aparecen varias inscripciones que por su caligrafía evidentemente están emparentadas con la del "Pecio Gandolfo). Ciertamente que dichas inscripciones se hallan sobre ánforas de tipo diferente a la nuestra, pero por su forma pueden clasificarse si no dentro de la misma especie por lo menos dentro del mismo género. Aunque el indicio es vago vale la pena tenerlo en cuenta, puesto que nos proporciona una fecha cierta: el año 79 después de J. C., en que Pompeya fué destruída por el Vesubio.

Así, pues, mientras no podamos estudiar más material de este yacimiento, tarea que en un futuro próximo pensamos emprender, puesto que consideramos que puede ser fundamental para la cronología de unos tipos de ánfora mal conocidos, aparte de los interesantes datos que puede aportar sobre el comercio de la Bética en la antigüedad, creemos que provisionalmente debemos buscar el país de origen de las ánforas en la mencionada provincia y fecharlas en las décadas centrales del siglo I después de J. C.

Junto con las ánforas hemos visto dos tapaderas (Fig. N.º 1, 3) para las mismas. No presentan ninguna novedad con respecto a las ya conocidas; como éstas son circulares y con un botón o resalte central. Sólo presentan la particularidad de que, mientras una es de arcilla cocida, la otra es de una materia blanca y blanquecina, que debe ser yeso o más probablemente aun puzolana. Las tapaderas no presentan ningún epígrafe.—R. PASCUAL GUASCH.

---

<sup>4</sup> RICARDO SCHOENE. *C. I. L.* IV 2596, 1637, 2655 y 2669.

*PROSPECCIONES EN EL POBLADO DE PUIG CASTELLAR,  
EN SANT VICENS DELS HORTS (BARCELONA)*

El cerro de Puig Castellar, de Sant Vicens dels Horts, es un cabezo de cumbre roma, en el extremo de una de las estribaciones del macizo de Garraf, ya en el Llano del Llobregat, que se eleva al Sur del cruce de carreteras denominado Cuatro Caminos, a la salida del puente de Molins de Rei.

Se trata de una elevación de formas suaves, algo abrupta a partir de la de su altura y en sus caras Norte y Noroeste. La colina está casi totalmente cultivada, excepto en aquellos puntos en que el relieve es más áspero, y en el extremo Norte de la cumbre, donde la roca caliza aflora.

No hay restos visibles de edificaciones, pero en los bancales de cultivo son muy abundantes los fragmentos cerámicos.

Encontramos señales de haberse realizado algunas catas, algo extensas, pero desconocemos quiénes fueron sus autores.

Nuestra prospección se limitó a tres catas de sondeo en la zona no cultivada, que denominamos: Silo, Cata I y Cata II.

Las catas I y II consistieron en dos sondeos en la vertiente Noroeste y a unos quince metros por debajo de la cumbre.

El silo estaba situado más hacia el Oeste que las catas y muy poco por debajo de la cumbre, tratándose de una anfractuosidad de la roca, algo retocada burdamente para su aprovechamiento.

Los hallazgos parecen pertenecer a un período relativamente breve, que situamos entre la segunda mitad del siglo II a. de J. C. y la primera mitad del siglo I a. de J. C.

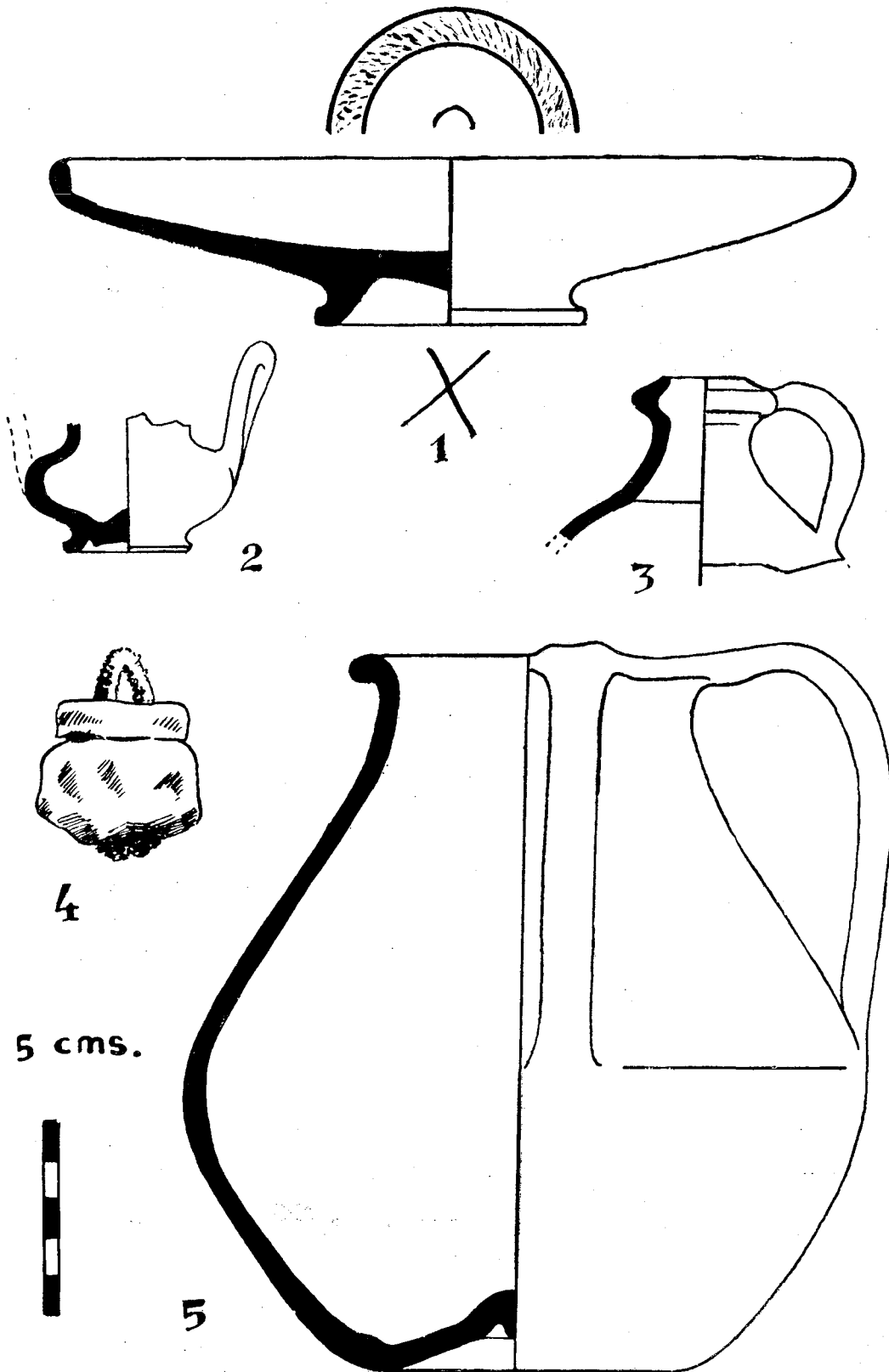
El silo no mostraba señales de estratificación y parecía haber sido relleno de una sola vez o bien en un corto lapso de tiempo y sin solución de continuidad. Por ello consideramos útil publicar su contexto separadamente de los hallazgos de las catas, que consistieron únicamente en fragmentos rodados.

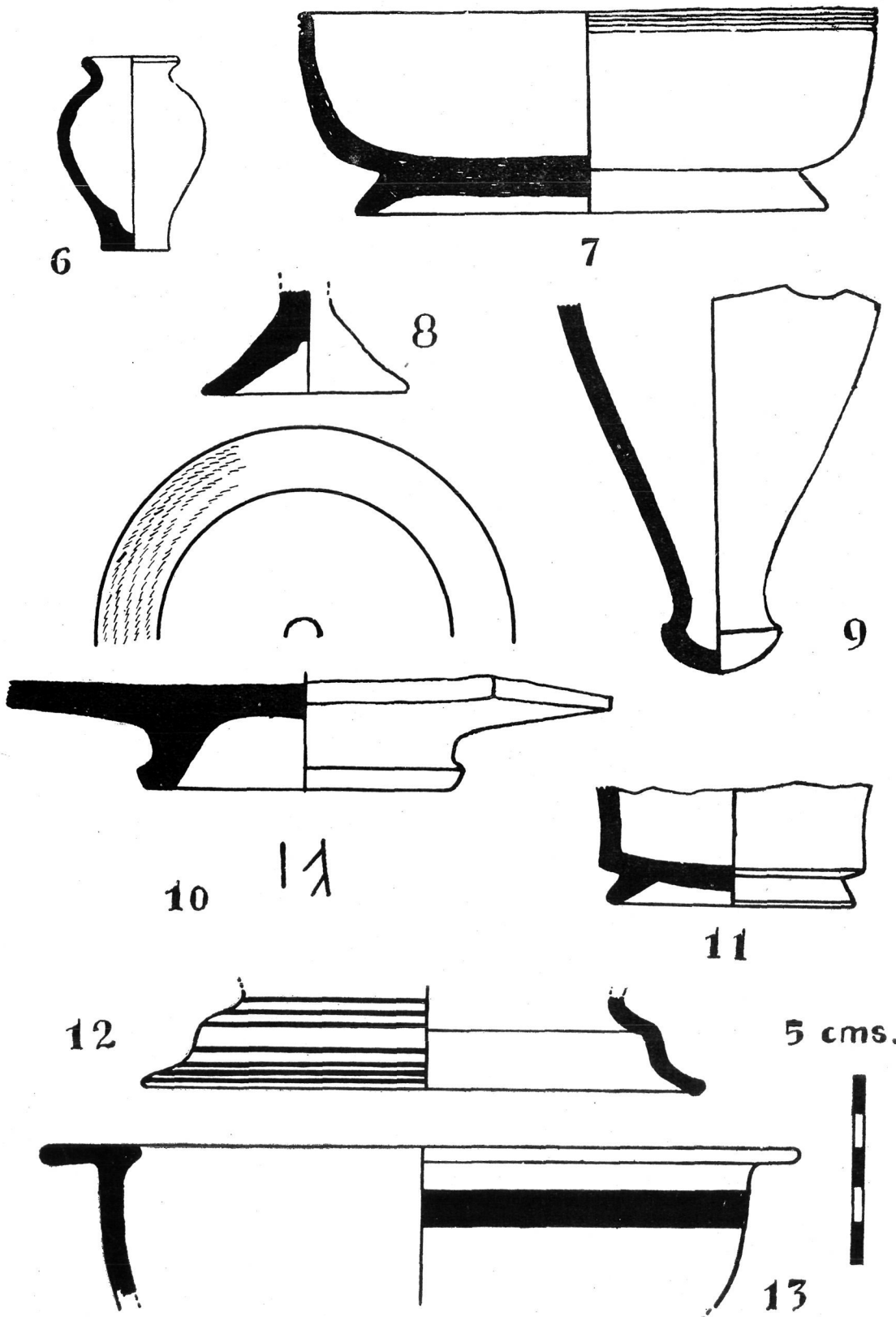
#### INVENTARIO DEL SILO

##### *Cerámica Campaniense*

Fragmentos de una forma 5 de la campaniense B; arcilla ocre amarillento; barniz delgado, pardo oscuro rojizo e iridescente por cocción excesiva; el barniz ocupa, por derrame, el interior externo de la base y aparece difumado de rojo alrededor de la misma; el centro del fondo interno, reservado por la pieza superior durante la cocción en el horno, presenta un área circular donde el barniz se ha vuelto negro y opaco; decoración compuesta por tres círculos concéntricos poco marcados, entre los dos mayores, corre una faja de estrías a ruedecilla, muy leves; en el fondo externo un grafito de una cruz. (Fig. 1.)

Fragmentos de una forma 5 o quizá 7 de la campaniense B; arcilla ocre rosado; barniz negro, espeso, difumado de rojo alrededor de la base y que no llega al interior de la misma; decoración compuesta por un pequeño círculo inciso central y otros dos mayores concéntricos, entre los cuales corren cinco



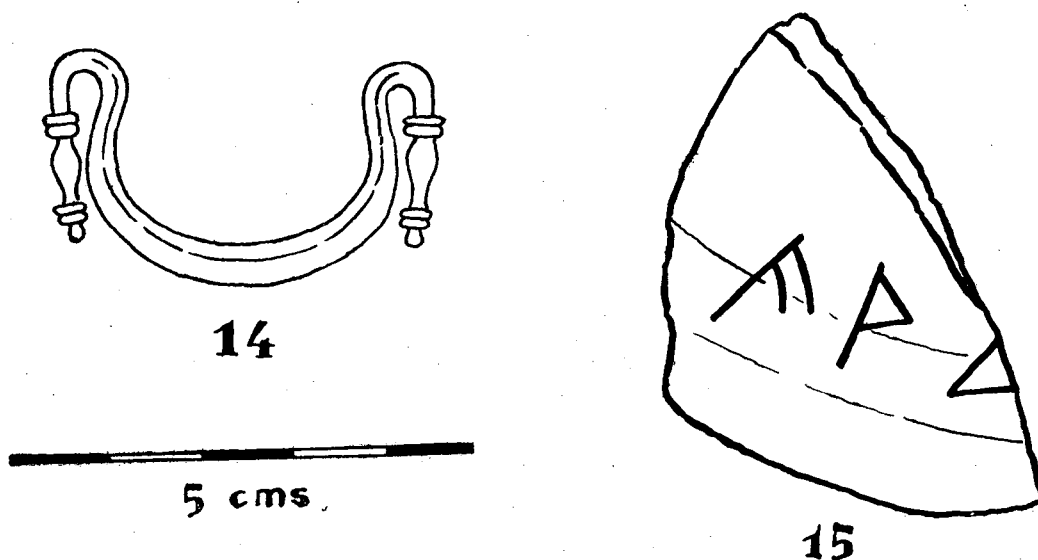


líneas de estrías a ruedecilla, delgadas y tan juntas y finas que casi podrían tomarse por otros círculos. (Fig. 10.)

Veinticinco fragmentos varios de campaniense B (en general pertenecientes a vasos de la forma 5, dos de la forma 3 y tres de la forma 1).

Un fragmento de campaniense A, perteneciente a una forma indeterminada.

Un fragmento de la base de una forma 4 de la campaniense B; arcilla de



color ocre rosado; barniz negro, opaco, delgado, que ocupa toda la superficie; el torneado de la pieza es muy descuidado. (Fig. 8.)

#### *Cerámica a torno pintada*

Varios fragmentos de vasos hemisféricos de borde plano, con decoración de fajas de color ocre. (Fig. 13.)

Fragmentos de vasos cilíndricos de borde plano con decoración de fajas, rayas y círculos concéntricos.

Asa perteneciente a un vaso de tamaño mediano, decorada con listas horizontales.

Fragmentos de la base de una pieza de pie alto, decorada a rayas. (Fig. 12.)

#### *Cerámica a torno sin decorar*

Fragmentos de ánforas de tipo pequeño, sin cuello, con asas, terminando en pivote hueco. (Fig. 9.)

Fragmentos de varias piezas indeterminables, con engobes, de arcilla roja y de excelente cocción.

Fragmentos de piezas de arcilla gris.

Jarro con dos asas colocadas asimétricamente; su perfil recuerda vagamente al llamado vaso bicónico, si bien su fondo cóncavo es más próximo a otros

perfiles; pasta rojo vivo, fina y de fractura cortante, de buena cocción. (Fig. 5.)

Un pequeño vaso miniatura de arcilla roja. (Fig. 6.)

Pequeña cratera miniatura de pasta gris. (Fig. 2.)

Fragmentos del cuello de un olpe de arcilla pardo-amarillenta. (Fig. 3.)

#### *Cerámica ordinaria a mano*

Fragmentos de urnas de perfil en S, con decoración de cordones aplicados al cuello. Alguno de los fragmentos del cuello parece pertenecer a una pieza de borde muy abierto.

#### *M e t a l*

Fragmento de un escurridor de bronce, con los agujeros dispuestos formando círculos concéntricos.

Ponderal de plomo, con anilla de hierro. (Fig. 4.)

Pequeña asa de bronce. (Fig. 14.)

Fragmentos de un útil de hierro indeterminable.

#### *Inventario de la Cata I*

Fragmento de una pieza campaniense B, forma 1. (Fig. 7.)

Fragmentos del borde de varias piezas de campaniense B, formas 5 ó 7.

Fragmento de campaniense A, de forma indeterminable.

Fragmento de un plato de campaniense B, posiblemente una forma 5, en cuyo exterior se conserva parte de un grafito con dos signos ibéricos completos y parte de un tercero. (Fig. 15.)

Fragmento de una pieza campaniense de taller indeterminable, de arcilla rojo-pardo, barniz negro de baja calidad y torneado grosero.

Fragmentos de ánforas de tamaño mediano, con asas, sin cuello y pivote hueco.

Fragmento de un punzón o aguja de márfil.

#### *Inventario de la Cata II*

Fragmento de una pieza campaniense B, forma 2. (Fig. 11.)

Fragmento de una pátera de cerámica a torno, sin barnizar.

Fragmento de la base de una pequeña vasija de fondo plano, arcilla roja.

Fragmento de la base de una pequeña vasija de fondo plano, de arcilla gris.

JOSE BARBERÁ Y MIGUEL CABALLÉ



## SOBRE LOS MIEMBROS HISPANICOS DEL SENADO ROMANO DURANTE EL IMPERIO DE NERVA

Desde hace mucho tiempo ha sido propósito mío la redacción de un *Album Senatorio Hispánico desde César a Diocleciano*; varias dificultades, a las cuales he aludido en otro lugar, impidieron llevar a término este trabajo, que hubiera podido concluirse en 1957. He creído preferible, sin embargo, dar a conocer los materiales reunidos, modificando en cierto modo el plan de trabajo inicial y la forma de edición proyectada en su día <sup>1</sup>.

Tratar aisladamente del senado de Nerva no parece entrar en las normas habituales en los estudios de prosopografía senatoria. Stech <sup>2</sup> lo incluyó en su estudio, no remozado aún, del senado romano entre Vespasiano y Trajano, estableciendo así una continuidad ideal en la política senatorial de ambos soberanos y si Garzetti trató aparte del senado de Nerva, esto fué debido a otros propósitos <sup>3</sup>.

En realidad el estudio de la minoría española en el senado de Nerva ofrece un interés especial que supera el mero ámbito del peso del elemento provincial en la composición del senado romano. No se trata de un análisis de posibles preferencias por parte de Nerva, puesto que los hispanos de su senado eran senadores antes de su proclamación; ni tampoco el breve reinado de Nerva (septiembre del a. 96 a enero del año 98) permitió modificaciones substanciales en la composición del senado. No obstante, interesa ver aquí el papel que jugó o pudo jugar esta minoría en un hecho tan sorprendente e imprevisto como fué la adopción de Trajano.

El método seguido aquí es el normal en los estudios de prosopografía senatoria desde Stech, pero introduciendo algunas modificaciones que pueden considerarse obvias y aceptadas en estudios análogos.

En primer lugar ha parecido preferible agrupar los senadores por orden alfabético, prescindiendo de distinciones de rango en sus cargos, distinción que en lo posible se advierte en la descripción biográfica y estudio de *cursus*, debido a las dificultades que ofrece el mantenimiento de estos grupos. En segundo lugar se ha suprimido la habitual distinción entre "ciertos" e "incierto", incluyendo entre los últimos aquellos que quizá no vivían ya en el período considerado o bien no habían iniciado aún su carrera.

Entre "ciertos", "incierto" y de nombre desconocido, conocemos algo más de trescientos componentes del senado de Nerva. Esta cifra representa, probablemente, la mitad del número total de senadores en aquel momento. Téngase en cuenta, además, que estas cifras reflejan especialmente aquellos personajes que ejercieron una carrera de tipo senatorio o los residentes en Roma y parti-

1 Ha sido necesario adoptar la publicación por artículos aislados según el siguiente plan: I. "Los senadores hispánicos en época julio-claudia"; II. Los componentes hispánicos del senado romano bajo la dinastía flavia"; III. "Los miembros hispánicos del senado romano bajo el Imperio de Nerva"; IV. "Los senadores hispánicos desde Trajano

hasta Cómodo"; V. "Los senadores hispánicos desde Septimio Severo hasta Diocleciano" (en prensa en *Saitabi*); VI "Senadores hispánicos.—Conclusiones".

2 *Senatores Romani qui fuerint inde a Vespasiano usque ad Traiani exitum*, 1912.

3 *Nerva*, 1950, p. 103 ss.

cipantes habitualmente a las sesiones del senado, mientras es muy probable que no quede memoria de otros que vivieron alejados de estas mansiones <sup>4</sup>.

No parece que el reinado de Nerva significase una reacción a la política de los Flavios en general, ni la de Domiciano en particular <sup>5</sup>. Tampoco puede considerarse un compás de espera, ni menos un prólogo a la política de Trajano. Evidentemente se trata de un curioso ensayo de vincular la elección del soberano al senado, sentando una tradición que iba a ser grata a esta clase social, pero un ensayo concluído bien pronto y precisamente por obra del propio emperador, surgido del senado, que llegado el momento de designar su sucesor se preocupó poco o nada de la vinculación del poder a la designación senatorial y puso el entero colegio ante el dilema de sancionar o desaprobar, inútilmente, un hecho consumado: la adopción de Trajano y la designación de éste como sucesor.

Se dirá que al fin y al cabo el sucesor procedía del orden senatorio y era persona de grandes méritos. Sin embargo, ni las circunstancias de la época permitían el acceso al trono de alguien que no perteneciese al senado, ni los méritos son siempre reconocidos por los coetáneos, especialmente si su reconocimiento va acompañado de la pérdida de una distinción ambicionada. A ello debe añadirse que el elegido no sólo no había nacido en la Urbs, o al menos en Italia; era un provincial, hijo de una ciudad casi desconocida y ni siquiera pertenecía a una gran familia.

Con la elección de Nerva había triunfado una política contemporizadora. Para ciertos legitimistas el anciano emperado era directo descendiente, en cierto modo, de la familia de Augusto, fiel súbdito y amigo de Nerón, que conservaba su ascendiente en notables sectores del mundo romano. Para los múltiples partidarios de Domiciano era un contemporizador que había servido a los Flavios fielmente, del que nunca podrían esperarse otras formas perseguidoras que las aparentes y propagandísticas, tal la *damnatio memoriae*, y de quien podía conseguirse, como se consiguió en su día, el castigo de los asesinos de Domiciano.

Las viejas familias habían desaparecido paulatinamente del senado. Soñar en

4 Obsérvense unas cifras obtenidas por diversos autores del senado de varios emperadores:

Severo Alejandro-Carino	354
Augusto	438
Tiberio	445
Claudio	353
Nerón	429

(según DE LAET, *De samanstelling van den Romeinschen Snaat gedurende de eerste eeuw van het Principaat*, 1941);

Vespasiano	386
Domiciano	404
Trajano	428

(según STECH, o. c.);

Adriano	336
Antonino Pio	358
Marco Aurelio	345
Commodo	243

(según LAMBRECHTS, *La composition du Sénat romain de l'accession au trone d'Hadrien a la mort de Commode*, 1936);

Septimio Severo	937 - 725
Severo Alejandro	471
Severo Alejandro-Carino	354

(según BARBIERI, *L'albo senatorio da Set'inio Severo a Carino*, 1952).

Bajo César y durante el triunvirato el senado llegó a sobrepasar la cifra de mil miembros. Augusto redujo su número a la cifra normal de seiscientos que fué mantenida aunque algo superada tanto por las *adlectiones* (compensadas por la desaparición de viejas familias) como por el establecimiento del límite de la edad senatoria en los veinticinco años (cfr. MOMMSEN, *Roemisches Staatsrecht*, III, p. 800).

5 Cfr. GARZETTI, o. c., *passim*.

la restauración de la "legalidad republicana" era en todo caso un ejercicio retórico o una divagación, en la cual nadie podía ya pensar seriamente, y sólo, en todo caso, concebir la autoridad del senado como contrapeso mediador respecto a la autoridad del príncipe.

Desde Vespasiano los senadores itálicos y provinciales habían pensado constituir la mayoría del senado, en relación con los nacidos en Roma. Pese a sus diferencias una serie de circunstancias comunes les unían lo bastante para formar, si no un bloque homogéneo, sí un grupo acorde ante ciertas circunstancias y problemas. De buena situación económica, orgullosos de su nueva posición social y fieles al sistema y a la dinastía que les había permitido llegar a ello, no cabía por su parte alguna duda respecto a la permanencia y viabilidad del sistema de gobierno.

La política imperial tendía, gradualmente, a acentuar el poder personal del soberano y a encerrar el senado en una atmósfera de gran dignidad, de alto prestigio moral y social. De aquí que múltiples senadores vivieran este ambiente dedicándose tranquilamente a sus intereses personales y a su hacienda e intervinieran en la administración pública sólo en lo que estas exigencias se compaginaban con el propio deseo de honores y distinciones y su ejercicio no se oponía a deseos más fundamentales. Por otra parte, la breve duración de muchos cargos y su variedad, indican sobradamente que estos empleos eran eminentemente honoríficos y requerían escasa dedicación.

Muy distinta la situación y los deseos de otros senadores, entre los cuales abundaban sobremanera itálicos y provinciales. Son frecuentes entre éstos los personajes cuya vida fué absoluta dedicación a la carrera y al servicio, aunque requiera, como requería generalmente, residir en los lugares más periféricos é inhóspitos. Para muchos el pertenecer al senado era algo más que un derecho de nacimiento y sí el resultado de un duro sacrificio de sus padres o incluso de ellos mismos, consiguiendo pasar del orden ecuestre al senado. En estos ambientes, aparte la absoluta adhesión al régimen, existía una fidelidad extraordinaria para con el soberano, escindiendo los defectos personales de éste de su devoción al estado y manteniendo su línea de conducta pese a los cambios dinásticos.

Sin duda ambas posturas son susceptibles de ser mantenidas con dignidad o sin ella. En el senado la "oposición al régimen" no pasó generalmente de chismografía y murmuración ocasional. Hubo conspiradores, como también en toda clase de circunstancias hubo delatores, pero abundaron sin duda los hombres que en todas las épocas y soberanos, siguieron regularmente su carrera sin correr peligros y al mismo tiempo sin perder en nada de su dignidad y de su honor.

Uno de ellos era, sin duda, el tímido Nerva. Designado por los prefectos del pretorio y los senadores conjurados, su nómina fué aceptada sin discusión por el entero senado. El anciano senador apareció como el amigo de todos, el hombre que había sabido superar las crisis políticas de medio siglo y del que ni podía esperarse veleidad autoritaria alguna ni tampoco represalias. Por otra parte carecía de hijos, era anciano y enfermizo, lo cual le presentaba como un magnífico soberano para un "compás de espera".

Sin embargo, no cabe esperar que el tímido Nerva pudiese dejarse engañar

por las circunstancias. Su política pasada de equilibrio, su arte de ser amigo de todos, ocultaban, como sucede generalmente en casos análogos, no escasez de luces o debilidad de carácter, sino una gran habilidad maniobrera y unas dotes poco frecuentes. Nerva debió comprender claramente que él era el hombre adecuado para salvar una situación aparentemente tranquila, pero en la cual podía estallar la crisis en cualquier momento. El presentaba la solución en el momento del cambio, una solución tranquila y contemporalizadora, sin propósitos continuistas, aparte la discutible permanencia del sistema imperial, pero también sin perjuicios renovadores o revisionistas. Nada más alejado de él que aprovechar las nuevas circunstancias para reformas o procesos responsabilistas y de aquí la aceptación de senado, pueblo, ejército y provincias. Las circunstancias que precedieron la adopción de Trajano dan suficiente idea de hasta qué extremo supo Nerva desarrollar esta política.

### SENADORES HISPANICOS

#### M. ANNIUS VERUS

Puede considerársele de familia hispánica en cuanto hijo de Annius Verus (*SHA, vit. Anton., I, 4*). Fué suegro de Antonino Pío, abuelo de Marco Aurelio y padre adoptivo de este soberano, que en razón de este hecho puede ser considerado como de origen hispánico. (*SHA, vit. Anton., I, 1 s. y 7.*)

Era de rango consular; su padre (*SHA, vit. Antón., I, 4*) era pretorio. Vespasiano y Tito le adscribieron al patriciado. (*SHA, vit. Antón. I, 2 s.*)<sup>6</sup>

Fué cónsul; el año preciso no se conoce, en época de Domiciano-Nerva, concretamente entre los a. 83 y 98, junto con el jurista L. Neratius Priscus.

(*Dig. XLVIII, 8, 6.*)

Alcanzó una edad avanzada, pues parece vivía aún el año 138. (*SHA, vit. Anton. Pius, IV, 2.*) Esto explica que bajo Trajano ejerciese importantes cargos, y aún más, que en época de Adriano fuera uno de los senadores de mayor prestigio. Es curioso, sin embargo, que a juzgar por la documentación disponible no llegase nunca a ejercer cargos militares<sup>7</sup>.

#### L. DASUMIUS...

El *cognomen* de este senador no es conocido. Probablemente era de Corduba, a juzgar por su testamento. (*CIL VI 10.229.*) Fué cónsul en una fecha desconocida y procónsul de Asia en época de Trajano<sup>8</sup>.

6 STECH, *o. c.*, p. 284, supone que ya su padre fué adscrito en el patriciado. Como se verá esta distinción es rara entre los senadores hispánicos.

7 Cfr. VON ROHDEN, en *RE*, s. v.; *PIR*, p. 118, n.º 695; STECH, *o. c.*, p. 88, n.º 1152; LULLY, *o. c.*, p. 165, n.º 1247; LAMBRECHTS, *o. c.*, n.º 9; HEITER, *De patriciis gentibus quae Imperii Romani saeculis I, II, III fuerint*, 1909, p. 59 (no me ha sido asequible en España).

8 Cfr. GROAG, en *RE*, s. v.; *PIR 2, III*, p. 3,

n.º 13 y 14; STECH, *o. c.*, p. 90 (proponiendo el *cognomen* Tuscus); MAGIE, *Roman Rule in Asia Minor*, 1950, p. 1583. GROAG, en *PIR 2, III*, p. XI, n.º 14, propone indentificarle con el procónsul de Asia... Hadrianus citado en una moneda. Cfr. WADDINGTON, *BCH*, VI, 1882, p. 177, n.º 117; HEBERDEY, *OeJh.*, VIII, 1905, p. 232; CHAPOT, en *Melanges Martroye*, 1941, p. 311. GARZETTI, *o. c.*, p. 121, n.º 50 y 126 n.º 61, cita la hipótesis sin aceptarla o rechazarla.

## Q. LICINIUS SILVANUS GRANIANUS QUADRONIUS PROCULUS

Hijo de un equite de Tarraco, en opinión de Stein <sup>9</sup>, y con varios intereses en la región <sup>10</sup>. Era, sin duda, pariente de L. Minicius Natalis <sup>11</sup>. Fué triunviro monetar, tribuno de la *leg. VI Victrix* y debió ejercer sin duda otros cargos aparte éstos (*CIL* II 4.609), pues fué cónsul, *suffectus*, el año 106, junto con su pariente L. Minicius Natalis. Buena parte de la documentación a él referente alude tan sólo a este consulado y a su proconsulado en Asia los años 123-24 d. d. J. C., o sea en época de Adriano <sup>12</sup>.

## L. LICINIUS SURA

Era hijo de la España Tarraconense (Marcial I, 49, 40), pero la localidad no es conocida. Estaba adscrito a la tribu Sergia. (*CIL* II, 4.283.), rara en Hispania y que obliga a excluir ciudades como Tarraco o Barcino <sup>13</sup>. En todo caso no hay por qué dudar de su origen hispánico, aceptado por todos los autores.

Fué, sin duda, el primer consular de su familia, y su carrera fué espléndida. Tres consulados (el primero en fecha desconocida, el segundo el a. 102 y el tercero el a. 107), dos al menos, de ellos ordinarios, permiten adscribirlo entre los consulares. Fué uno de los hombres más influyentes bajo Nerva (la *vox populi*, como se verá, le consideraba responsable de la adopción de Trajano) y Trajano. Fué militar valiente y experto, amante de las letras y buen orador. Dispuso de notable fortuna, que le permitió notables liberalidades, como las termas de su nombre en Roma <sup>14</sup>.

Su peso político en época de Trajano debió ser extraordinario y parte de su influencia se ejerció en beneficio de los hombres y ciudades de su tierra, bien directamente, bien a través de sus libertos.

Su carrera hasta la época de Nerva puede resumirse así: *IV vir viarum curandarum*, cuestor de Acaya, tribuno de la plebe y pretor (ambos cargos como *candidatus Caesaris*), legado de la legión I Minervia, legado pr. pr. de la provincia Bélgica. Al ser adoptado Trajano, con el cual había coincidido en el frente germánico, pasó a ser legado de Germania Inferior. (*AE*, 1923, 33.)

No parece que L. Licinius Sura desempeñase el cargo de tribuno militar, lo cual choca con su carrera ulterior; parece, pues, probable pensar más

9 *Der Roemische Ritterstand*, 1927, p. 326. Para el personaje, en sus relaciones con L. Minicius Natalis, véase una nota en prensa en *Cuadernos de Historia y Arqueología de la Ciudad*, II, 1961.

10 Cfr. A. D'ORS, *Epigrafía jurídica de la España romana*, 1953, p. 373 s., n.º 23; *CIL* II, 4225; 4226.

11 Cfr. el artículo citado en nota 9.

12 Cfr. para el personaje *PIR* II, p. 284, n.º 170; GROAG, en *RE*, s. v.; STECH, *o. c.*, p. 91, n.º 1222; LAMBRECHTS, *o. c.*, p. 39, n.º 84; GARZETTI, *o. c.*, p. 137 s., n.º 88; MAGIE, *o. c.*, p. 1583.

13 Las ciudades de la Tarraconense asignables a esta tribu parecen ser Carthago Nova (KUBITSCHKEK, *o. c.*, p. 169) y Osca (*CIL* II 5834); algu-

nas han aparecido en otros lugares, incluso en Tarraco (*CIL* II, 4268; 4282 y 6089). Como puede verse, ello no avala el juicio de STECH, *o. c.*, p. 176, considerándolo hijo de Tarraco o Barcino, si bien no cabe duda tuvo amplias relaciones con estas ciudades.

14 Amigo de Marcial (VI, 64, 13 y VII, 47, 1) y de Plinio (*Epist.* IV, 30 y VII, 27). Sobre las *Thermae Suranae* en Roma, cfr. PLATNER-ASHBY, *A topographical Dictionary of ancient Rome*, 1930, s. v. Para el arco de Tarragona (conocido con el nombre de "arco de Bará") seguramente en el límite del término de Tarraco, cfr. *CIL* II, 4282 y PUIG Y CADAFALCH, *L'arquitectura romana a Catalunya*, 1934, p. 175 ss.).

que en un dispensa, que al igual que L. Minicius Natalis, hubiese ejercido antes de entrar en el senado algunas milicias ecuestres y por ello hubiera iniciado su *cursus* senatorio con la curatela de vías. (*CIL* VI 1444.)<sup>15</sup>

#### L. MINICIUS NATALIS<sup>16</sup>

Natural de Barcino, procedente probablemente de la nobleza local. Parece probable que iniciase su carrera con algunas milicias ecuestres, entrando después en el senado, probablemente en época de Domiciano. Su *cursus* senatorio se inicia con la curatela de *IV vir viarum curandarum*, fué cuestor en una provincia desconocida, tribuno de la plebe, pretor hacia el a. 98 y legado pr. pr. en Africa Proconsular. También él debió ser gran militar y excelente gobernante, provisto de grandes dotes de organización, demostradas singularmente durante su legación en Numidia (hacia el 103-105 d. d. J. C.). Parece dispuso además de una saneada fortuna.

#### M. ULPIUS TRAIANUS, desde octubre del a. 97.

#### IMPERATOR CAESAR NERVA TRAIANUS AUGUSTUS

Consular y de familia patricia. Nacido en Itálica, en la Baética, como es universalmente conocido. Su padre era también senador y al parecer había fallecido ya en el reinado de Nerva.

Dada la extensa bibliografía sobre el personaje sólo cabe aquí resumir su *cursus* senatorio antes de la adopción.

Su primer cargo senatorio debió ser el de *tribunus militum* en Siria, acompañando a su padre, entonces legado de aquella provincia, hacia el 76-77. El joven Trajano debió en aquella ocasión distinguirse militarmente, puesto el hecho que su padre compartiera con él los *ornamenta* ganados en aquella ocasión, significa algo más que amor paterno. (Plin., *Paneg.*, XIX, 1.) Con cargo análogo debió acompañarlo en ocasión de su proconsulado de Asia, a. 79, pues es sabido que el joven Trajano permaneció diez años con el rango de tribuno (Plin. *Paneg.*, XV), fruto de su pasión por la carrera militar y su timidez o desinterés por los cargos civiles.

La política de Domiciano no impidió que Trajano siguiera su carrera como el servidor del Imperio. Hacia el 83-85 debió ser pretor. A continuación fué nombrado legado de la *legio VII Gemina*, que el año 88 condujo a Germania para luchar contra Antonius Saturninus. Sus méritos en esta campaña le valieron el consulado, ordinario, el año 91. Hacia este período debió cuidar especialmente de la educación de su primo Adriano. Tras el consulado debió permanecer en Roma y sólo el a. 97 recibió de Nerva el cargo de legado en Germania Superior. Tras la noticia de la adopción permaneció allí, pues, su segundo consulado, a. 98, siendo colega del soberano y pa-

<sup>15</sup> Cfr. *PIR* II, p. 285, n.º 174; GROAG, en *RE*, s. v.; STECH, *o. c.*, p. 88, n.º 1138; NICCOLINI, *I fasti dei tribuni della plebe*, 1934, p. 462 ss.; TEUFFEL, *Geschichte der roemische Litteratur*, II, séptima edición, 1920, p. 326; GARZETTI, *o. c.*,

p. 138, n.º 89. Espero tratar en breve de este personaje con mayor detención.

<sup>16</sup> Cfr. el artículo citado en nota 9, donde los puntos aquí expuestos son tratados con mayor detención,

dre adoptivo, se inició estando él ausente de Roma. Igual sucedió unos meses más tarde, cuando recibió la noticia de la muerte de Nerva y sólo al cabo de un tiempo transfirió el mando de las tropas a su amigo y pariente L. Iulius Ursus Servianus <sup>17</sup>.

### SENADORES DE INSEGURO ORIGEN HISPANICO

#### L. IULIUS URSUS SERVIANUS

Consular. Esposo de Domitia Paulina, hermana de Adriano y probablemente de origen español <sup>18</sup>. Es posible que, con L. Licinius Sura, fuese el gran amigo de Trajano amigado, de la que intentó utilizar en beneficio propio y perjuicio de Adriano, pues es posible se hiciera ilusiones respecto a su adopción o designación como sucesor de Trajano. Ello creó una enemistad y un resentimiento entre ambos cuñados, que al fin fué fatal a Servianus.

Su carrera es poco o nada conocida. Debía ser algo mayor que Trajano, si es cierto que nació el a. 47. (Casio Dion, XLIX, 17.) En este caso pudo ser pretor el 77 y cónsul, por vez primera el 84, pero esto no pasa de ser conjetura, y sólo es seguro que el a. 97 recibió de Trajano el mando de los ejércitos de Germania Superior, tras la adopción de Trajano. (Plin. VIII, 23,5; *SHA, Hadr.*, II, 6.) En todo caso no parece que su carrera justificase grandes dotes personales, ni que ejerciese grandes cargos, aparte haber sido tres veces cónsul, la última bajo Adriano <sup>19</sup>. Su retrato nos es conocido por un busto de los Museos Lateranos.

#### L. ROSCIUS AELIANUS MAECIUS CELER

De orden pretorio. Se le consideraba como de Tibur <sup>20</sup> o de Brescia, donde sus descendientes poseían tierras. Sin embargo, su pertenencia a la tribu Quirina excluye ambas procedencias. Por ello se ha pensado fuese el Aelianus citado por Marcial (XII, 24,3), y en tal caso hispánico <sup>21</sup>; otros autores, sin embargo, lo consideran itálico <sup>22</sup>. Fué tribuno de la *legio IX Hispana* en época de Domiciano, puesto que el año 83-84 mandó una *vexillatio* de esta legión en la campaña contra los *chatti*, recibiendo *ornamenta* por su valor durante la misma. A continuación fué *X vir stlitibus iudicandis*, cuestor, tribuno de la plebe, pretor, hacia el 97 d. d. J. C., alcanzando el consulado el a. 100 d. d. J. C. como *cónsul suffectus* <sup>23</sup>.

17 La bibliografía y fuentes fundamentales pueden verse en *PIR* III, p. 464, n.º 575. Una bibliografía sobre Trajano en MONTENEGRO, *Estudios Clásicos*, III, 1955, p. 25 ss.; véase además GARCÍA Y BELLIDO, *Estudios Clásicos, idem*, p. 3 ss; en *Décimonoveno centenario del emperador Trajano*, 1954, p. 9 ss. e *Itálica*, 1960, p. 46 ss.

18 Opinión de LULLY, *o. c.*, p. 165, n.º 1249.

19 Sobre este personaje, cfr. *PIR* II, p. 221, n.º 417; GROAG, en *RE*, s. v.; STECH, *o. c.*, p. 88,

n.º 1156; LAMBRECHTS, *o. c.*, n.º 74.

20 Cfr. LULLY, *o. c.*, p. 84, n.º 797.

21 Cfr. GARZETTI, *o. c.*, p. 154, n.º 133.

22 LAMBRECHTS, *o. c.*, 119.

23 *PIR* III, p. 133, n.º 65; GROAG, en *RE*, s. v.; STECH, *o. c.*, p. 89, n.º 1180; RITTERLING, en *RE*, XII, col. 1670; NICCOLINI, *o. c.*, p. 462; LEVISON, *o. c.*, p. 106, n.º 681 y las *ops. cit.*, en notas 20-23.

## Q. VALERIUS VEGETUS

Consular. Probablemente era natural de Iliberris, puesto que de allí eran su madre (*CIL* II 2.074) y su esposa (*CIL* II 2.076-77). Su carrera es poco conocida; sólo se sabe era cónsul, *suffectus*, en septiembre del año 91. Posiblemente tenía propiedades en Roma (*CIL* XV 7.558.) Seguramente fué el padre de Q. Valerius Vegetus cónsul el año 112. En tal caso es forzoso suponer que su hijo habría comenzado su carrera algunos años antes y que era ya senador en época de Nerva <sup>24</sup>.

## LOS SENADORES HISPANICOS Y LA ADOPCION DE TRAJANO

No es posible insistir aquí sobre la difícil y debatida cuestión de las razones de la adopción de Trajano. El tema es extenso y forzosamente de planteamiento un tanto subjetivo, puesto que son muchos los elementos de juicio que se nos escapan o no han llegado hasta nosotros, y cuya reconstrucción abandona en ocasiones el campo de la hipótesis para entrar en el de las fantasías.

Los momentos que precedieron la adopción señalan, ante todo, un conflicto militar. Indisciplina, precursora de "pronunciamientos", de los pretorianos, que reclamaban el castigo de los asesinos de Domiciano <sup>25</sup>; pero indisciplina tanto más grave cuando demostró la ineficacia del senado en un caso de esta índole, y más concretamente, que el viejo y enfermo soberano podía contar sólo con su propio prestigio y fuerzas y estos medios eran inoperantes ante el ejército, siendo él un monarca carente de experiencia militar y en consecuencia de un prestigio castrense capaz de infundir, si no devoción, respeto a las fuerzas armadas del Imperio.

Sin duda el motín de los pretorianos fué una útil advertencia para el monarca y éste era lo suficientemente avisado y hábil para dejarla caer en saco roto y no advertir que su trono necesitaba del apoyo y refuerzo de quien tuviera ante el ejército la fuerza moral de que él carecía, alguien que en el ambiente militar representase lo que él ante el elemento eminentemente civil y administrativo del senado. Evidentemente la forma más segura de unirse y atraerse este apoyo era la adopción. De ello no faltaban precedentes, puesto que aparte los numerosos de los julio-claudios, aunque entre parientes, existía el de Galba adoptando a Pison. Pero en este caso la adopción se había limitado a una declaración, sin solemnidad alguna y casi clandestina. Esta solemnidad, que faltó a la adopción de Pison, existió en la de Trajano, pese a ser para el senado no menos sorprendente que aquélla. El escenario, el templo de Júpiter Capitolino, el público, la presencia de los lictores, simbolizando las curias, y la lectura de la fórmula de adopción, ante la sorpresa de los presentes, establecieron el hecho, confirmado al parecer sin discusión, ante el senado, haciéndole aclamar *imperator* y conceder la *tribunicia potestas*. Podrá discutirse si el acto tenía validez legal al faltar, aun suponiendo su consentimiento, la presencia física del adoptado. La solemnidad de la ceremonia, el marco religioso que la

<sup>24</sup> *PIR* III, p. 379, n.º 150; *SPECH*, o. c., p. 93, n.º 1294; *LAMBERTZ* en *RE*, s. v.; *ALFIERI*, *Athenaeum*, 1948, p. 116, 129; *DEGRASSI*, en *I. It.*, XIII-

1., p. 178, 201, 230; *GARZETTI*, o. c., p. 199, n.º 153.

<sup>25</sup> *GARZETTI*, o. c., p. 81 ss.



rodeó y la sorpresa general, le concedió, si no una validez jurídica estricta e indiscutible, al menos la aureola del hecho consumado e irreversible. A la tempestad, calmados los pretorianos, había sucedido la calma, la disciplina reinaba en los campamentos y las tropas pensaban sólo en nuevas campañas para mayor gloria del Imperio y algo de beneficio personal; pero se hallaba bien lejos del pensamiento de las tropas la preparación de motines o sublevaciones en pro de desconocidos candidatos al trono. Evidentemente Trajano había recorrido todos los frentes del Imperio y en todos los cuerpos, en Asia, en Hispania y en Germania, había dejado un respetado recuerdo y creado un prestigio, extendido incluso entre aquellos ejércitos que no habían estado bajo su mando <sup>26</sup>. Para los legionarios procedentes de las provincias, numerosos ya <sup>27</sup>, se añadía la alegría que el futuro soberano fuese además uno de los suyos.

Sin embargo, el prestigio militar no era la única razón. La conducta política de Trajano, su línea de servicio y su talla moral, no pudieron ser elementos de juicio olvidados. Probablemente otros posibles candidatos hubieran podido alegar un prestigio militar comparable, pero el Imperio necesitaba no sólo de un general, sino también de un hombre que fuese capaz, o pareciese serlo, de mantener la política de equilibrio inaugurada por Nerva.

Sería absurdo, sin embargo, pretender que el universal consenso ante la adopción significase que ésta era un hecho previsto de antemano. Por el contrario, la adopción causó sorpresa y casi cierto estupor, como prueban los múltiples intentos de explicarla que aparecen en las fuentes, si bien algunos presenten argumentos bien míseros y mezquinos <sup>28</sup>. No hay duda que Nerva había tenido ocasión sobrada de conocer personalmente a Trajano durante sus estancias en Roma, singularmente cuando desempeñó allí cargos o habitó por algún tiempo. Su designación para el ejército de Germania, tras una etapa de reposo, fué ya una demostración del reconocimiento de sus méritos.

Por ello, es muy probable que la elección fuese completamente libre, sin interferencias ni compromisos; pero esto no significa tampoco que Trajano no contase con valedores y amigos dispuestos a recordar en cualquier ocasión sus méritos y cualidades ante el soberano. Con certeza sólo es posible conocer el nombre de uno, L. Licinius Sura, a quien la *vox populi*, recogida por alguna fuente histórica <sup>29</sup>, atribuía el haber decidido la adopción en favor de Trajano.

Evidentemente Licinius Sura debió ser hombre prudente y hábil. Después de la adopción, y aún más, después de la muerte de Nerva y el acceso al trono de Trajano, supo colocarse, pese a sus dotes, en un difícil y glorioso segundo término. Licinius Sura fué en este sentido una "eminencia gris", de cuya fidelidad no cabía sospechar y en el cual podía confiarse plenamente. Sus dotes militares no eran escasas si el propio Trajano no dudó en ocasiones de con-

26 Recuérdese el mensaje de adhesión y felicitación que el ejército de Mesia envió a Trajano encargando de esta misión a Adriano (cfr. *SHA*, II, 5).

27 Cfr. FORNI, *Il reclutamento delle legioni da Augusto a Diocleziano*, 1953, passim.

28 Así IOHANNES LYDUS, *De mens.* IV, 18, quien atribuye la adopción al simple hecho que, precedentemente, Trajano había regalado a Ner-

va una villa suburbana. Parece, sin embargo, que Trajano padre y Nerva eran amigos, según alude un documento semioficial como Plin. *Paneg.* LXXXIX. Pero esta amistad tiene poco valor en este caso tratándose de quien, como Nerva, era el perfecto "amigo de todos".

29 Cfr. *Epit. de Caes.* XIII, 6, "hic ob honorem Surae, cuius studio imperium arripuerat, lavacra condidit".

fiarle mandos de gran responsabilidad y a ello unía ciertas dotes que faltaban al soberano y amigo, era buen orador, amante de las letras y persona grata al ambiente intelectual de Roma. Por ello no es dudoso que, pese a la diferencia de edad, pudiera merecer la confianza y la amistad de Nerva.

¿Pudieron, al igual que Licinius Sura, influir otros senadores hispánicos en Nerva a favor de Trajano? Cabe en lo posible, pero es difícil documentarlo. Nada es posible decir con seguridad de Annius Verus y Dasumius..., puesto que ni siquiera se sabe qué cargos ejercían en la época de adopción y especialmente en los preliminares de la misma. Es posible que Licinius Silvanus Granianus Quadronius Proculus fuese, durante el reinado de Nerva, cuestor, pero este cargo no supone, en sí mismo, una directa influencia ante el soberano, singularmente tratándose de asunto tan grave. Es posible que Minicius Natalis se hallase en Roma en aquellos momentos, pero tampoco cabe suponer en este caso una gran relación con el monarca.

Un problema especial es el de L. Iulius Servianus. Este aparece en su amistad con Trajano hermanado a Licinius Sura, pero es lo cierto que su vida antes de la adopción es poco conocida, quizás oscurecida por las fuentes partidarias de Adriano. En todo caso es curioso observar la hermandad de su carrera con la de Licinius Sura; recuérdese el mando conjunto de ambos en Germania, tras la marcha de Trajano, y por su edad, no parece imposible, como hipótesis, que gozase de la confianza de Nerva. Lo mismo puede decirse de L. Roscius Maecius Celer, cuya posición podía suponerle mejor relación con el soberano que para los miembros jóvenes del grupo hispánico del senado no cabe esperar. En todo caso éstos contribuían a la creación de un grupo, sin duda coordinado y unido, ante el cual poder difundir y hacer más gratas tales noticias y un instrumento de difusión de las ideas de quienes, hispánicos o no, podían considerarse figuras más destacadas del círculo de amistades del futuro soberano.—  
A. BALIL.

## EL LEON ROMANO DE MALAGA

Una nueva pieza hay que añadir a la serie de esculturas leoninas, de época romana, encontradas en España. El hallazgo tuvo lugar durante el verano de 1959, cuando se hacían obras de pavimentación en una calle próxima al puerto de Málaga. Fué sacada por los obreros y según sus noticias se encontró a unos dos metros de profundidad. La pieza pertenece actualmente a una colección particular de Madrid; está algo deteriorada, aunque ofrece todavía su elegante aspecto y partes completas de su forma originaria. Conserva en buen estado la cara, excepto las fauces; la melena y el cuerpo; falta, sin embargo, una buena porción de las patas y la cola. La escultura está realizada en mármol blanco, el cual tiene hoy una pátina amarillenta. Su altura máxima es de 45 cm., la longitud total 51 cm. y la anchura del cuello 23 cm.

La figura representada en el mármol es un león del tipo funerario (Fig. 1), tradicional en Grecia y Roma. Su posición sería de pie, con las patas traseras ligeramente encogidas. (Fig. 2.) Esta postura es consecuencia de una evolución que, partiendo de las representaciones más arcaicas en el mundo griego, generalmente sentadas sobre las cuatro patas, como en los ejemplares de la Gliptoteca Ny-Carlberg de Copenhague <sup>1</sup>, del Museo de Berlín <sup>2</sup>, fechados en el siglo VI antes de C., y el de Corfú <sup>3</sup>, realizado entre los años 570 y 450, se desarrolla junto a una nueva concepción simbólica de la fiera, hacia un sentido heroico y de poder, que alcanza su punto culminante en el siglo V y durante el Helenismo. Las dos patas delanteras son puntos estáticos importantes, mientras que las de atrás se doblan; es la actitud del salto amenazador, de la fuerza que vigila y guarda el momento. Esta idea y esta posición es la de la figura representada en el bronce del Museo de las Artes de Boston <sup>4</sup>, datado en el primer cuarto del siglo V; la de la escultura de Istambul, procedente de Halicarnaso <sup>5</sup>, y las de los museos Nacional de Atenas y Cerámico <sup>6</sup>. Frecuentemente estas figuras elevan una de las patas de adelante para retener la presa, detalle que se repite también en las esculturas romanas. Ejemplos característicos son el león de Atenas, del siglo IV; el de Aquileia <sup>7</sup>, de la primera centuria anterior a nuestra Era, y los del Museo Lapidario de Avignon <sup>8</sup>, del siglo II a. de C., que apoyan la pata sobre una "cabeza cortada". La pieza andaluza tendría una postura semejante a la de Aquileia (Fig. 3), si bien en ésta es la pata derecha la que retiene la cabeza de carnero; aunque más alejada en el aspecto general de la de Málaga, una representación de Sofía pudiera también servir de modelo, por ser la izquierda la que se levanta.

Así, pues, de las partes conservadas en la escultura malagueña deducimos

1 GISELA RICHTER, *Animals in Greek Sculpture*. Londres, 1930, lám. 1, fig. 4.

2 RICHTER, *ob. cit.*, lám. IV, fig. 10.

3 MAXIME COLLIGNON, *Les statues Funéraires dans l'Art. Grèce*, París, 1911, pág. 91, fig. 48.

4 RICHTER, *ob. cit.*, lám. IV, fig. 12.

5 GUSTAVE MENDEL, *Musées Impériaux Ottomans*. Constantinopla, 1912, I, pág. 4, fig. 3.

6 FRANZ WILLEMSSEN, *Die Löwenkopf-Wassers-*

*peier vom dach des Zeustempels*, Berlín, 1939, láms. 48, 49 y 50, 51.

7 GUIDO A. MANSUELLI, *Leoni funerari Emiliani. Mitteilungen des deutschen archaelogischen Instituts-Roemische Abteilung*, vol. 63, 1956, lámina 39.

8 BENOIT, *L'art primitif méditerranéen de la vallée du Rhône. — La sculpture*. París, 1945, pág. 36, n.º 1.

que la posición sería la correspondiente a un león "agazapado", con la pata izquierda descansando sobre una presa. Esta postura es característica de los siglos IV y III a. de C., aunque llega hasta la época romana.

Las fauces han desaparecido casi totalmente, pero por las partes conservadas próximas a ellos se puede asegurar que estarían abiertas. (Pág. 4.) La cabeza gira hacia el lado de la pata que reposa en el suelo, como en el de Aquileia. Esta forma del prótomo es en nuestro ejemplar más forzada que en la pieza italiana y la pata que sujetaría la presa se eleva también a mayor altura; dichas diferencias entre ambas figuras nos indican una distancia cronológica en la realización, confirmada en el estudio de la labor y de los ojos. Observamos, por consiguiente, en el león de Málaga, un cierto amaneramiento y academicismo en la posición de las partes primordiales, aunque dentro de la línea posicional clásica iniciada en Grecia durante el siglo V. Otro detalle importante para completar la visión de la postura y características constitucionales de la escultura que estudiamos, es la desproporción que existe entre la cabeza y el cuerpo. (Figura 1.) Este rompimiento de la unidad figurativa es también clásico y tiene por objeto acentuar el valor del prótomo, elemento primordial en la representación simbólica. El cuerpo queda así en un segundo plano, como si realmente fuera un complemento, por lo que en nuestro ejemplar no se han señalado rigurosamente las costillas y los nervios de las patas, a diferencia del león de Aquileia y de otras piezas del siglo I a. de C., como los leones de la Emilia romana <sup>9</sup>. Los órganos genitales, por el contrario, están en la escultura malagueña perfectamente definidos con la intención de expresar y completar la sensación de poder que se desprende de la cabeza. (Fig. 5.)

La corona de la melena no es un elemento que sigue una evolución en la serie de esculturas del mundo clásico. En los leones arcaicos griegos se destaca fuertemente, pero mientras en la escultura de Copenhague y en el bronce de Boston aparece también en un primer plano, en leones de la misma época, se ha suprimido casi totalmente, y ya en ejemplares de la quinta centuria ha desaparecido, como en los de los museos de Cincinnati y Metropolitano, de Nueva York y Florencia <sup>10</sup>. Por lo tanto nada nos dice la ligera corona de nuestra pieza.

No sucede lo mismo con la forma de tratar los escultores clásicos la masa de la melena. Puede seguirse una evolución, un cambio adecuado al gusto artístico de las distintas épocas. En los modelos arcaicos la labra se caracteriza por la poca profundidad de las incisiones, destacándose levemente los mechones del conjunto de la crin, que toman además una forma rígida y puntiaguda; así son, por ejemplo los del león de la Necrópolis de Mileto, hoy en Louvre <sup>11</sup>. En el siglo V el modo de trabajar la melena cambia totalmente, haciéndose más movida; los rizos se trazan con un sentido más elástico, adoptando un modelado más sinuoso. En el ejemplar del Museo de Florencia puede apreciarse ya el cambio de la técnica, siendo aun más ostentosa la ondulación de los mechones

<sup>9</sup> MANSUELLI, *ob. cit.*, láms 33 (1, 2) y 34 (1, 2).

<sup>10</sup> ANTONIO MINTO, *Leone marmoreo greco del Museo Archeologico di Firenze*, en *Archeologia*

*Classica*, I, 1949, lám. XXVII, figs. 1, 2, y XXVI, figs. 1, 2.

<sup>11</sup> COLLIGNON, *ob. cit.*, pág. 89, fig. 47.



**Figura 1**



**Figura 2**



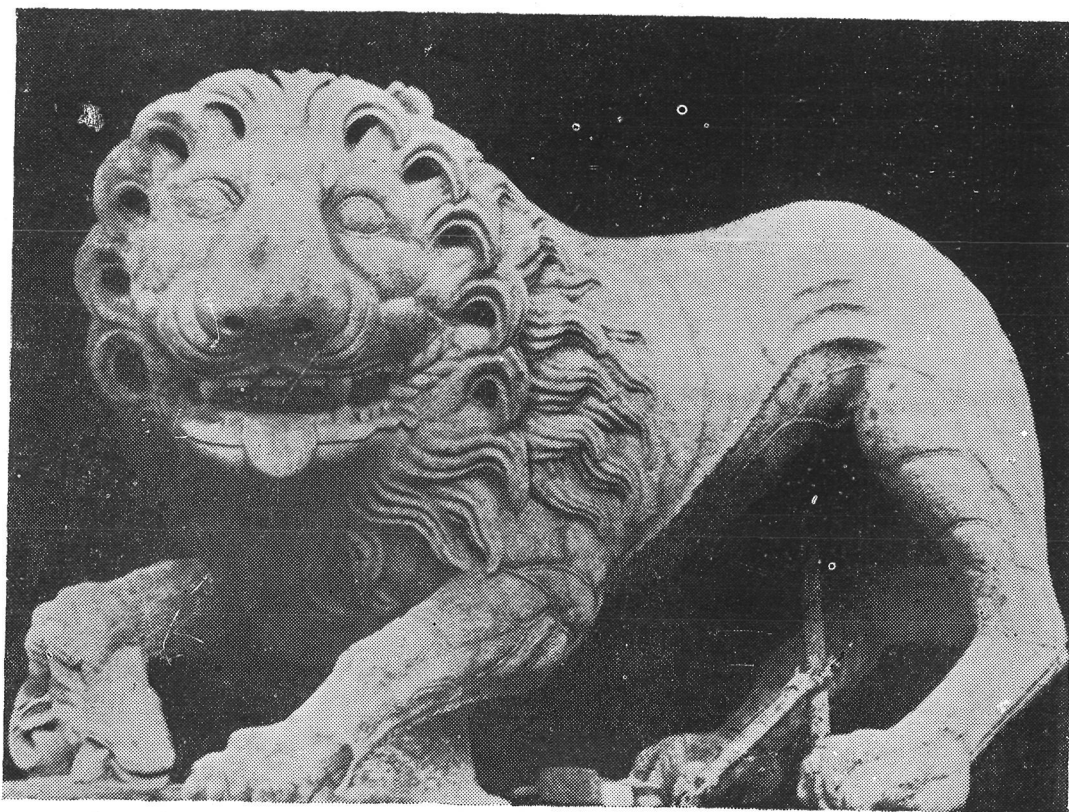
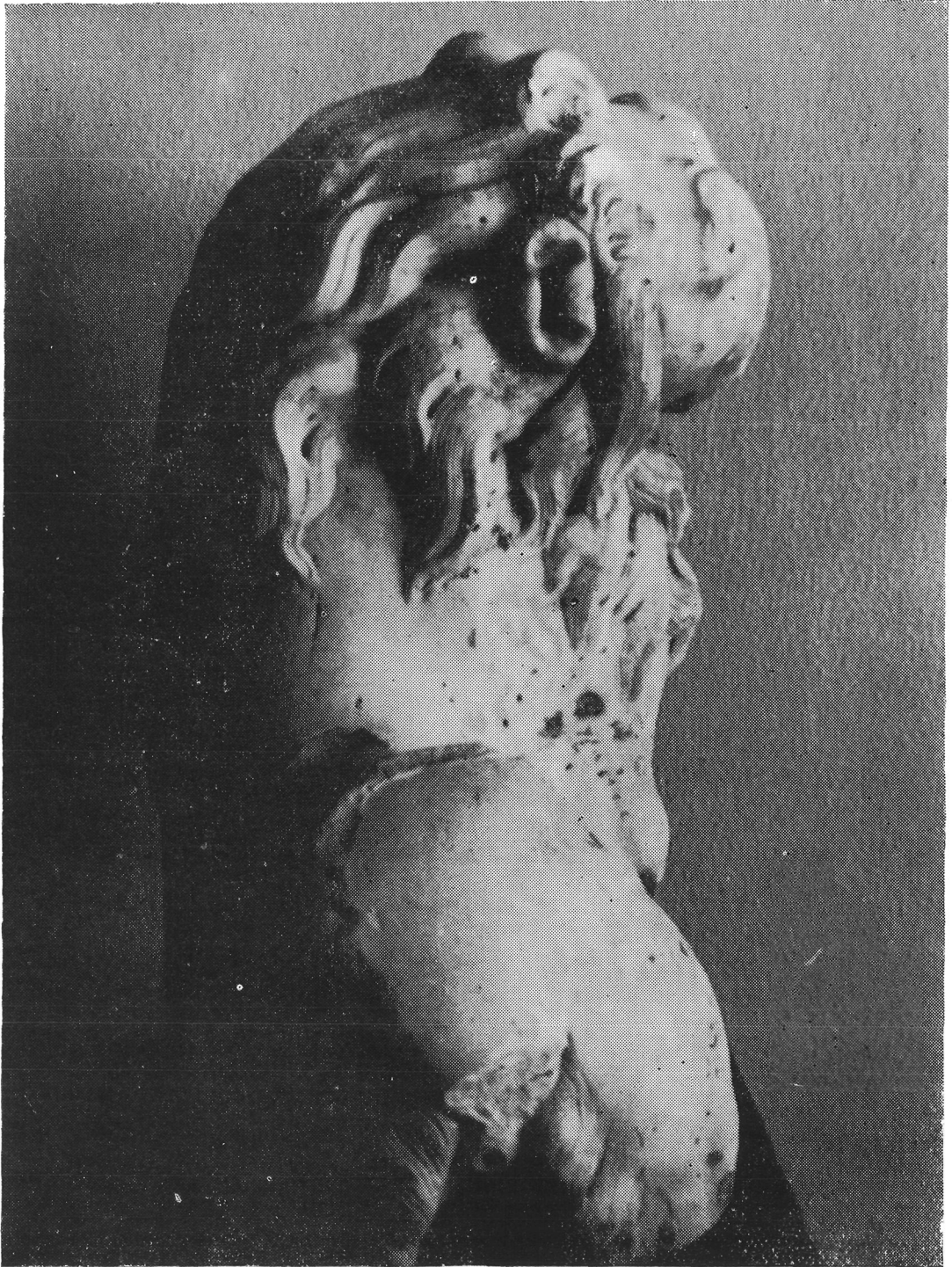


Figura 3



Figura 4



**Figura 5**





Figura 6

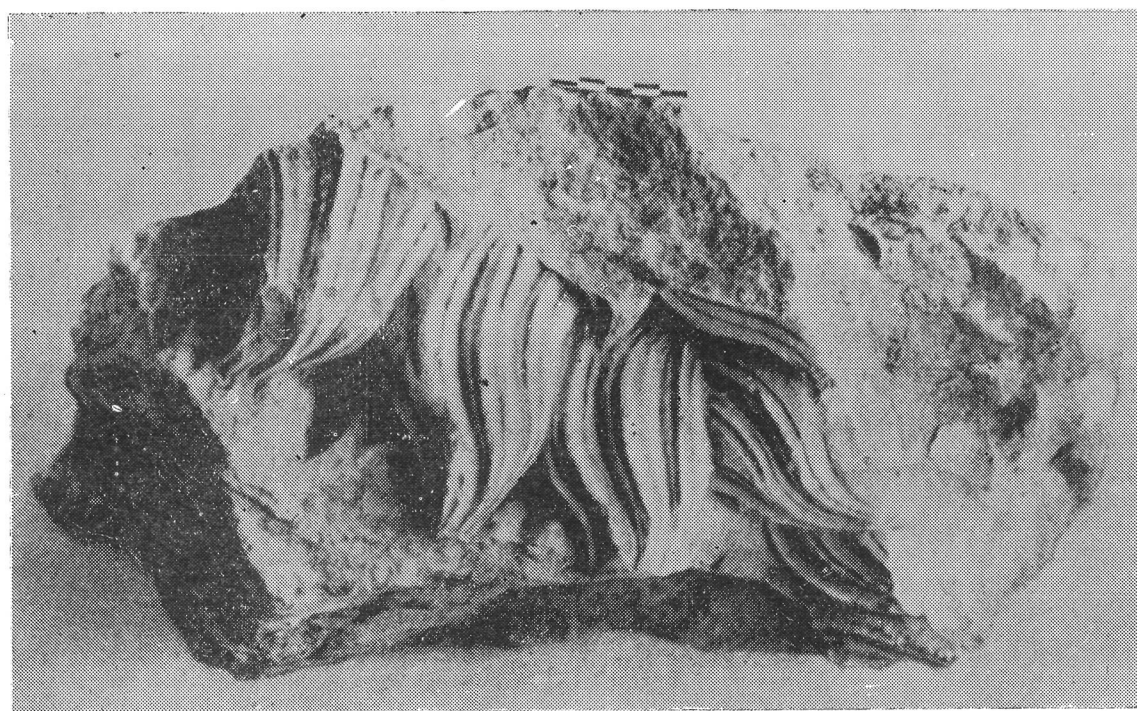


Figura 7



Figura 8



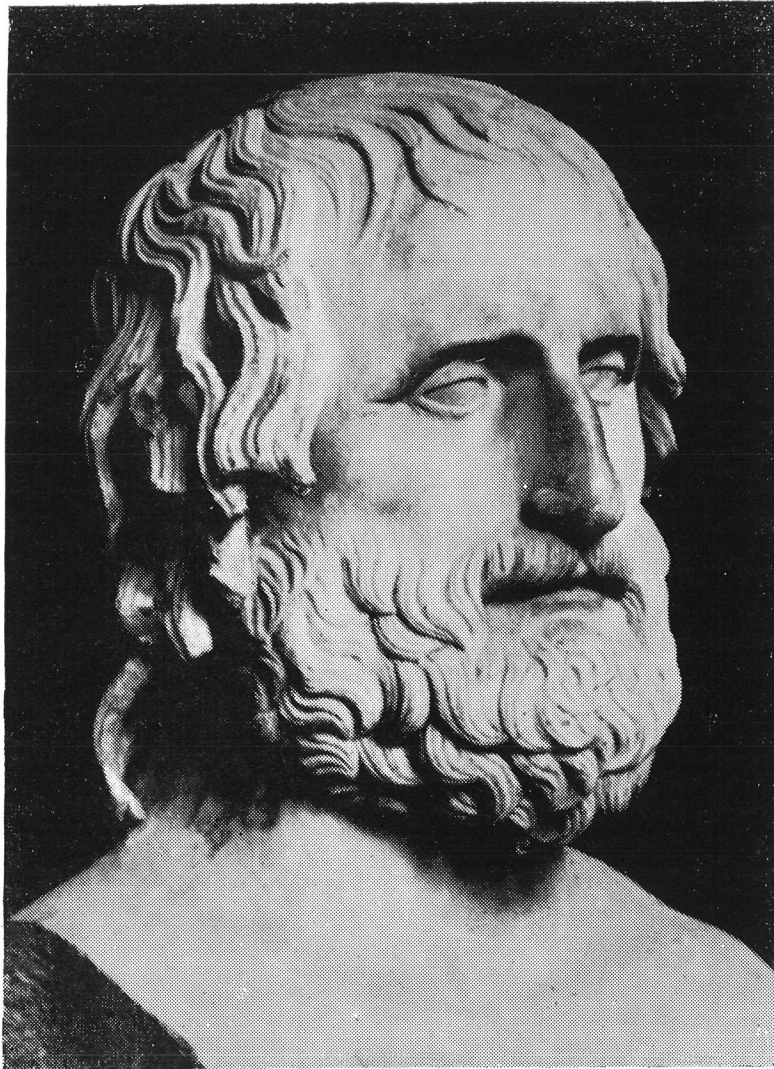


Figura 9

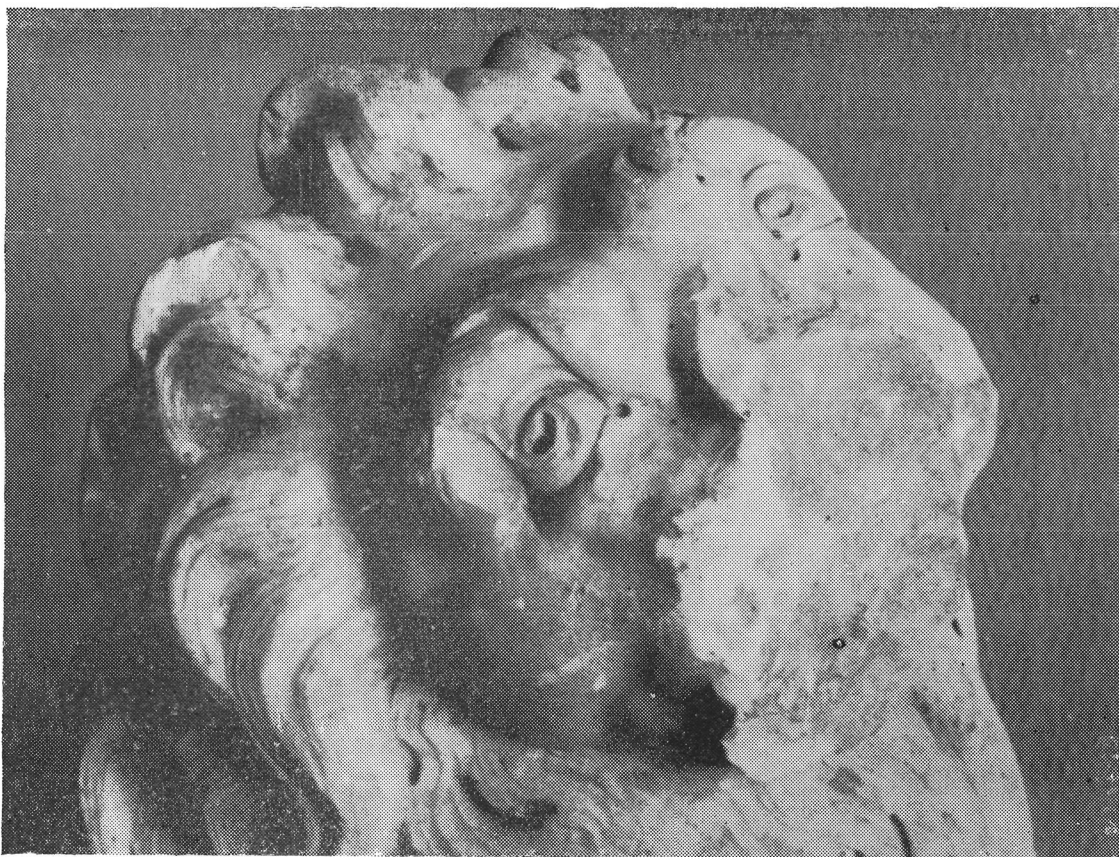


Figura 10



Figura 11

en el Museo Nacional de Atenas. En otros ejemplos puede seguirse la evolución hasta llegar a los modelos de época helenística, en los cuales el prótomo adquiere una fuerza expresiva y la crín intensifica el movimiento y la suavidad de sus formas constitutivas con rizos revueltos, que se apelmazan unos contra otros, formando una masa densa. Estas particularidades del Helenismo se van perdiendo en tiempos romanos y así en el siglo I a. de C. la melena ofrece ya una estilización amanerada, como en los leones de "Ara Pacis Augustae" <sup>12</sup>.

En la segunda centuria de nuestra Era los mechones vuelven a hacerse sinuosos y pastosos, creándose entonces un tipo que se imitará tanto en las esculturas de bulto como en los relieves y prótomos de los sarcófagos, lugar este preferido por los artífices romanos para representar el gesto feroz y terrible de la fiera, como en el sarcófago báquico Belvedere del Museo Vaticano. También esta nueva gesticulación se inicia en época Flavia, paralelamente al nuevo trabajo de la melena, y continúa en el período de los Antoninos, etapa esta en que la crín presenta un aspecto suave y algodónado, con rizos largos y minuciosamente trabajados, como en nuestra pieza y en concordancia con el tratado de los cabellos del pelo y de la barba de los retratos. El león de Málaga tiene paralelos con modelos helenísticos. Sus mechones compactos, bien diferenciados, con una ondulación larga, se encuentran en la melena del león de Rea, del friso meridional de Pérgamo (Fig. 6), así como en un fragmento de crín aparecido en el Cerámico de Atenas, fechado en el siglo IV a. de C. (Fig. 7); los trazos poco profundos y apretados, la suavidad de la forma en cada unidad, pertenecen a un mismo ambiente en ambos mármoles. En idéntica línea estilística se encuentran la manera de haber sido tratados los cabellos y el pelo de la barba en algunos retratos de esta época, como en la cabeza de Eurípides del Palacio Ducal de Mantua, copia de un modelo griego. (Fig. 9.) Igual concepción es la de los cabellos de Héroes de bronce del Museo Metropolitano de Nueva York <sup>13</sup>, en la cual se dispersan sueltos, con trazos finos y paralelos, los rizos.

Podemos fijar, pues, una serie de relaciones entre la escultura de Málaga y algunas helenísticas, por lo que respecta a la forma de haber sido interpretada la melena. Estos paralelos nos llevan a considerar que nuestra pieza imita un modelo leonino de aquel tiempo, opinión forzada por la posición de la figura, que como hemos visto coincide por otra parte con ejemplares de esta época.

Pero lejos de considerar el mármol andaluz como producto de aquel período hemos de retroceder en varias centurias para localizar la fecha de su realización. La necesaria información nos la proporciona la forma de las cejas y de los párpados; del ojo en general. Este se trata en los modelos griegos y romanos anteriores al siglo I, de una manera simple: el ojo es una ova dentro de una concavidad, sin más detalle particular que el señalamiento, en algunos casos, del iris, mediante un sencillo orificio. Sin embargo, en el siglo II, cuando la cabeza leonina evoluciona y adquiere un aspecto más terrible, el ojo sirve para expresar esa fuerza; entonces la pupila se trata con un orificio bien detallado, las cejas se marcan insistentemente y asimismo el lagrimal, como se observa en

<sup>12</sup> Puede consultarse a GIUSEPPE MORETTI, *Ara Pacis Augustae*, Roma, 1947, lám. XXXIII, entre la abundante bibliografía existente.

<sup>13</sup> MARGARETE BIEBER, *The Sculpture of the Hellenistic Age*. Nueva York, 1955, figs. 616, 618.

cabezas hechas en la época de los Antoninos. Los ojos del león de Málaga son esos ojos melancólicos, de mirada oblicua. (Fig. 10), con el glóbulo abultado y las pupilas pesadas, que se aprecian en los de Faustina Joven, del Museo de las Termas <sup>14</sup>, o en la cabeza de Marco Aurelio, en el Louvre. La técnica de cruz de la pupila, la forma de los párpados, el profundo lacrimal, son iguales en nuestra pieza que en la cabeza de Constantino del Palazzo del Conservatori <sup>15</sup> (Figura 11.) Pero además los surcos apretados, paralelos y superficiales, de la melena y del pelo del vientre, revelan una técnica semejante a las citadas cabezas. Y si a esas afinidades añadimos el amaneramiento de las formas, tendremos datos suficientes para considerar que el león de Málaga se ha realizado con una labra que va desde la segunda mitad del siglo II d. de C., hasta finales del III, aunque el artífice tuvo presente una escultura griega que representaba un león de tiempos helenísticos, cosa nada difícil al seguir siendo Atenas el centro artístico más importante del mundo romano durante esta etapa de la segunda y tercera centurias.—ARTURO DIAZ MARTOS.

14 F. CHARBONNEAUX, *Portraits du temps des Antonins, en Monuments et Mémoires Piot*, 1957, fig. 8.

15 A pesar de esta analogía entre los ojos de

nuestra pieza y de los del Emperador, vemos que aquélla es anterior ya que no corresponde al tipo leonino en los sarcófagos del IV d. de C.

*UN NUEVO Y ORIGINAL RELIEVE IBERICO*

Aunque dimos por agotado el rico tesoro de exvotos del santuario del Cigarralejo (Mula-Murcia), es raro el año que una reiterada prospección de las laderas del montículo en que aquél estuvo enclavado, no nos depara un nuevo hallazgo. Indudablemente, al construirse las edificaciones ibero-romanas que en el s. III sustituyen al santuario, los exvotos acumulados en aquel lugar sagrado (a pesar de que fueron enterrados en un hoyo abierto en el suelo y luego cubierto con el grueso pavimento de la habitación) <sup>1</sup> debieron dispersarse, quedando algunos en el subsuelo de otras dependencias de la zona N. del edificio ibero-romano o cayendo por la ladera. Una de estas piezas, hallada superficialmente, nos dió la pista del santuario, siguiéndole otras varias, como la que hoy motiva este trabajo.

El hallazgo del exvoto se realizó en nuestra campaña de excavación del presente año 1960 y fué realizado por nuestro colaborador don Enrique Valcárcel. Se trata de un bajorrelieve, que al igual que la mayoría de los exvotos esculpidos en piedra de nuestro santuario, representa un caballo, pero con una originalidad en este caso, ya que se trata de una yegua amamantando a un potrillo. Desgraciadamente el grupo está incompleto, faltándole a la yegua los cuartos traseros y al potrillo el pecho y patas. De todos modos queda lo suficiente del conjunto para imaginar la pieza en su estado primitivo. (Fig. 1.) Fué éste un ladrillo de arenisca procedente del mismo terreno eoceno de los contornos, de un espesor medio de 28 mm. en el lado superior, perdiendo dos en el inferior. Dado que sólo tenemos unos 2/3 aproximadamente del largo total, es decir, unos 75 mm., la longitud debió ser de unos 11 a 12 cms. En cuanto a la altura, se conserva en 11 cms. como máximo y no debe faltarle más que uno o dos centímetros, así que el bloque resultaría sensiblemente cuadrado. Solamente se ha esculpido una de las caras del bloque, representándose en bajorrelieve plano una yegua en posición estática, de pié, mirando hacia el derecha del observador. Entre sus patas un potrillo, que por la forma de la talla puede estar echado o de pie, acerca la boca a las mamas de la madre. De ésta falta el lomo y la grupa, así como las patas traseras. La cabeza es pequeña, con el morro pegado al cuello. No se aprecian detalles de la misma, faltando las orejas, pero el perfil es acertado. El cuello es corto y grueso y de amplias proporciones el pecho. Las patas delanteras están verticales, confundiendo las manos con la grupa del potro. Resulta, pues, un caballo de cuerpo muy grueso, parecidísimo al tipo que representa en sus retratos ecuestres nuestro Velázquez. Como decimos, bajo el vientre y entre las patas está el potrillo. Sólo queda de él cabeza, cuello, tronco y grupa, con indicación de la línea del vientre a partir de las patas traseras. La cabeza está levantada hacia las mamas de la yegua, conservando una oreja corta y representándose la boca por un trazo largo. Es difícil asegurar la posición de las patas y la falta de pericia anatómica del escultor bien pudo representar al potro de pie.

---

1 CUADRADO E., *Excavaciones en el santuario ibérico del Cigarralejo (Mula - Murcia)*. *Informes y Memorias n.º 21*, Madrid, 1950, pág. 27.



Precisamente la superficie tallada fué la que estuvo expuesta a los agentes atmosféricos, presentándose cubierta de líquenes. La posterior queda bien conservada.

Es corriente en el Cigarralejo el motivo de la yegua acompañada por su potro, pero se presentan siempre apareadas en la misma dirección; así que este grupo que estudiamos resulta excepcional y presenta una gracia en la composición que lo hace muy agradable.

La técnica de la labra es muy sencilla. Utilizando siempre un instrumento cortante han "cortado" realmente la blanda arenisca, sacándole verdaderas "astillas", como puede verse en la parte posterior, donde se acusan las huellas del instrumento empleado.

Preparado completamente el bloque paralelepédico, se dibujó en la cara a labrar el contorno del grupo y se rebajó todo el ladrillo, menos las figuras, un par de milímetros. Después, a partir de las cuatro aristas, se labraron planos inclinados en la dirección del citado contorno, de forma que alrededor de las figuras quedó un hundimiento general que produjo un relieve de hasta cuatro milímetros de espesor. En cambio, el relieve entre las patas de la yegua se produce por hundimiento de todo el plano superficial y algo menos que el anterior.

De todo el conjunto de exvotos de El Cigarralejo hemos encontrado un solo paralelo seguro (Figs. 2 y 3): es el número 96 del inventario, encontrado el 25 de septiembre de 1947 <sup>2</sup>. Es este un relieve bifacial, con sendos caballos labrados en cada cara y orientados hacia el mismo costado del bloque, es decir, quieren formar una yunta, como tantas otras del mismo santuario, pero en relieve doble. El tipo de ambos caballos, descrito en nuestra obra tantas veces citada, es idéntico al del relieve que estudiamos. Cuello corto y curvado, pecho robusto, vientre convexo, tronco grueso. La técnica de labra es la misma en ambas piezas: rebaje previo de todo el ladrillo menos en las figuras; después talla de planos inclinados, que partiendo de las aristas resultantes convergen hacia el centro cortándose en sendas limahoyas muy marcadas. La intersección de planos y contornos de las figuras hacen que éstos tengan un resalte de hasta ocho mm. de profundidad. El relieve, que es casi plano, redondea levemente las formas y sobre todo los contornos. En el objeto de este estudio la yegua queda totalmente plana y más redondeado el cuerpo del potro. Detalle que relaciona ambas piezas, es la larga incisión que simula las bocas de los caballos del relieve bifacial, y la del potro. Por cuanto llevamos dicho creemos que los dos exvotos son producto de la misma mano. Menos segura es la analogía con las piezas 94 y 95 de nuestro inventario <sup>3</sup>, que forman el grupo 14º de nuestra clasificación de los exvotos. Estas piezas son un intermedio entre el relieve y la escultura de bulto entero, pues en realidad son un relieve bifacial, en que se ha recortado el fondo siguiendo la silueta de las figuras, en parte más o menos grande. En el aspecto de los caballos (yunta en el número 94, yegua y potro en el 95) es parecidísimo al de las otras piezas, incluso en la técnica. Creemos,

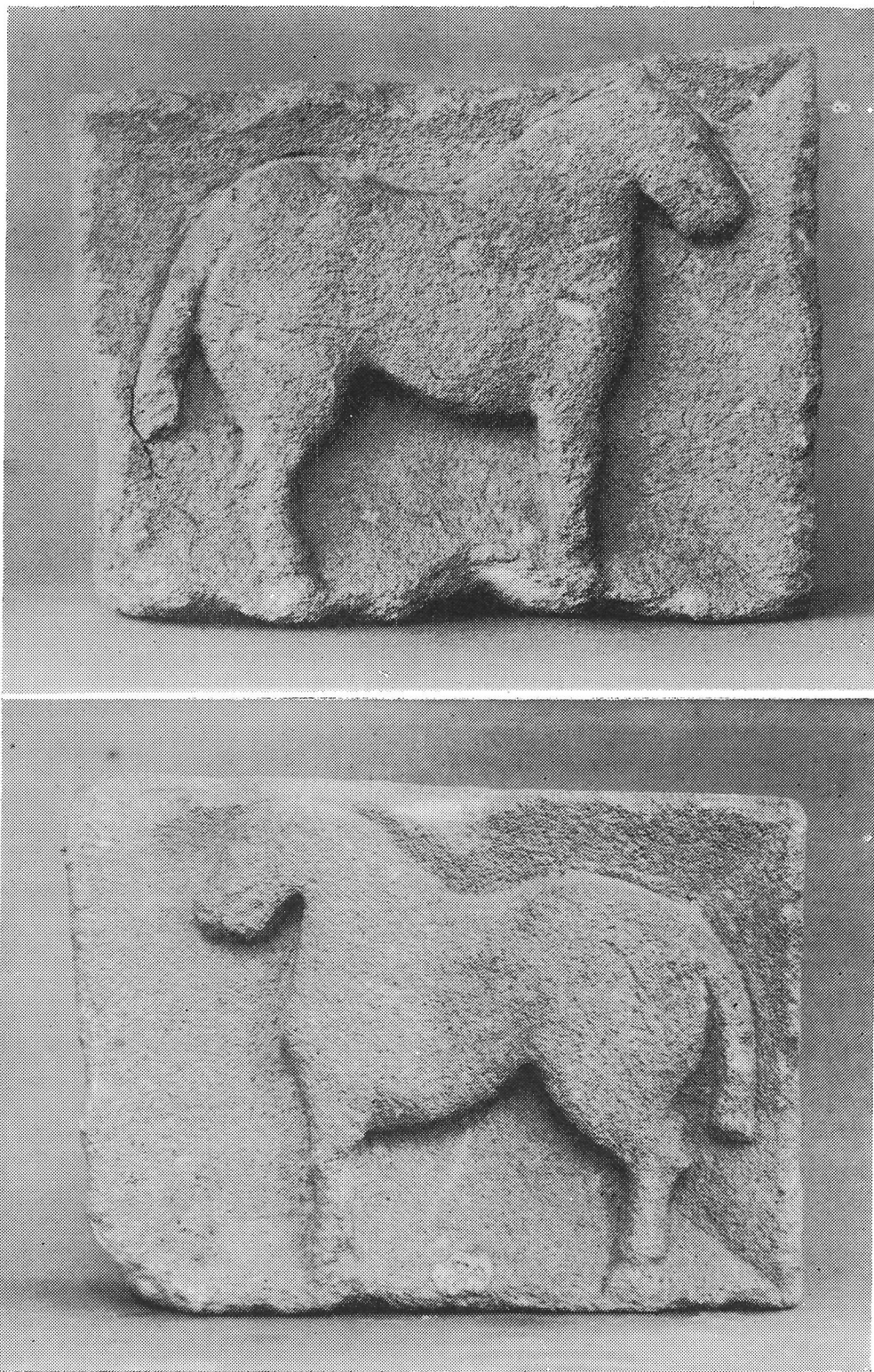
<sup>2</sup> *Op. cit.*, nota 1, pág. 225. Láms. LXXIX y LXXX.

<sup>3</sup> *Op. cit.*, pág. 214 y 215, lám. LXIV.





Yegua amamantando un potro. Cigarralejo (Mula, Murcia)



Relieve bifacial, Cigarralejo. Colección particula

pues, que las cuatro piezas pueden pertenecer al mismo autor o al menos al mismo taller.

Los exvotos de este tipo en bajorrelieve son frecuentes. En El Cigarralejo hay cinco: tres en el Cerro de los Santos (Albacete), uno en Pinos Puente y dos en Valderrubio (Granada), aunque los granadinos son de peor arte y mayor tamaño.

Siempre habíamos creído que la divinidad a quien se rendía culto en nuestro santuario ejercía una determinada influencia o protección sobre los caballos. Es a nuestro juicio la "potnia hippon", Artemis ibérica, como ya expusimos en otro trabajo <sup>4</sup>. El relieve que hoy nos ocupa es una prueba aun más evidente que los grupos de yegua y potro anteriormente encontrados y que son muy numerosos. La figura de la yegua amamantando a su potro es una representación admirable de la maternidad, que nos afirma en que nuestra diosa ibérica velaba por la reproducción de los caballos y protegía sus crías, que habían de ser después elemento valioso e indispensable de los iberos en la guerra y en la paz, en el transporte y en el comercio. Nada nos extrañaría que nuevas piezas aparecieran ocultas en las laderas, donde el color de las mismas se confunde con el del terreno y hace que su hallazgo sea una verdadera casualidad.—E. CUADRADO.

<sup>4</sup> CUADRADO, E., *La diosa ibérica de los caballos*. Actas de la IV sesión de los Cong. Intern. de Ciencias Prehistóricas y Protohistóricas, de Madrid, 1054. Zaragoza, 1956, pág. 797 y ss.  
J. M. BLÁZQUEZ, *Cheveaux et Dieux dans l'Espagne antique*, *Ogam*, XI, 1959, fig. 30, 385.

## NUEVO PROCEDIMIENTO PARA EL ESTABLECIMIENTO DE LA CRONOLOGIA DEL VIDRIO ANTIGUO

Un nuevo procedimiento técnico para fechar objetos antiguos de vidrio parece haber sido establecido por dos investigadores del Corning Glass Center (Corning, N. Y.), el dr. R. H. Brill y Mr. H. P. Hood <sup>1</sup>.

El procedimiento se basa en la valoración de la capa de irisaciones que se forma en la mayor parte de objetos de vidrio; algunas clases parecen resistentes a este procedimiento cuando permanecen enterrados o sumergidos en el agua. El proceso es comparable, aunque más lento, al de oxidación de los metales y el análisis microscópico de una sección de estas irisaciones muestra que esta capa se halla formada por la superposición de laminillas. Los investigadores han partido de la hipótesis, confirmada por el análisis de algunos ejemplares fechados y que corresponden a los s. IV, XVII y XVIII d. d. J. C., que la formación de estas laminillas es anual y aplicando en consecuencia un procedimiento semejante al del estudio de los anillos de crecimiento de los árboles. La formación de laminillas acusa los efectos de las variaciones periódicas de temperatura y pluviosidad, trátase de objetos enterrados o sumergidos.

Los investigadores solicitan, para proseguir sus trabajos y confirmar definitivamente la validez del procedimiento, se les faciliten ejemplares de cronología segura. Basta remitir para ello fragmentos de vidrio que conserven su capa de irisación y que no hayan sido limpiados o desprovistos de la misma. Adviértase especialmente que la cronología obtenida permite establecer solo un *terminus ante*, puesto que se refiere no al momento de fabricación, sino de enterramiento o inmersión. Conviene insistir en el hecho que el método no es aplicable a ciertos vidrios, más resistentes a los agentes químico-físicos, que determinan la formación de estas oxidaciones y que requiere absolutamente una total conservación de las irisaciones.—A. BALIL.

---

1 El procedimiento fué comunicado en el transcurso de la reunión anual del *American Institute of Archaeology*. Por otra parte el *Corning Glass Center* difundió la noticia en una circular (29-XII-1960) remitida a las instituciones más in-

teresadas en el nuevo procedimiento. Una descripción detallada del mismo y de los trabajos realizados puede verse en BRILL - HOOD, *Nature*, 1961, p. 12 ss.



CASTRO DE RATINHOS (MOURA, BAIXO-ALENTEJO, PORTUGAL)

Salvo breves notas de Leite de Vasconcelos, hasta 1938 existían pocas noticias sobre castros del Bajo Alentejo. En ese año empezamos a localizar en la referida provincia algunos de esos antiguos poblados o refugios prehistóricos. Nuestro trabajo se realizó principalmente en el concejo de Moura, región situada entre el Guadiana y las provincias de Badajoz y Huelva.

En primer lugar comprobamos la existencia de una zona riquísima en castros en la freguesía de Santo Aleixo <sup>1</sup>, y a requerimiento nuestro el profesor Leite de Vasconcelos realizó una visita, de la que publicó una nota en el "Journal de Moura" <sup>2</sup>, que constituyó uno de los últimos trabajos (tal vez el último que escribiera el añorado arqueólogo sobre prehistoria).

Más tarde localizamos otros castros en diversos lugares del mismo concejo (Moura, entre los que citaremos por su importancia los de Azougada, Rathinhos, San Bernardo, Dehesa de Bolrralha, Castelete, Serra Alta, Castrelos da Estrla, Safareja, etc. y otros en concejos limítrofes, como por ejemplo el llamado "Castelos de Pardieiros").

En todos estos yacimientos se recogió abundante material de superficie, pero sólo fué posible realizar excavaciones en el castro de Azougada. Estas excavaciones fueron subvencionadas primero por la Cámara Municipal de Moura y más tarde por el Instituto de Alta Cultura y por el Museo Etnológico. Doctor Leite de Vasconcelos (Belem). Los hallazgos efectuados en estas excavaciones últimas, realizadas bajo la orientación del profesor Dr. Heleno, se hallan en el referido Museo de Belem. El material recogido en anteriores campañas (én particular las subvencionadas por la Cámara Municipal de Moura), se conservan en parte en la Oficina de Turismo de Moura, en precarias condiciones de catalogación e inventariación.

Sobre el castro de Azougada no se ha publicado la necesaria monografía, pero sí estudios sobre aspectos parciales y varias referencias dispersas. También sobre otros castros localizados en el mencionado concejo se ha dado información en las relaciones enviadas al Instituto de Alta Cultura, en comunicaciones al Instituto Portugués de Arqueología, Historia y Etnografía, a la Comisión Municipal de Turismo, etc., habiendo sido publicadas notas y resúmenes <sup>3</sup>. Estas publicaciones contienen los elementos necesarios para que los investigadores puedan considerarles como punto de partida para futuros trabajos más amplios. Ultimamente hemos continuado las investigaciones en espera de nuevas campañas de excavación en yacimientos del margen izquierda del Guadiana.

Recientemente procedió a la recogida de materiales en el castro de Ratinhos la señorita Wanda Rodrigues e Rodrigues, en algunos de cuyos trabajos colaboró el doctor Manuel Farinho dos Santos, profesor de la Facultad de Letras

1 Cf. nuestro trabajo *Relíquias paleolíticas de Santo Aleixo*, en *Journal da Moura* 18-VIII-1939.

2 LEITE DE VASCONCELOS, *Antas da Negrita*, *Journal da Moura* 8-IX-1939.

3 Véase Notas en el *Journal da Moura* de 1939

a 1945; también en *O Arqueólogo Português*, nova serie, vol. II. Museu Etnológico Dr. Leite de Vasconcelos, Lisboa, 1953, pp. 296-297 y en periódicos lisboetas, cf. *Diário da Manhã* de 20-III-1945.

de Lisboa. Estos últimos trabajos han sido realizados con ejemplar honestidad científica y gran meticulosidad. Por otra parte, los materiales de gran importancia recogidos en estas prospecciones presentan grandísimo interés y plantean algunos problemas por el momento insolubles. La cerámica descubierta ofrece gran interés por sus decoraciones y su conocimiento ha llamado particularmente la atención de conocidos investigadores españoles, como el profesor Maluquer de Motes, del Instituto de Arqueología de la Universidad de Barcelona, y el doctor don Juan de M. Carriazo, profesor de la Universidad de Sevilla. Esta cerámica es precisamente la que nos ha llamado a la redacción de la presente nota, con la autorización de la mencionada investigadora, señora Wanda Rodrigues y Rodrigues, que por gentileza de la revista ZEPHYRUS damos a conocer en estas páginas.

El castro de Ratinhos, conocido también en la región por el nombre de *Outeiro dos Castelos*, se levanta en el concejo de Moura, frente al Guadiana, y en su orilla izquierda. Frente por frente, al otro lado del río, existe otro importante castro, conocido entre otros nombres por el de *Castelo de Pardieiros*. Posiblemente ambos castros representarían, de no ser castros rivales, elementos de una común posición militar de defensa del sistema del Guadiana.

En el mes de junio de 1942, en nuestra "Disertación de Licenciatura", llamamos la atención por primera vez de los arqueólogos hacia los yacimientos de esta zona, y más tarde, en memorias enviadas al Instituto de Alta Cultura y al Journal de Moura <sup>4</sup>.

Nos proponemos exclusivamente dar a conocer las cerámicas recientemente descubiertas en el castro de Ratinhos por la señora D. Wanda Rodrigues e Rodrigues, como antecedente necesario a un estudio más amplio, con mayor cantidad de materiales. El análisis de los fragmentos observados permite su agrupación en siete tipos distintos:

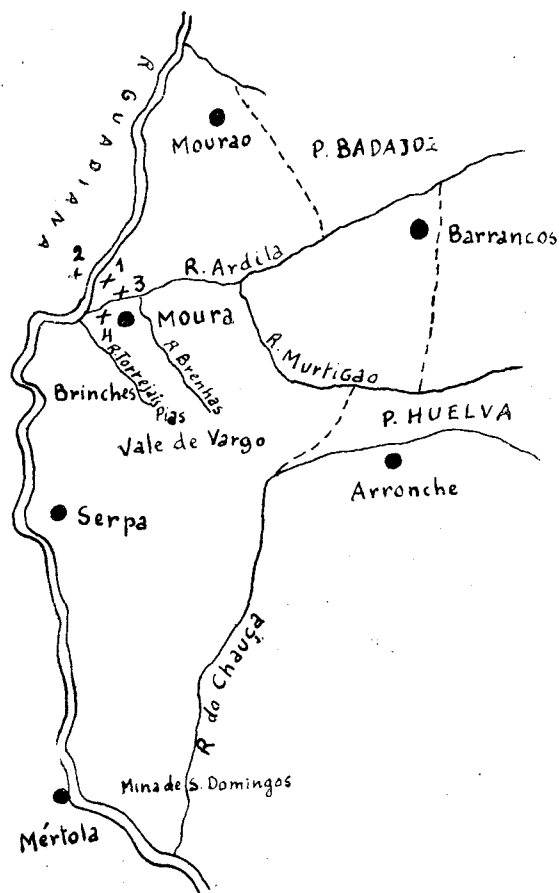
- 1) *Cerámica de color obscuro*, mal cocida, que a pesar de su aparente técnica rudimentaria presenta a veces una cubierta de barniz y en algunos ejemplares restos de pintura.
- 2) *Cerámica negra*, de pasta fina (a veces algo más gruesa), con la superficie lisa, pulimentada.
- 3) *Cerámica de color castaño*, lisa y sin decoración.
- 4) *Cerámica rojiza*, que en unos ejemplares se presenta de coloración viva y en otros unos tonos algo parduscos.
- 5) *Cerámica con ranuras*, que presenta a veces la idea del reticulado, mientras en otros casos parece tratarse de una decoración inorgánica.
- 6) *Cerámica de dos colores, negra y roja*. Unas veces es negra por su

<sup>4</sup> J. FRAGOSO DE LIMA. *O Castro da Azougada*. *Journal da Moura* del 14-VIII-1943. Es de mencionar la actividad desarrollada en particular en los yacimientos de la margen derecha del Guadiana por el Dr. D. José Pirês Gonçalves en lo que se refiere a la localización de diversos yacimientos. Más tarde, António Duarte, por estas fechas, guardó del Museo de Moura (o encargado de

la catalogación y conservación también del material arqueológico del castro de Azougada depositado en la Oficina de Turismo) que publicó en el mismo periódico (15-IV-1944) una nota referente a Ratinhos con ciertas confusiones (cf. J. FRAGOSO DE LIMA. *Monumentos arqueológicos de entre Ardila e Guadiana*. *Journal da Moura*, núms. 22-IV-1944 a 22-VI-1944).

interior y otras exteriormente. El negro da la impresión de haberle sido aplicado intencionadamente y aunque se presenta con fuerte adhesión cuando se la somete a fricción, mancha.

7) *Cerámica decorada de carácter especial.* Está constituida por cerámicas de varias pastas distintas e incluso con variantes de color. Su decoración es geométrica, en surcos pulidos y a veces brillantes, sobre la superficie mate de



la cerámica. Se presenta indistintamente sobre el exterior o el interior de las vasijas. De conformidad con las observaciones realizadas por la señorita Wanda Rodrigues, la cerámica, que presenta este tipo decorativo, siempre con motivos geométricos, puede subdividirse en los siguientes grupos: a) de coloración cenicienta, de diversa gradación, ornamentada con surcos brillantes; b) fondo castaño, con decoración de surcos pulidos; c) fondo de color castaño, con decoración también en castaño; d) fondo de color rojo, con los trazos de idéntico color, lisos; e) fondo de color amarillento, con decoración análoga, aunque más cubido de color y a veces brillante.

Algunos fragmentos de estas cerámicas presentan decoración por ambos lados (dibujos en negro sobre fondo ceniciento). Se trata de un tipo de cerámicas de gran perfección. Es notable la calidad de la pasta y la seguridad del dibujo decorativo. La técnica es doble, al parecer, pues mientras en unos ejemplares parece tratarse de verdadera pintura otros muestran singularmente una decoración de trazos pulimentados.

Por el momento es difícil establecer firmemente la cronología de estas cerámicas de decoración bruñida. Estamos de acuerdo en principio con las sugerencias y paralelismos observados por la señorita Wanda Rodrigues, y ciertos aspectos de estas cerámicas parecen recordar, dentro de determinados límites, cerámicas del Castro de Medeiros, Monterrey (Orense) y con estaciones portuguesas, tales como la gruta de Vimieiro; el Castro de Mangancha (cerca de Aljustrel); la Mesa dos Castelinhos (Messejaica). En la cueva llamada Lapa do Fumo (Sesimbra) existen ejemplares que hasta cierto punto pueden relacionarse con la cerámica de Ratinhos <sup>5</sup>. También se podrán relacionar, dentro de ciertos límites, con cerámicas sevillanas del cerro del Caramboño. Según nos informa la señora Wanda Rodrigues el profesor Juan de M. Carriazo, excavador del Carambolo, parece admitir también tal relación <sup>6</sup>. Es preciso recordar aquí que tanto Sevilla como Moura se hallan geográficamente dentro del área de expansión cultural tartésica. En este sentido es altamente significativo la aparición en Moura de un objeto de cobre o bronce (tal vez un fragmento de hacha votiva), que presenta grabada una inscripción en caracteres tartésicos <sup>7</sup>. No debemos olvidar, sin embargo, que también la región de Moura estuvo sometida a otras influencias culturales relativamente sincrónicas, en particular las corrientes célticas, según las propias informaciones transmitidas por la tradición histórica clásica. En esta región debe contarse siempre como punto de partida de estudios etnológicos, con mezclas de pueblos y en consecuencia con la posibilidad de formas culturales mixtas. Basta recordar que en el castro de Azougada aparecen vestigios variadísimos: del antiguo substrato occidental, infiltraciones fenicias, griegas, continentales europeas e incluso de la llamada cultura ibérica. Ello podrá explicar, posiblemente, las analogías con determinada cerámica hallada en el Carambolo.

La cultura del castro de Ratinhos parece relativamente contemporánea, de la que observamos en el castro de Outeiro de S. Bernardo, que descubrí en 1944, donde pude recoger, aparte de otros muchos elementos, cerámica del tipo campaniforme, y luego el profesor D. Manuel Heleno, incluso objetos metálicos, que dan idea de la gran vitalidad y larga duración de la vida en ese castro. La relación entre ambos castros puede fijarse, aparte de la proximidad geográfica, por la misma naturaleza de los hallazgos y de modo singular por el hallazgo de una punta de lanza de cubo, perteneciente al Bronce IV, efectuado en el castro de Ratinhos, según nos comunica amablemente su descubridora, ya mencionada. Concretamente a la cerámica decorada (nuestro grupo número 7), sus características parecen sugerir una aproximación a determinadas cerámicas del Mediterráneo oriental. Según impresión del profesor Maluquer de Motes, este tipo de decoración pulimentada podría ponerse en relación con cerámicas decoradas de modo análogo halladas en Biblos, aunque la técnica de fabricación de

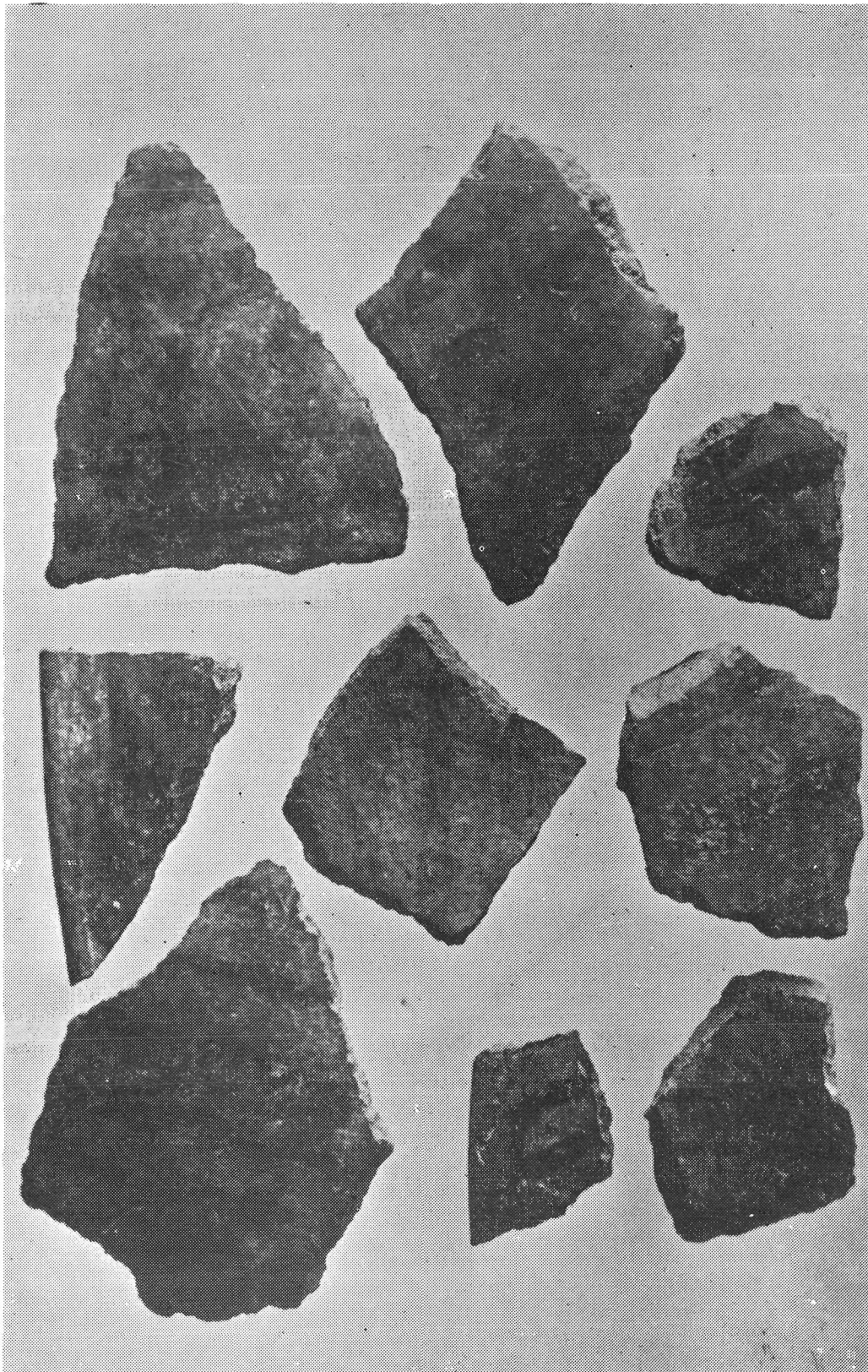
5 J. DA CUNHA SERRAO, *Cerámica Proto-histórica da Lapa do Fumo (Sesimbra)*, *Zephyrus* IX, Salamanca, 1958, pág. 177-186.

6 Agradecemos aquí la información facilitada

a este respecto por la Srta. Wanda Rodrigues y Rodrigues sobre estas interesantes cerámicas.

7 Hallada en el mes de octubre de 1960.





Cerámica con decoración geométrica pulida procedente del Castro de Ratinhos  
(Moura, Portugal)



las vasijas en este caso sea más perfecta, pues se trata de cerámica fabricada a torno rápido <sup>8</sup>.

Si esa sugerencia fuese aceptada es interesante recordar la situación de Moura en relación a lugares de hallazgos fenicios, como Cádiz o la Aliseda. La influencia cultural de Biblos habría alcanzado la Península posiblemente a través de Chipre, o en el caso concreto de esta cerámica, directamente de la costa fenicia. Los caminos de penetración de esas influencias serían, entre otros, el Guadiana (navegable hasta Pulo do Lobo) o a partir de la planicie andaluza por los pasos de la Sierra de Aracena, siguiendo el valle de Chauça (entre Cortegana y Aroche), y luego los terrenos de fácil acceso, por donde más tarde cruza la vía romana hacia Moura <sup>9</sup>. Por otra parte, tengamos en cuenta el hallazgo de otros elementos orientalizantes en castros próximos (Azougada).

Otros aspectos de la cerámica de Ratinhos son también interesantes. La naturaleza de las pastas y la calidad de la fabricación (pastas finas, unas veces pulimentadas, bruñidas o con barniz; cerámica mal cocida, etc.) Los fragmentos demuestran la existencia de vasijas de formas y tamaños variados. Los perfiles reconstruidos son también variadísimos, así como las asas, constituídas a veces por tetones sin perforar o con perforación simple o doble. A veces simples agujeros en lugar de asas, para ser colgadas. Todos estos aspectos técnicos de las cerámicas de Ratinhos aparecerán en la Disertación de Licenciatura de la señorita Wanda Rodrigues e Rodrigues, y no dudamos que en detalle permitirá ampliar nuestras propias observaciones. Es de desear que continúen las excavaciones y puedan ofrecer nuevos elementos para la interpretación de un yacimiento que creemos de gran interés.—J. FRAGOSO DE LIMA, *Lector de Portugués, Universidad de Barcelona*.

<sup>8</sup> J. MALUQUER DE MOTES, *Nuevas orientaciones en el problema de Tartessos, Primer Symposium de Prehistoria de la Península Ibérica*. Septiembre de 1959. Instituto de Arqueología de la Universidad de Barcelona y Institución "Príncipe de Viana". Pamplona, 1960, págs. 273-297.

<sup>9</sup> Cf. J. FRAGOSO DE LIMA, *Vestigios de vías romanas na parte occidental da Hispalis*. Rev. Las Ciencias V, núm. 3, Madrid, 1950, p. 567-568, y *Aspectos da Romanização no territorio portugues da Bética. O Arqueologo Portugues*, nova serie, vol. I. Lisboa, 1951, p. 187.

LA "URANIA" LORING. (Sobre un tipo helenístico de Musa).

Recientemente tuve ocasión de estudiar el "grupo Ena", de Zaragoza (actualmente en el Museo Marés, de Barcelona) <sup>1</sup>, y por ello me ví obligado a revisar la numerosa serie de figuras de ninfas y musas, la distinción no es siempre fácil debido a la ausencia de atributos, sentadas, y en consecuencia la "Urania" Loring.

En la serie de copias y réplicas de tipos helenísticos hallados en España puede considerarse un ejemplar bibliográficamente afortunado. Fortuna bibliográfica solamente, puesto que su destinación actual no es la más adecuada para facilitar su conservación y estudio, ni tampoco la que pudiera esperarse de su fortuna bibliográfica.

Brevemente puede resumirse su "ficha" arqueológica. Es de mármol blanco, mide 58 cm. de altura y fué hallada en Churriana (Málaga) <sup>2</sup>, antes de 1903. En esta fecha se hallaba ya en la colección de Casa Loring, en su hacienda de "La Concepción", ordenada y catalogada por Berlanga. Hacia 1930, al igual que el mosaico de los "trabajos de Hércules", hallado en Cartama, fué trasladada a Bilbao <sup>3</sup> y utilizada como monumento funerario por uno de los miembros de la familia. Destinación quizás sorprendente para una estatua de su interés y de un tema evidentemente pagano, aunque no puede considerarse excepcional. Sufrió daños en su traslado, probablemente, aunque son más graves los que le acarrearán su exposición en clima tan poco favorable a su conservación.

La copia Loring, fechable hacia el s. I, d. d. J. C., como observó García y Bellido, no es de una calidad excepcional. Téngase en cuenta, sin embargo, que como indica suficientemente su tamaño, esta estatua es en realidad una reducción del modelo realizada con fines decorativos. De ella interesa, especialmente, su carácter de documento de un tipo que no puede considerarse frecuente y su hallazgo en una localidad española. Posiblemente debió formar parte de un grupo, quizás heterogéneo, de las nueve musas. Un grupo, probablemente frecuente en las bibliotecas y en las villas de los romanos aficionados a las letras <sup>4</sup>.

Actualmente es posible ordenar los relativamente frecuentes tipos de musas sentadas en una serie de grupos. Grupos cuya ordenación cronológica ha sufrido variaciones ante la gratuidad de las múltiples atribuciones a los modelos creados por Filisco.

1 Catálogo de las esculturas antiguas y de las imitaciones modernas de lo antiguo conservadas en el citado museo, en prensa en *AEArq.*, 1960.

2 El topónimo parece indicar una "villa Surana" o un "fundus Suranus". La bibliografía es la siguiente. BERLANGA, *Catálogo del Museo Loringiano*, 1903, p. 97, n.º 17, lám. XVII; Pijoan en GÓMEZ-MORENO Y PIJOAN, *Materiales de Arqueología española*, I, 1912, n.º 20, p. 55 s., lám. XX (la interpretación acusa la influencia de las opiniones de Amelung respecto los tipos de musas sentadas [cfr. o. c., p. 14]); REINACH, *Rep. Stat.*,

V, p. 131, 5; LIPPOLD, *EA*, 4855 dcha.; GARCÍA Y BELLIDO, *Esculturas romanas de España y Portugal*, I, 1949 p. 170, n.º 186; M. E. GÓMEZ-MORENO, *Mil joyas de Arte Español*, I, 1947, n.º 77.

3 Lo cual impidió que pasase al museo de Málaga, como sucedió con las piezas que quedaron en "La Concepción". Sin embargo, esta pieza aparece constantemente citada, a excepción del citado trabajo de García y Bellido, como de Málaga.

4 Cfr. BECATTI, *Arte e gusto negli scrittori latini*, 1951, p. 93 ss. (basado en la correspondencia de Cicerón).

Un primer grupo de musas sentadas se relaciona con la Melpomene atribuida a Tisicrates <sup>5</sup>. El modelo de este primer grupo es el conjunto de musas de Francfort <sup>6</sup> y una serie de copias y réplicas <sup>7</sup>.

Un segundo grupo, atribuido al modelo de Filisco de Rodas, está representado por una numerosa serie de estatuas de los s. III-II, a. d. J. C., en cuanto a modelos, ya de pie, ya sentadas <sup>8</sup>. Una posición intermedia la ocupan la serie, también numerosa, de figuras femeninas sentadas, con el torso desnudo, y que corresponde, probablemente, a tiops de ninfas <sup>9</sup>.

El grupo de Filisco es el más moderno <sup>10</sup> y la identificación de réplicas difícil <sup>11</sup>.

Como ya observaron Pijoán y García Bellido, el prototipo de la "Urania" Loring es la Musa n.º 116, de Francfort <sup>12</sup>, aunque carezca de los atributos propios de Urania, que presenta la estatua Loring.

Una serie de elementos como la disposición de los paños en torno al cuello o la posición de la cabeza, recuerda la obra de Tisicrates y el cruce de las piernas, e incluso la posición de los brazos, la relacionan con la producción de otro discípulo de Lisipo, Eutiquides y su personificación de Antioquía del Orontes <sup>12</sup>, tan imitada en otras representaciones simbólicas <sup>13</sup>.

El modelo puede considerarse, en consecuencia, una obra del premier pe-

5 Sobre Tisicrates, cfr. THIEME - BECKER, "s. v" y RE, "s. v.". Melpomene, Corinto, cfr., JOHNSON, *Corinth*, IX, n.º 14; British Museum (antigua Westmacott), CLARAC, 506 B y 1045 A (*Rep. Stat.*, I, p. 264) mercado de antigüedades, LIPPOLD, RM, XXXIII, 1918, p. 89.

6 Staedtliche Gallerie. El grupo fué estudiado por KUSEL, *Die Frankfurter Musen* (Diss. Heidelberg), 1917 (esta obra no me ha sido asequible) y después por LIPPOLD, RM, XXXIII, 1918, p. 64 ss. y *Kopien und Umbildungen griechischer Statuen*, 1923, p. 31 ss. y 171; su posición es ya muy distinta en *Griechische Plastik*, 1950, p. 295 que se aparta por completo de las opiniones de Amelung mantenidas aún en los anteriores trabajos.

7 De éstas se tratará más adelante; recuérdense, sin embargo, las estatuas *Rep. Stat.*, IV, 179, 3; 181, 3 y 181, 6 y la *Corinth*, IX, n.º 13.

8 Pertenecen a este grupo una serie de figuras de pie de especial interés por su notable contribución a la formación del patrimonio tipológico de la escultura icónica de época imperial romana (cfr. HORN, *Stehende weibliche Gewandstatuen in der hellenistischen Plastik*, 1931, p. 64 ss.). Las atribuciones se han basado en los múltiples y variados tipos de musas, de distintos orígenes que aparecen en el relieve de Arquelao de Cirene. (La bibliografía muy numerosa puede hallarse en LIPPOLD, *Plastik...* cit., pág. 373, nota 6, y ADRIANI, *Divagazioni intorno ad una coppa paesistica del Museo di Alessandria*, 1959, p. 73), o en la base de Halicarnaso, en la cual quiso verse (WATZINGER 63 *Berliner Winckelmannsprogramm*) una representación figurada del grupo de Filisco, como ya había sostenido AMELUNG, *Die Basis des Praxiteles aus Mantinea*, 1895, p. 77 ss. (cfr. mi nota

en *AEArg.*, 1959, p. 142 ss). Con el mismo título podría añadirse también un sarcófago de Sardes, ya de época romana (cfr. MOREY, *Sardis*, V-1, p. 64). — La bibliografía sobre este pretendido grupo de Filisco es muy numerosa (cfr. LIPPOLD, *Kopien*, p. 170; *Plastik*, p. 333, n. 11-13; BIBER, *The Sculpture of Hellenistic Age*, 1955, p. 160 ss. En estas obras se hallarán referencias a las numerosas réplicas que pudieran aumentarse fácilmente con la simple inclusión de estatuas romanas cuyos paños reproducen en su colocación los de estos tipos (véanse algunos ejemplos hallados en España en GARCÍA Y BELLIDO, *o. c.*, *passim* y BALIL, *AEArg.*, 1960, en prensa; *Cuadernos de Arqueología e Historia de la Ciudad*, II, en prensa).

9 KLEIN, *Vom antiken Rokoko*, p. 97 (pero ya WATZINGER, *o. c.*); CULTRERA, *Bull. Com.*, 1923, p. 44; MANSUELLI, *Galleria degli Uffizi, Le Sculture*, I, 1958, n.º 97. Las versiones principales son las de las Termas (AURIGEMMA, *Le terme di Diocleziano*, 1954, p. 111 s. n.º 296 (=Paribeni, n.º 583) y 112 s., n.º 298, lám. LX a-b), la de los Uffizi citada (relacionada con los tipos de nereidas) y la de los museos vaticanos (*Vat. Kat.*, II, p. 158, lám. XVII: presentan algunas semejanzas con una de las figuras del "grupo Ena").

10 Sobre Filisco, cfr. THIEME - BECKER, "s. v.". Conocemos un original de este artista, la Are hallada en el santuario de Artemis Polo, en Tasos (fechaible el 50 a. d. J. C.), obra clasicista.

11 La descripción de Plinio (XXXVI, 34) no permite ningún intento de identificación. LIPPOLD, *Plastik...*, p. 383, se abstiene de todo ensayo en este sentido.

12 DOHRN, *Die Tyche von Antiochia*, 1960, *passim* (con lista de réplicas y obras emparentadas).

13 LIPPOLD, *Plastik*, p. 296.

ricodo helenístico, hacia el 320-280, a. d. J. C.; nada se observa en la "Urania" Loring que induzca a pensar en versiones classicistas del tipo reelaborando la versión de la escuela de Lisipo. Sin duda el modelo no debió servir sólo para representar a Urania como en la réplica Loring<sup>14</sup>, pues se conocen una serie de réplicas de este tipo, además de las citadas de Francfort y de la colección Loring, como puede observarse de la adjunta lista de réplicas.

1. Francfort, citada.
2. "Urania" Loring, citada.
3. Broadlands (Michaelis, *Ancient Marbles in Great Britain*, número 28; *EA* 4855; Vermeule-Bothmer, *AJA*, 1959, p. 141).
4. Ince-Blundell Hall (cfr. Ashmole, *Catalogue of the Ancient Marbles at Ince Blundell Hall*, 1929, número 83 c.)
5. Termas Inv. 52787 (*Paribeni* número 831; no expuesta en la actualidad).
6. Museos Vaticanos. Almacén (Kaschnitz-Weinberg, *Sculture del Magazzino del Museo Vaticano*, 1936, número 118, lám. XXX).
7. Roma, Villa Pamphili (Amdt, *Br. Br.* 610; Kusel *o. c.* número 25; Clarac, lám. 768 A, número 1906 B (= *Rep. Stat* I.)
8. Roma Villa Borghese (*Matz-Duhn* número 1411).

#### Adaptaciones.

1. Delos (*BCH*, XXXI, 1907; p. 392).
2. Hans (*Notiziario* III, p. 89 s.).

#### Relieves.

Basa de Halicarnaso, citado.—A. BALIL.

<sup>14</sup> Como la Antioquía, este tipo se prestaba para otras representaciones. Otro tipo emparentado con éste es el de la melancólica "muchacha sen-

tada" de Palazzo dei Conservatori (cfr. STUART JONES, *Catalogue...* "Orti Lamiani", n.º 31; para el tipo y réplicas, LIPPOLD, *Plastik*, p. 297).

*DOS ESCULTURAS DEL  
MUSEO DE BELLAS ARTES DE ZARAGOZA*

Va casi para un siglo que el Museo de Bellas Artes de Zaragoza posee dos interesantes estatuas romanas, que junto a algunos hallazgos de la región constituyen los mejores ejemplares de escultura conservados en el mismo.

Traídas de Roma en el s. XVII, por el gran humanista aragonés don Martín de Gurrea y Aragón, conde de Ribagorza y duque de Villahermosa, pasaron a formar parte de la decoración de su palacio, lo cual les aseguró una conservación que no tuvieron otras antigüedades de su colección <sup>1</sup>. En el pasado siglo las citadas esculturas fueron donadas al entonces recién fundado museo.

Sorprende que, pese a su notable calidad, estas esculturas, de tipos no carentes de interés, hayan tenido escasa difusión. Hübner, que tanto cuidó de visitar las colecciones españolas de esculturas clásicas procedentes de Italia, no las cita en sus *Antike Bildwerke*, y sin duda ello influyó notablemente en el hecho que esculturas no hayan sido conocidas por muchos investigadores que se han ocupado de piezas de las mismas series. Por otra parte, su procedencia no española dió lugar a que no fuesen incluidas en estudios de conjunto sobre esculturas romanas de España <sup>2</sup>.

I.—Por las dimensiones de lo conservado parece tratarse de una estatua icónica o de una estatua de culto; desgraciadamente sólo una de las réplicas, de Ostia, conserva la cabeza, lo cual, añadido a lo anodino y poco explícito de los atributos, hace que la identificación de la divinidad representada sea discutida y nebulosa.

La colocación de los paños puede remontarse, en lo formal, a tipos escultóricos de fines del s. V., como el Zeus del Albertinum de Dresde <sup>3</sup>, y especialmente a tipos del segundo período clásico, como el Zeus de Ince (Blundell Hall) <sup>4</sup>; el Asklepios del Louvre <sup>5</sup>, para culminar, en cierto modo, con el tipo de la Afrodita de Arles <sup>6</sup>.

Pero adviértase que esta semejanza, valorada generalmente con propósitos cronológicos, es puramente formal. Evidentemente el himatión, uno de cuyos extremos se sostiene bajo el brazo izquierdo, pasa encima de éste y descende, de arriba abajo, sobre la espalda, pasando después sobre la cadera derecha y doblándose sobre el abdomen, asciende hasta la cadera izquierda, cayendo sus extremos lateralmente y formando pliegues. Su aparente virtuosismo pueden

1 Para la colección, cfr. HUEBNER, *Antike Bildwerke im Madrid*, p. 339. Para D. Martín de Gurrea, cfr. la edición de Mérida de sus *Discursos de Medallas y Antigüedades*, 1902, y DEL ARCO, a Lastanosa, 1935, *passim*.

2 Así TARACENA, *Ars Hispaniae* cit. infra y CARO BAROJA, *ibidem*, donde la inclusión de esta pieza es debida no a los autores, sino a los ilustradores que parecen desconocer su origen no español.

3 Cfr., LIPPOLD, *Griechische Plastik*, 1951, p. 190, nota 9 (con. bibl. precedente).

4 Cfr. *EA*, 4890.

5 Cfr. *EA*, 262.

6 También aparece el tipo en pinturas de vasos de Kertsch (cfr. SCHEFOLD, *Untersuchungen zu den Kertscher Vasen*, 1934, p. 126) o en figurillas de Tanagra (cfr. KLEINER, *Tanagrafiguren*, 1942, p. 125).

incluso compararse con el de obras que nos llevarían incluso hasta la época de Cefisodoto. Sin embargo, el estilo y el ideario son muy distintos.

Generalmente, en razón de estas semejanzas formales, el tipo se ha techado hacia el 400-360, a. d. J. C., como aún sostiene Lippold <sup>7</sup> y Paribeni <sup>8</sup>. Lullies advirtió ya que el tipo era más moderno y su apariencia clásica era resultado de principios academizantes <sup>9</sup>. Blanco Freijeiro, al estudiar la réplica del Prado (a "Venus del pomo"), considera el prototipo como clasicista y lo fecha a mediados del s. II, a. d. J. C. <sup>10</sup>.

El clasicismo del tipo me parece evidente y su creación debe pertenecer al último tercio del s. II, a. d. J. C. Precisamente en este momento ballamos formas y ritmos idénticos en una estatua de Thasos <sup>11</sup> y en variantes de la misma de Budapest <sup>12</sup> y Siracusa <sup>13</sup>. Tipos semejantes, aunque con ritmos simétricos, pueden llevar incluso a los primeros años del s. I, a. d. J. C. <sup>14</sup>.

El tipo, como se verá de la adjunta lista de réplicas, es conocido de tiempo y por ello las identificaciones han sido numerosas, aunque todas ellas insuficientemente documentables. Jahn pensó en Amymone, Bernouilli, pese a incluirlo en su estudio iconográfico de Afrodita <sup>15</sup>, pensaba en Thetis o Amfitrite, Lippold <sup>16</sup> en Ino-Leucothea. Podría tratarse también de una ninfa, pero es más probable deba interpretarse como una divinidad marina.

No son raras las réplicas de este tipo, si bien no lleguen al número de otras versiones <sup>17</sup>. Bernouilli, en su primera relación de réplicas, incluyó catorce tipos <sup>18</sup>; Lippold <sup>19</sup> enumeró quince y los aquí incluidos aumentan considerablemente esta cifra <sup>20</sup>.

II.—La figura viste un fino chitón, ceñido bajo el seno, y se cubre con un himatión. Este cubre el hombro izquierdo, desciende sobre la espalda y cruzando a la altura de las caderas, pasa sobre las piernas, formando un *sinus* pronunciado, y descansa en el brazo izquierdo.

El tipo de estatua icónica citado es muy frecuente en la escultura oficial romana, que une a este modelo helénico retratos de personajes. Más rara es su utilización como tipo religioso. Sin embargo, ésta puede adivinarse también en las representaciones monetarias de las virtudes imperiales. Aparece también

7 Cfr., LIPPOLD, *o. c.*, p. 232.

8 PARIBENI, *Catalogo delle Sculture del Museo di Cirene*, I, 1959, p. 104, n.º 283, fecha el tipo en la segunda mitad del s. IV a. d. J. C. DOHRN (*Attische Plastik*, 1957) no alude al mismo.

9 Cfr. *Die Kauernde Aphrodite*, 195, p. 70 ss.

10 Cfr. *Museo del Prado. Catálogo de la Escultura*, 1957, p. 54 ss., n.º 65. E.

11 Cfr. HORN, *Stehende Weibliche Gewandstatuen*, 1931, p. 89-90, lám. XXXVI, 3.

12 Cfr. HORN, *o. c.*, lám. XXXVII, 1.

13 Cfr. HORN, *o. c.*, lám. XXXVI, 2, p. 82 ss.

14 Cfr. HORN, *o. c.*, p. 82 ss.; BIEBER, *o. c.*, figs.

15 Cfr. BERNOUILLI, *Aphrodite*, 1873, 366 y 372.

16 *O. c.* I c. y en BRUNN, BRUCKMANN, ARNDT y LIPPOLD, *Denkmaeler griechischer und roemischer Skulptur*, n.º 675 (citado de aquí en adelante *Br.-Br.*). Lippold se basa en su atribución en la frecuencia de este tipo en Ostia, donde existía precisamente un santuario dedicado a Ino-Leucothea. Véase la adjunta lista de réplicas.

17 Como las cincuenta y una grandes estatuas del tipo de la Venus de Cnido enumeradas por BLICKENBERG, *Knidia*, 1933 y que ahora (cfr. PICARD, *La sculpture grecque* III-2, p. 572) deben pasar de las sesenta. Las innumerables versiones de la Afrodita Púdica (cfr. FELLETTI-MAJ, *Arch. Class.*, III, 1951, 48 ss. y BALIL, *AEArq.*, XXXIII, 1960, en prensa) o de la Anadyomene (cfr. RIEMAN, *Karamaikos*, II, 1940, *passim*).

18 *O. c.*, p. 366 ss., sin incluir en esta cifra las terracotas.

19 *Br.-Br.*, n.º 675 *passim*.

20 Véase el *Apéndice* al final de este trabajo.



en retratos de miembros de la familia imperial, aunque en ocasiones este tipo se une a la representación de determinadas virtudes.

También aquí nos hallamos ante una versión clasicista, que tiene sus orígenes lejanos en modelos del primer clasicismo. El modelo lejano, aunque con notable relación de los paños, es en este caso la Hera Borghese <sup>21</sup>. Una serie de modificaciones en el tipo del chitón llevan ya a modelos no anteriores al siglo IV <sup>22</sup> a este círculo podría relacionarse, en cuanto a disposición del himation, la "Artemis" del Mausoleo de Halicarnaso, hasta culminar en la Themis de Ramnunte <sup>23</sup>, que es ya una versión clasicista y cuya representación de los paños acusa un notable manierismo.

Las versiones romanas parecen acusar varios prototipos y variedades, a semejanza de lo que ocurre con otros tipos utilizados indistintamente en estatuaria religiosa e icónica <sup>24</sup> y cuya agrupación adecuada puede quizás revelar las series de versiones <sup>25</sup>. Por ello aquí se limitan las referencias de réplicas a aquellos ejemplares más próximos o idénticos al de Zaragoza <sup>26</sup>.

Versión clásica y clasicista pueden verse en dos esculturas del Museo del Prado <sup>27</sup>. La primera fué estudiada, en cuanto a réplicas, por Amelung <sup>28</sup>, y culmina con una versión cuyas réplicas fueron catalogadas por Hekler <sup>29</sup>. A estos ejemplares pueden añadirse otras varias <sup>30</sup>.—A. BALIL.

## APENDICE

### *Réplicas del tipo Afrodita-Ino-Leucothea* <sup>31</sup>.

1. OSTIA (cfr. Lippold, *Br.-Br.*, 676 dcha. (= Vaglieri, *Not. Sc.*, 1911, página 324 s.= R. Calza, *Museo Ostiense*, p. 23, número 110).

21 Cfr. para el tipo, ZANCANI-MONTUORO, *Bull. Com.* LXI, 1933, p. 25 ss.; PICARD, *o. c.*, II-2, p. 537 ss. y POULSEN, *From the Collections of the Ny Carlsberg Glyptothek*, III, 1942, p. 65 ss, y también PARIBENI, *o. c.*, p. 146, n.º 423.

22 Sobre la moda de la cintura alta en el s. IV y el tipo de chitón, cfr. FLASCH-PETERSEN, *Archaeologisch-epigraphischen Mitteilungen aus Oesterreich-Ungarn*, V, 1881, p. 3 ss. y BALIL, *AEArq.*, XXXIII, 1960, cit.

23 Cfr. *Br.-Br.* 476; STUDNICZKA, *Artemis und Iphigenie*, p. 96; HEKLER, *Roemische weibliche Gewandstatuen*, p. 235; LIPPOLD, *Kopien und Umbildungen*, nota 212 al capítulo XVII; STAIS, *Marbres et bronzes du Musée Nationale (d'Athenes)*, 1910, p. 63 s., n.º 231; DICKINS, *Hellenistic Sculpture*, 1920, p. 54; BECATTI, *RIASA*, VII, 1940, p. 18 ss.; BIEBER, *o. c.*, p. 65.

24 Cfr. BALIL, *AEArq.*, XXXII, 1959, p. 142 ss.

25 De aquí procede el tipo de la "orante", cfr. MUSTILLI, *Museo Mussolini*, p. 177, n.º 61; KLAUGER, *Jarbuch f. Antike u. Christentum*, II, 1959, p. 115 ss. Análogo un tipo procedente de la "Hera Barberini" (Ny Carlsberg), cfr. FELLETTI-MAJ, *Catálogo del Museo Nazionale delle Terme. I ritratti*, 1953, p. 110, n.º 214 (lista réplicas) no superponibles al tipo aquí estudiado.

26 Cfr. *EA* 1186 con lista de réplicas (incompleta) (*EA* 1516 es una escultura del Museo del Prado (=BLANCO, *o. c.*, n.º 48-E, p. 48).

27 48-E y 164-E. Para el tipo de la segunda, más próximo a la nuestra, véase POULSEN, *Ny Carlsberg*, n.º 392 (p. 263); *EA* 227, 916, 1828; HORN, *o. c.*, p. 85; POULSEN, *Portraetstudien in Norditalienischen Provinz Museen*, 1928, p. 51 (estatua de Portogruaro).

28 *EA* 1186; *Vatican Katalog*, I, p. 351 s. (Chiaromonti 62).

29 *O. c.*, p. 153 ss.

30 Este tipo se relaciona con algunas figuras de Higieia (cfr. MUSTILLI, *Museo Mussolini*, p. 68 s., n.º 10, con lista de réplicas). Aparte las réplicas citadas por Hekler recuérdense aquí, entre las halladas en España, la de Itálica (*Esculturas*, n.º 244, p. 202), Porcuna (ídem, n.º 242, p. 201 s.) y Almuñecar (Eguaras, *MMAP*, V, 1944, p. 116 y lám. XXVI, 1).

31 Las trece primeras réplicas aparecen aquí en el mismo orden que en LIPPOLD, *Br.-Br.*, citado Los núms. 14 y 15 de Lippold corresponde a las "adaptaciones" n.º 1 y 2. Obsérvese, sin embargo, que Lippold excluye algunas de las réplicas citadas por Bernoulli.

2. BERLIN (*Beschreibung der antiken Skulpturen*, 1891, número 276, página 117, s.; Lippold, Br.-Br. cit. fig. 5).
  3. MUSEOS VATICANOS (Amelung. *Vat. Kat*, I, p. 607, s; Chiaramonti 451).
  4. NAPOLES (Cfr. Guida Ruesch, p. 243).
  5. NAPOLES (Cfr. *idem*, p. 453).
  6. VIENA (hallada en Aquileya; cfr. Sacken y Kenner, número 26).
  7. DRESDE (antigua colección Chigi; Clarac, lám. 592=*Rep. Stat.* I).
  8. MADRID (antigua colección Odescalchi; Blanco, *Museo del Prado, Catálogo de la escultura*, 1957, número 65-E, p. 54 ss.)
  9. ATENAS (*EA* 712).
  10. AGRAM (Procede de Minturna. Cfr. Crema, *Bollettino della Associazione Internazionale di Studi Mediterranei*, VI, 1933-34, lám. X-4. *Rep. Stat.*, IV, p. 202, 7).
  11. Perdida (*Rep. Stat.*, II, p. 406, 3).
  12. ROMA (Palazzo Aldobrandini).
  13. ROMA (Palazzo Mattei).
  14. ZARAGOZA (Museo Provincial de Bellas Artes).
  - 15-18. OSTIA (Museo Ostiense, almacén. Cuatro estatuas fragmentadas. Cfr. Calza o. c. l. c.)
  19. NAPOLES (Hallada en Minturna. Cfr. Adriani, *Not. Sc.* 1938, p. 1777).
  20. OUDNA (Quoniam, *Mélanges*, LX. 1948, p. 36).
  21. CIRENE (cfr. Paribeni, *Catálogo delle Sculture del Museo di Cirene*, 1959, p. 104).
- Adaptaciones con *chiton*.
1. Roma (Villa Borghese, *EA* 2744).
  2. Nápoles (Inv. 111387; Lippold, Br. Br., cit. gfi. 6.)



Fig. 1.—Escultura del Museo de Bellas Artes, Zaragoza



Fig. 2. Escultura del Museo de Bellas Artes, Zaragoza

## LOS DIALECTOS INDOEUROPEOS HISPANICOS

El libro de Ulrich Schmoll, *Die Sprachen der vorkeltischen Indogermanen Hispaniens und das Keltiberische* (Wiesbaden, Otto Harrassowitz, 1959), merece por su importancia ser comentado aquí, aunque sea con algún retraso. El campo de las lenguas hispánicas antiguas, en el que la insuficiencia de materiales es crónica y difícilmente remediable, sufre además de escasez de investigadores. Por eso, a pesar de los progresos realizados en el conocimiento de esas lenguas durante estos últimos años, progresos que han hecho posible una síntesis como la de A. Tovar en *Enciclopedia lingüística hispánica I*, una nueva visión de conjunto no puede menos de ser sumamente útil, sobre todo si es tan amplia, sistemática y crítica, como la que ahora reseño.

El autor establece como principio, con toda razón, que cuestiones lingüísticas no pueden ser resueltas más que con argumentos de orden lingüístico. Este principio supone, naturalmente, otro que fija en sus justos términos el alcance del primero: el determinar la filiación de la lengua usada en determinado lugar en determinado momento no resuelve automáticamente otros problemas (procedencia del pueblo, carácter de otros elementos culturales, etc.).

La particularidad que da mayor valor a este libro es sin duda la amplitud con que en él se examina la totalidad de los hechos en que se puede fundamentar una prueba lingüística. Estos, como es sabido, son en nuestro caso de tres clases:

1.º Los textos indoeuropeos en escritura indígena o latina, muy breves casi siempre y bastante oscuros cuando son más largos, a pesar de ensayos de interpretación tan valiosos como los de Hernando Balmori, Lejeune y Tovar.

2.º Los nombres propios (de lugar, de persona y de divinidades), documentados en fecha antigua, a cuyo conocimiento ha contribuido tanto estos últimos años la Universidad de Salamanca. Los topónimos atestiguados sólo en época medieval e incluso moderna, podrían en varias regiones (pienso, como ejemplo, en Santander y Asturias) proporcionar materiales muy valiosos, pero su estudio no está tan adelantado como debiera.

3.º Las voces de sustrato en los romances peninsulares y los préstamos indoeuropeos en vasco.

Una obra de conjunto como esta no era lugar apropiado para detenerse demasiado en la interpretación de los textos en lengua indoeuropea. Véanse con todo las observaciones del autor sobre *caruo* y *corica* (p. 39, nota 2) o sobre *stan* (p. 49), que me parecen muy pertinentes.

Donde este libro representa un gran avance sobre todo lo anterior y puede servir de modelo para trabajos posteriores, es en el tratamiento del segundo grupo de materiales, aducidos exhaustivamente y juzgados según sólidos criterios lingüísticos. Ya Meillet se refirió en una ocasión al carácter precario de la comparación basada en nombres propios, pero ello no obsta para que, sobre todo a falta de otros datos, haya de ser intentada y llevada sistemáticamente a cabo; hoy no podemos dudar que gracias a ella se ha ampliado sustancialmente el conocimiento de varios dialectos indoeuropeos, cuyos textos son fragmentarios o no existen en absoluto. El autor posee en sumo grado dos cualidades, sólo aparentemente contradictorias, cuya combinación es indispensable para

esta tarea; una audacia que no se detiene por pequeños escrúpulos cuando se trata de sugerir posibilidades (la interpretación de *turou* como nom. dual, p. 33 y 38, no cede en temeridad a una que se propuso para el letrado de la pátera de Tivisa, de la que en este libro se hace también mención) y una extremada prudencia cuando se trata de admitir resultados seguros o muy probables.

El plan del libro es simple y claro. La introducción, "Historia del problema de los ligures hispánicos" —Jano ambiguo que mira a dos mundos distintos—, valora con juicio seguro los textos que con frecuencia se han manejado arbitrariamente en esa debatida cuestión y nos da además una crónica cumplida de las etapas por las que ha pasado el estudio de las lenguas hispánicas antiguas. La parte central, precedida de una cómoda colección de textos, examina en tres capítulos la morfología, los sufijos de derivación (una novedad del mayor interés, a la que habrá que referirse a menudo en el futuro) y los sonidos de los dialectos indoeuropeos hispánicos.

Siguen las conclusiones, resumidas en un mapa, que naturalmente, dada la escasez del material y la posibilidad de interpretaciones muy distintas, son provisionales y presentadas como tales. Un minucioso estudio de detalle (evolución fonética, morfología y —si así puede decirse— léxico) permite al autor, apoyado en su profundo conocimiento de dialectos centro-europeos muy defectuosamente atestiguados, llegar a afirmar que a la formación de nuestras hablas han contribuído, en una u otra medida, por lo menos seis dialectos indoeuropeos, dos de ellos célticos. Se puede discrepar acerca del valor probativo que el autor atribuye a algunos hechos, pero en todo caso nos hallamos lejos del empleo indiscriminado de designaciones tan vagas como "ligur" o "ilirio".

Estos dialectos, sin embargo, no continuaron su vida independiente en nuestro suelo, sino que acabaron por cristalizarse en dos grupos: el céltico de una parte y de otra el nordoccidental y central, de carácter fundamentalmente precelta.

Las hablas célticas tienen un núcleo bien caracterizado en Celtiberia, cuya lengua presenta un aspecto "goidélico", que no es en el fondo otra cosa que arcaísmo (conservación de *qu*), no sin alguna mezcla de rasgos más recientes (cf. *lutiacei*, al parecer nom. plural, junto a *lutiacos*), que el autor no tiene reparo en calificar de britónicos. Pero es de suponer, por distintas razones, que siguieron también en uso entre los *Celtici* de Gallaecia y Turdetania y entre los Artabros, sin contar las infiltraciones que se descubren en distintos puntos de la Hispania indoeuropeizada y aun fuera de ella. Los dialectos precélticos, establecidos sobre todo en el Noroeste, para los cuales el autor propone la denominación de "hispánico del Noroeste" o "hispánico" a secas, son la prolongación de hablas centro-europeas de cuño "iliroide". En ellos cabe distinguir el grupo galaico-lusitano ("galläkisch") y el central ("asturisch").

No se le oculta al autor lo que esta síntesis tiene de provisional y de inseguro: tanto la delimitación geográfica como la caracterización lingüística de las hablas centrales, en particular, es y tiene que ser esencialmente vaga. Porque una de las virtudes de este libro es que en ningún momento propone como seguro lo que por su misma naturaleza es problemático. Como contrapartida se atiende con rigor a lo que es razonablemente firme.

Otra virtud, realmente excepcional tratándose de un indoeuropeísta, es que

Schmoll aborda el problema de nuestras lenguas antiguas en su totalidad, sin temor a penetrar en el mundo ibérico. De aquí que haya salvado con acierto un peligroso escollo: la posibilidad de confundir hechos gráficos con hechos de pronunciación. La escritura indígena que sirvió para la notación del celtibérico se usó antes para escribir otra lengua y los hechos más recientes sólo pueden ser comprendidos rectamente en función de los más antiguos. Lo que aquí se dice a propósito de los dos signos que representan sibilantes (distinción meramente gráfica de *s* y *š*) y sobre la existencia de dos fonemas nasales en celtibérico, a pesar del empleo (no simultáneo!) de tres signos para representarlos, me parece muy preferible a las opiniones defendidas por Lejeune en *Celtiberica*.

Una obra de este género, por la naturaleza del tema, da pie a un número indefinido de observaciones de detalle. Me limitaré a presentar alguna, empezando por lo referente a la notación.

El autor se inclina a pensar (p. 2, nota 5) que el ibérico no poseía más que una serie de oclusivas (sordas lenes). Sin embargo, prescindiendo del orden labial, esta hipótesis choca con el hecho de que en escritura griega y latina se observa una notable regularidad en la distinción de sordas y sonoras, como puede verse por los ejemplos de *adin* citados aquí mismo (p. 66, nota 1). Yo preferiría hablar en este caso, con Tovar, de "inadecuación" de las escrituras ibérica y meridional.

Sostiene el autor (p. 102) que el ibérico no tenía más que un fonema nasal, opinión que yo también he defendido para un estadio antiguo de la lengua. Con todo decir que el valor del signo *Y* "es completamente desconocido", acaso sea excesivo. Conocemos por lo menos (y bastaría para probarlo su empleo en celtibérico) que tenía algo que ver con la nasalidad, aunque esté, por así decirlo, a horcajadas entre las vocales y las consonantes. Hace ya años que Antonio Beltrán indicó (*Pirineos* 8 (1952), 512), que la clave podía hallarse en el grupo ibérico *ybar-*. Esa clave no lo aclara todo, por desgracia, pero es razonablemente seguro que *ybar-* corresponde a *Umar-* en el bronce de Ascoli, como señalé allí mismo (10 (1954), 452, nota 51) y en *Hom. Martinet* I, 155.

Un caso muy probable de cierre de *-o* larga es, como admite ahora Tovar, *turiasu-*: cf. *Touriassó*, tema en *-n* asegurado por el mod. *Tarazona*.

Para *briga-* cf. acaso el enigmático *birica(n)tin*, relacionado por Hübner con los *Brigantes*: ¿podría entenderse como una abreviación de *\*Brigantium*?

En apoyo del tratamiento *\*g<sup>wh</sup> > g-*, no demasiado bien establecido, puede aducirse el grupo de port. *gôro*, cast. ant. (*huevo*) *güero* (vid. Corominas, s. v. *huero*), vasc. *gori* "candente", probablemente un antiguo participio: irl. ant. *fo'geir*, caus. *guirid* "calienta", galés *gori* "empollar", etc.

*Pisuerga*, forma moderna de *Pisoraca* (p. 88, nota), no nos dice nada sobre la cantidad de *i*: cf. *Sigüenza* de *Segontia*, para citar sólo un nombre propio.

Las dudas del autor sobre *\*Magetoritum* (p. 83) tenían muy buen fundamento; véase J. Oliver Asín, *Historia del nombre "Madrid"*, Madrid 1959.

Convendría quizá señalar que *Ledesma*, *Osma*, no han salido regularmente de *Letisama*, *Uxama*, puesto que *a* postónica se conserva regularmente en los romances españoles; Menéndez Pidal pensaba en una interferencia del suf. latino *imo-*. *Uxama* tiene también un claro representante en zona de habla vasca: *Ulzama*, nombre de un valle navarro, que en documentos medievales apa-

rece escrito *U(t)zama*, *U(t)çama*. Esto nos lleva a plantear decididamente la cuestión, importante para la determinación de la extensión antigua de los dialectos indoeuropeos en nuestra Península, de las formaciones en *-ama*, *-isama* dentro de lo que hoy se llama País Vasco, cuestión ya tocada de paso por Meyer-Lübke en *Hom. a Menéndez Pidal* I, donde por desgracia mezcló nombres de muy distinta procedencia, incluidos algunos de origen latino que un romanista hubiera debido separar.

A mí me parece que nombres de población como *Arama*, *Beizama*, *Berama* cf. *ueramos*), *Cegama* (cf. *Segisama*, con distinto sufijo), *Lezama* (de *Letisama*?), no son sino lo que parecen ser: muestras, como *Deva*, de designaciones indoeuropeas en una zona que más tarde había de serles extraña.

Es digna de alabanza la prudencia con que el autor menciona incidentalmente algunos problemas de parentesco, sobre los cuales se han hecho más de una vez afirmaciones precipitadas: “este *eban-en* —dice por ejemplo en la p. 5— sería la única relación con el hamítico que se puede advertir en las inscripciones ibéricas, fundamento más bien débil para conclusiones de largo alcance”. El que poseyendo algún conocimiento de una lengua semítica se enfrenta con un texto egipcio antiguo o bereber, reconoce sin tardanza algunos signos de un paisaje familiar, signos que se echan de menos en ibérico, como ya observó G. Bähr.

En este sentido son también muy juiciosas las observaciones del autor sobre la coincidencia, que puede ser puramente casual, de *-(e)n* en varias lenguas “atlánticas” (y en otras que no lo son), que no es en sí más significativa que la de un suf. “oriental” *-i* de función atributiva.

En el mapa (véase también p. 7) se atribuye una posición aparte al “*bas-tetano*”, la lengua de las inscripciones en alfabeto meridional, llamado antes *tartésico*. Si algunos nombres de persona nos inclinarían a pensar así, los textos, en la medida en que han podido ser leídos, apoyan la idea de que su lengua está muy próxima a la ibérica, como demostró aquí mismo Tovar. (*ZEPHYRUS* 7 (1956), 81 ss.)

Otra particularidad del mapa consiste en que en él eúskano (“*auskisch*”) no hace más que asomarse en España por el norte de Navarra. No deja de ser curioso lo que viene sucediendo con el territorio atribuido al vasco antiguo. Después de perder (Gómez-Moreno, Schulten, Bähr) el país de várdulos y caristios, más o menos las actuales Provincias Vascongadas, le va siendo negado lo que parecía su centro natural: el territorio de los Vascones. No se me oculta el fundamento que tiene esta nueva opinión, pero por ello mismo resulta conveniente recordar que el país vascón estaba probablemente tan lejos de ser unilingüe hacia los comienzos de la influencia romana, como el reino de Navarra en la Edad Media.—L. MICHELENA.



## IUNIUS BASSUS PROBLEMA PROSOPOGRAFICO

La identificación de Iunius Bassus representa un problema prosopográfico que superará el simple ambiente de los estudios sobre la composición del senado romano en el s. IV, d. d. J. C., para afectar especialmente los aspectos cronológicos del arte romano del Bajo-Imperio y del paleocristiano en general.

Simplificando las premisas del problema puede decirse que conocemos dos personajes de este nombre, cónsules, respectivamente, los años 317 y 331, después d. J. C. Por otra parte, conocemos una basílica situada en el Esquilino <sup>1</sup>, construída por un cónsul Iunius Bassus, y el sarcófago de un cónsul del mismo nombre, fallecido el año 359, d. d. J. C., a los cuarenta y dos años de edad, y que ejerció además la praefectura urbis <sup>2</sup>.

Obsérvese en primer lugar que el cónsul del sarcófago nació precisamente el año 317, lo cual excluye forzosamente pudiera ser en cónsul del 317 y también el del 331, año en el cual contaba solo catorce años <sup>3</sup>. También es un problema notable la relación entre el autor de la basílica y el Iunius Bassus del sarcófago, que algunos autores han venido aceptando sin vacilación <sup>4</sup>, mientras otros se inclinan por la posibilidad, que parece preferible, de considerarlos personas distintas.

De Rossi <sup>5</sup> atribuyó la basílica al cónsul del a. 317, pero esto no parece probable y menos aún que la basílica conmemorase la victoria sobre Majencio, aunque el carácter conmemorativo de este edificio parece indudable <sup>6</sup>.

Esto plantea el problema de la identificación iconográfica del cónsul Iunius Bassus, que aparece en un mosaico de *opus sectile*, con retoques pictóricos, que apareció decorando uno de los muros de la basílica y se conservaba en Roma en el "palazzo del Drago". Deubner vé en él un retrato del cónsul del 317, padre del cónsul del 331, que debió ser el constructor del edificio, según la mayoría de las hipótesis. Que no se trata, como se creía, del cónsul constructor parece indicarlo <sup>7</sup>, que su rostro es distinto, pues el cónsul del 331 aparece retratado, aún como praefectus praetorii, en un vaso del 326, d. d. J. C. y en un sarcófago fragmentado, conservado en Villa Doria Pamphili <sup>8</sup>.

Un cuarto miembro de la familia aparece citado en el 333-34, como enterrado en un cubículo que los Iunii Bassi poseían en la basílica de San Pedro y que bien pudiera ser cónsul del a. 331 <sup>9</sup>. Forzoso es suponer que el cónsul fallecido el 359 no debió ejercer este cargo antes del 340 y en todo caso parece segura la imposibilidad de identificarlo con el cónsul del 317 o el del 331 y suponerle constructor de la basílica.—A. BALIL.

1 Cfr. LUGLY-ASBY, en *Rivista di Archeologia Christiana*, IX, 1932, p. 221 ss.; KRAUTHEIMER, *Corpus Basilicarum Christianarum Romae*, I, 1937, p. 64 ss. (en ambas obras se hallará la bibliografía precedente y su análisis).

2 Cfr. GERKE, *Der Sarkophag des Iunius Bassus*, 1936; *Cristus in der spätantiken Plastik*, 1948; SCHUMACHER, *RM*, LXV, 1958, p. 100 ss. (en estos estudios podrá hallarse la bibliografía anterior).

3 Cfr. KRAUTHEIMER, *o. c.*

4 Cfr. LUGLI, *o. c.*

5 Cfr. *Bulletino di Archeologia Cristiana*, 1871, p. 5 ss. y 41 ss.

6 Cfr. SCHUMACHER, *o. c.*

7 Al cónsul del 331 atribuyen, entre otros, la construcción de WAAL, *Der Sarkophag des Iunius Bassus...*, 1900 y FUHRMANN, en *RM*, LIV, 1939, p. 161 ss. Cfr. además el estudio de DEUBNER, en *RM*, LV, 1939, p. 14, ss.

8 Cfr. SCHUMACHER, *o. c.*

9 Cfr. *Liber Pontificalis*, p. 232, Duchesne.

### LOS TORQUES DE ORO DE BERZOCANA (CACERES)

*Lugar y antecedentes del hallazgo.*—La Sierra de Guadalupe, que comprende las mayores alturas del Sistema Subcentral, mal llamadas montes de Toledo, ha sido el teatro de este importante hallazgo arqueológico. Dentro de ella está el macizo de Las Villuercas, con alturas del orden de los 1.600 metros, y en sus estribaciones, cerca de la divisoria entre las cuencas del Guadiana y del Tajo, se encuentra Berzocana, pueblo de unos 2.000 habitantes, perteneciente al partido de Logrosán. Este último, situado en la carretera de Toledo a Miajas, dista trece kilómetros de Berzocana y noventa y nueve de Cáceres.

A unos cuatro o cinco kilómetros al norte de Berzocana y dentro de su término, se eleva uno de los agrestes y escarpados cerros del sistema montañoso que hemos descrito, los cuales están coronados por rocas cuarcíticas. Al pie de éstas el terreno forma pedrizas de gruesa lava y en una de éstas, en el sitio llamado El Tererro, es donde a fines del mes de abril del año actual, 1961, un cabrero vió emerger de las piedras una vasija o cazoleta de metal renegrido. Extraída totalmente se vió que contenía objetos de oro.

Por la índole novelesca y propicia a ocultaciones del asunto, es imposible establecer con certeza las auténticas circunstancias del hallazgo. Lo que hemos descrito vale para los dos torques de oro que van a ser objeto de este estudio. Pero después se ha sabido que se encontró, no sabemos dónde o cuándo, aunque ni en tiempo ni en espacio no distantes del más importante hallazgo, un tercer torque, que fué llevado clandestinamente a Navalmoral de la Mata, vendido a un platero y destruído por éste último.

Los descubridores de la vasija y dos collares, se llaman Domingo Sánchez Pulido y Urbano Montes Sánchez, el segundo dueño de la finca "Los Machos", donde se hizo el hallazgo. Este último fué depositado en el Juzgado de Navazuelas, de donde son vecinos los dos citados, y de allí recogido por el Delegado de Excavaciones, señor Callejo, y trasladado al Museo Provincial de Cáceres, el día 18 de mayo.

El lugar del descubrimiento, por su topografía en pleno escarpe, no puede corresponder a ningún castro, ni necrópolis o sepultura particular. Es simplemente, un escondrijo que se buscó en sitio inasequible para disminuir las posibilidades de hallazgo casual. No podría emprenderse allí excavación alguna que no fuera para ampliar el escondrijo y esta operación ha sido hecha ya abundantemente por vecinos de los alrededores, en busca de buena fortuna.

Esta zona, sin embargo, tiene amplia tradición arqueológica prehistórica e incluso romana. Algunos kilómetros al Norte se encuentra Solana de Cabañas, donde apareció la más famosa de las losas sepulcrales de la Edad del Bronce, hoy en el Museo Arqueológico Nacional de Madrid, y de las que se encuentran otras siete en el de Cáceres. En Berzocana y en pueblos cercanos, han sido halladas lápidas romanas y muchos otros vestigios de arqueología. Por aquí han conjeturado autores antiguos —sin gran fundamento, es cierto— la ubicación de Leuciana, Lomunda y hasta la propia Norba Cesarina. El escritor Mario Roso

de Luna, de principios del siglo XX, que residía en Logrosán, recorrió muchos de estos parajes en busca de antigüedades, y ha reflejado algunas de sus proyecciones en sus obras <sup>1</sup>.

*Vasija de bronce.*—Se trata de una especie de pátera, hecha de lámina de bronce, lisa, de poco espesor (0,8 mm.), con fondo de pequeño radio, que se

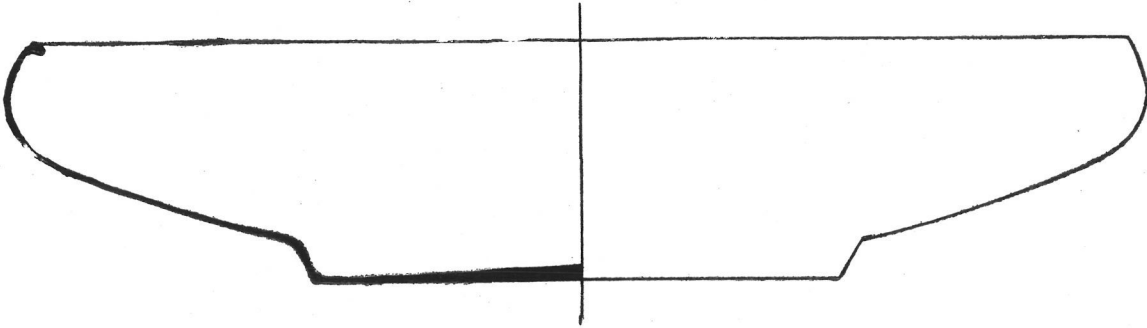


Fig. 1.—Recipiente de bronce. Berzocana.

ensancha después de una arista, hasta alcanzar la mayor dimensión horizontal del vaso, desde donde dobla hacia adentro, según se ve en el dibujo (figura 1).

Está fragmentada en dos trozos, uno que comprende la mayor parte y otro

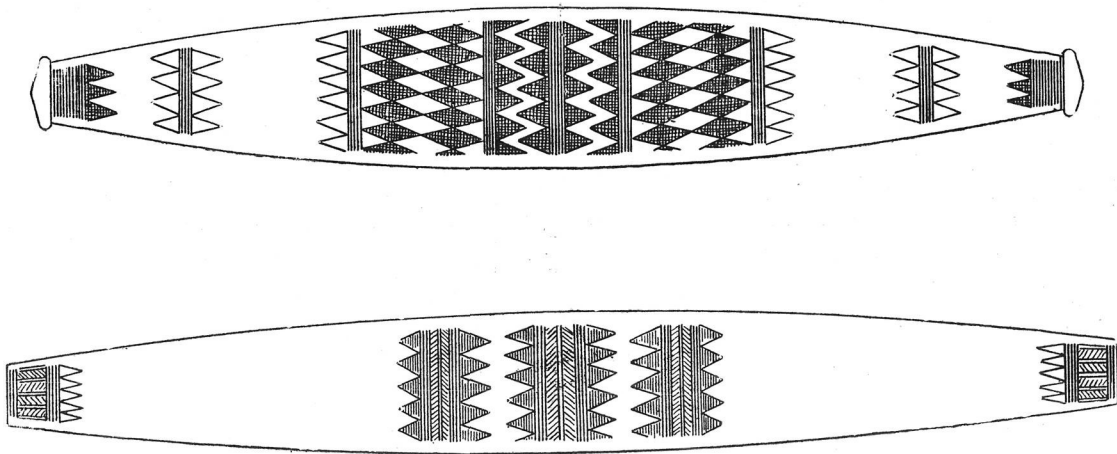


Fig. 2.—Torques de Berzocana. Museo de Cáceres.

con sólo el borde de lo que falta. No ha llegado a nuestro poder objeto alguno que pudiera servirle de tapadera. En los dos extremos de su diámetro, sin embargo, aparecen dos orificios, cuyo objeto puede ser sujetar aquélla con algún cordel o alambre.

El material está muy atacado y deteriorado, con pátina verde y parda. Las

<sup>1</sup> Véase *Revista de Extremadura*, años 1901, 1905 y 1906.

dimensiones son: Diámetro del borde, 165 mm. Diámetro máximo, 172 mm. Diámetro del fondo, 80 mm. Altura, 36 mm. Peso actual, 230 g.

*Torques número 1.*—Está formado por un aro rígido, incompleto, de forma no enteramente circular, sino algo achatada por la parte de la abertura y opuesta. Sección circular desigual, máxima en dicha parte opuesta a la abertura y disminuyendo hasta los extremos, que van rematados por unos botones lenticulares.

Las cuatro quintas partes de la extensión del collar tienen su superficie decorada. (Sólo queda lisa la parte interior del aro.) La decoración es de rayas incisas, formando triángulos y rombos, dispuestos en zonas separadas entre sí por series de rayas paralelas. Estas series son más nutridas en los extremos del collar, recordando algo los alambres enrollados en otros torques. Los triángulos y rombos de la parte central están rellenos con incisiones en rejilla espesa.

Las incisiones son bastante profundas, lo que comunica a la joya mayor valor decorativo. Su estado de conservación es magnífico. El material es oro de 24 quilates. Características numéricas: Diámetro total máximo del objeto: 150 milímetros. Longitud máxima del desarrollo: 388 mm. Sección máxima del huso: 18,8 mm. de diámetro. Sección mínima: 7,7 mm. de diámetro. Diámetro de los botones de remate: 8,8 mm. Luz de la abertura: 62 mm. Peso: 950 g.

*Torques número 2.*—Es de análoga forma y tamaño que el anterior, pero más delgado en su sección máximas, por lo que resulta menos perfilado y elegante.

Los extremos no llevan remate de ningún género y el diámetro de la sección en este sitio es un poco mayor que en el otro collar.

La decoración es del mismo estilo que aquél, pero menos profusa, faltando las zonas de rombos; los rellenos son en rayado y no en rejilla. Los extremos, en cambio, tienen mayor decoración y no terminan en faja ancha de incisiones.

Estas últimas son en esta pieza mucho menos profundas y señaladas, casi como esbozadas tan sólo.

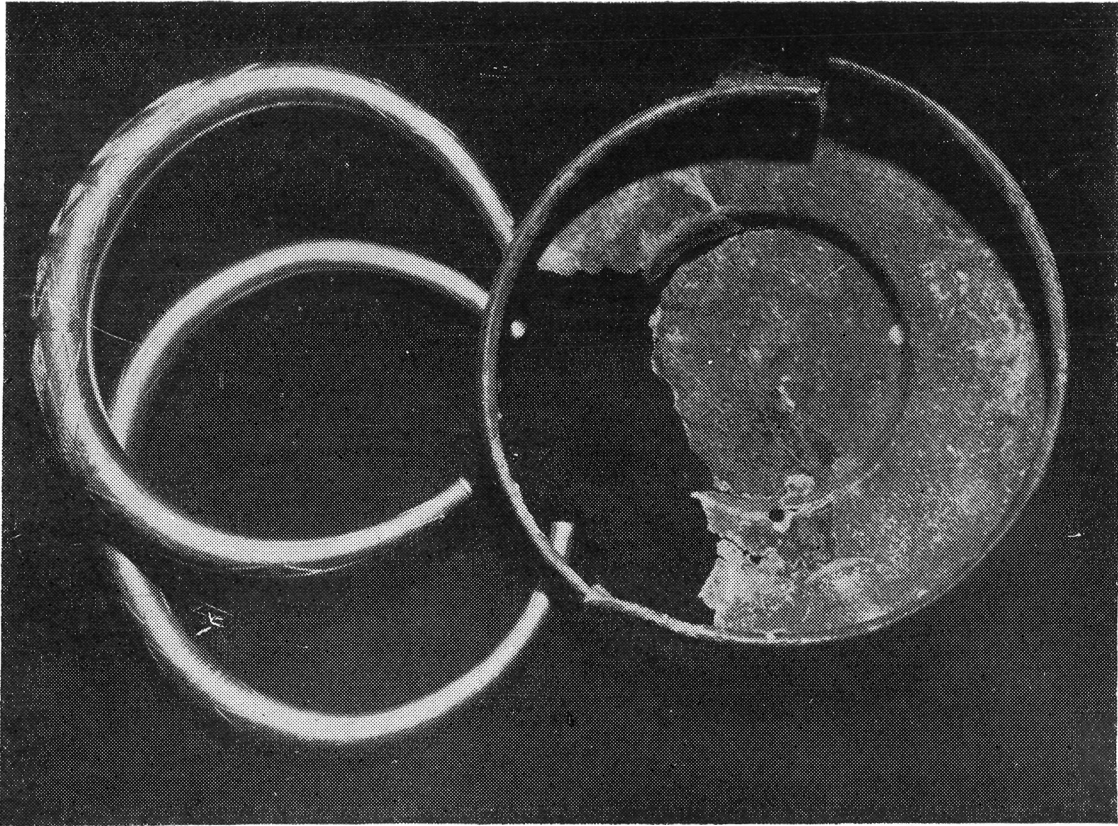
Los rellenos son en rayado simple y no en rejilla.

El estado de conservación es menos perfecto que en el primer collar.

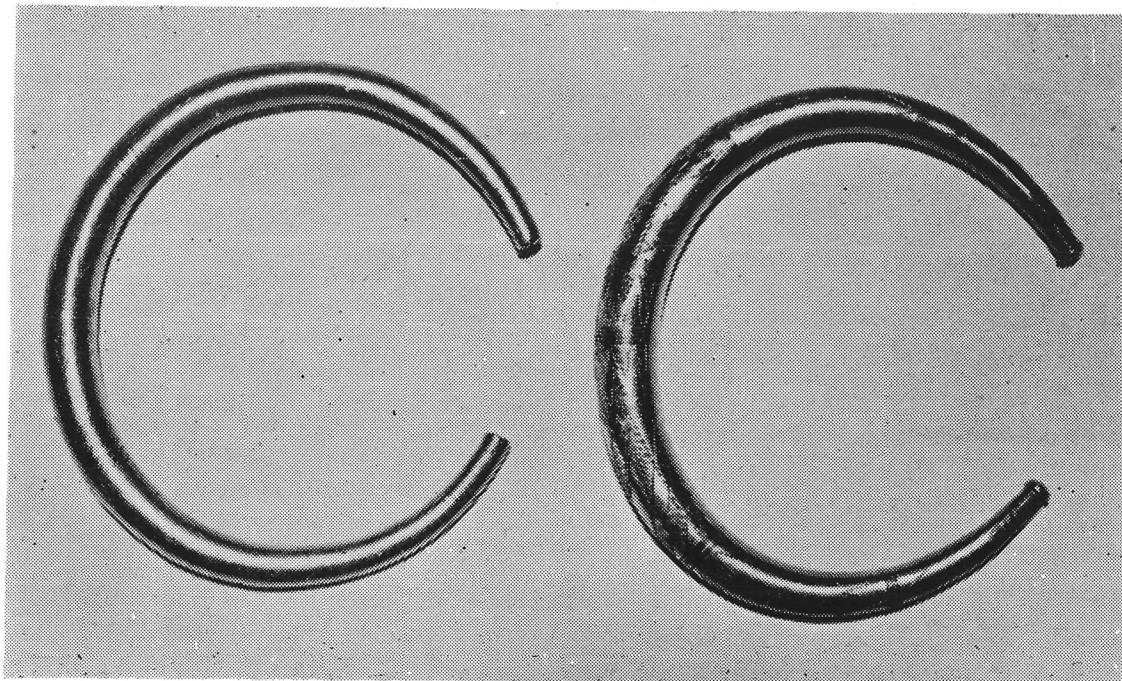
El material es también oro de 24 quilates. Características numéricas: Diámetro máximo: 140 mm. Longitud del desarrollo: 395 mm. Sección máxima: 15 mm. diámetro. Sección mínima: 8,4 mm. Luz de la abertura: 53 milímetros. Peso: 750 g.

Las piezas recuperadas del tesoro de Berzocana constituyen, sin duda alguna, un hallazgo del máximo interés, tanto por el valor y los rasgos tipológicos de los dos torques como por su asociación —única hasta ahora— con un recipiente de bronce.

Los torques no ofrecen graves dificultades para su exacta clasificación. Su evidente parentesco con piezas tan conocidas como los collares de Evora y Sinfra, la ajorca y el collar de Moura, el brazalete abierto de Cantonha (Guimarães), etc., permite incorporarlos a este grupo de joyas, producto de la orfe-

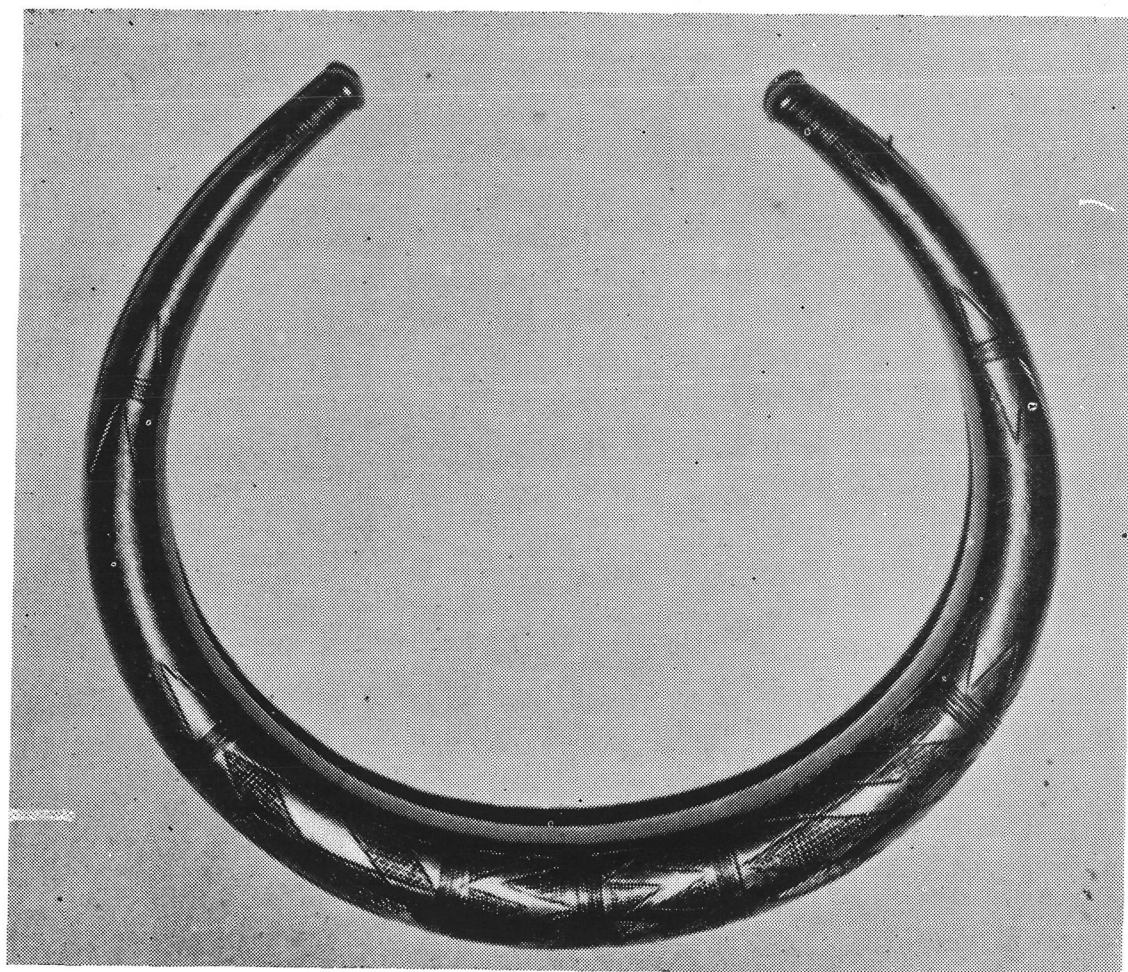


Torques y recipiente. Berzocana. Museo de Cáceres



Los dos torques hallados en Berzocana





Uno de los torques encontrados en Berzocana





brería lusitana del Bronce Final y comienzos del Hierro. Pero dentro de sus congéneres poseen singular relieve por ofrecer los prototipos —o si se prefiere por constituir los ejemplares más vetustos— de la joya que en la Edad del Hierro había de ser la más típica de la Hispania céltica: el torques, con sus numerosas variedades formales. Por vez primera, en efecto, encontramos aquí el co-

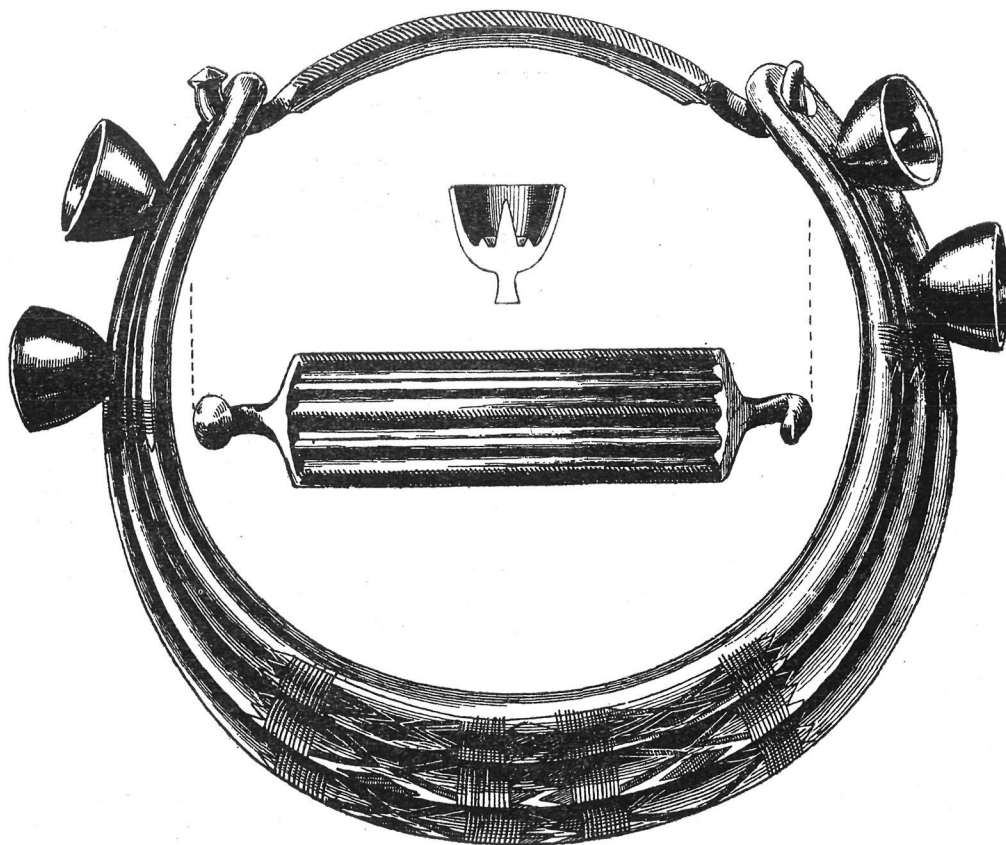


Fig. 3.—El collar de Sintra. Londres. Museo Británico. A dos tercios del natural.

llar rígido, con una abertura que permite colocarlo en el cuello mediante una ligera presión, acompañada de un movimiento circular.

La forma de ambos torques e incluso la disposición de sus adornos incisos (triángulos y rombos cubiertos de una fina retícula grabada), vienen a coincidir con pasmosa exactitud con los elementos que componen el pesado collar de Sintra (figura 3), variedad lusitana del *Halskragen* nórdico. Como ellos, la barra experimenta una disminución de diámetro a partir de su centro geométrico. El esquema decorativo central del ejemplar más suntuoso (figura 1) obedece a la misma plantilla (figura 4), que el collar de Evora, aquella pesada joya que al ser presentada por Reinach a la Sociedad de Anticuarios de Londres tanto asombro despertó entre sus miembros y que en atención a su volumen y peso, el mismo Reinach suponía adorno de un árbol sagrado, más propia

de una de sus ramas que del cuello de un hombre <sup>2</sup>. Al mismo tiempo, tal decoración se aproxima a la de otras joyas del mismo círculo, especialmente a la del collar laminiforme de Moura <sup>3</sup>. Estas coincidencias permiten asignar a los torques una fecha en los siglos VII-VI, a los que tales collares se pueden atribuir, reconociéndolos como las joyas célticas peninsulares más antiguas.

La seguridad con que la decoración permite clasificarlas puede extenderse ahora a la forma de estos torques. Los remates de uno de ellos están constituí-

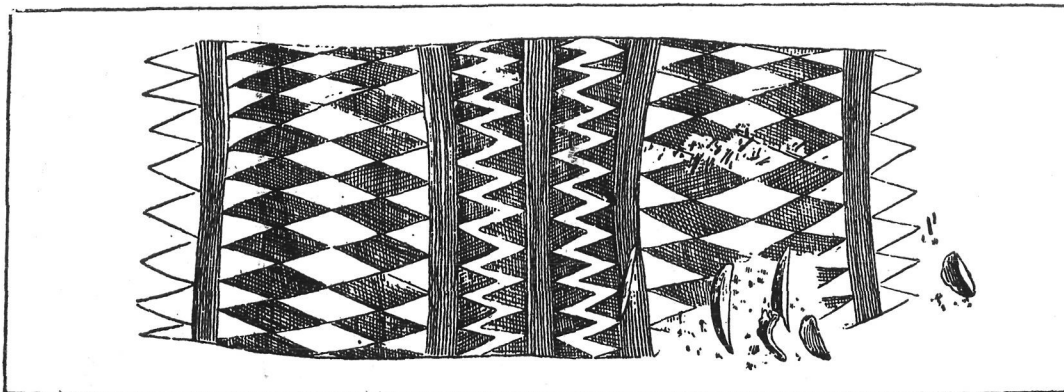


Fig. 4.—Desarrollo de la decoración del collar de Evora. Museo de St. Germain.

dos por botones, similares a los de los torques (más recientes ambos) de Lara de los Infantes, en la provincia de Burgos <sup>4</sup>. Sin embargo, las piezas que, a pesar de su aro facetado y de su carencia de decoración, vienen a resultar más afines, son los brazaletes de la Sierra de la Estrella, robados del Museo de Guimarães, en 1898 <sup>5</sup>, los cuales forman con estos torques un grupo bien homogéneo. Algo más distantes y de una forma y diámetro que no permiten aplicarlos el nombre de torques, vienen a quedar el gran aro del tesoro de Caldas de Reyes, en Pontevedra <sup>6</sup>, y lo mismo el collar hueco y con extremos enganchados, del tesoro de la Aliseda, en Cáceres <sup>7</sup>, aunque las fechas de ambos rondan muy de cerca la de estos torques extremeños.

El cuenco de bronce, por otra parte, es un elemento mediterráneo atribuible al comercio fenicio-tartésico; su presencia en compañía de estos torques resulta lógica en el meridiano a que pertenecen, camino comercial de los tartesios hacia la Meseta y las cuentas metalíferas atlánticas. Conocidos son sus parientes decorados con relieves <sup>8</sup> y otras veces lisos, como este ejemplar <sup>9</sup>. La compañía de

2 S. REINACH, en *Antiquaries Journal* V (1925), 123 ss.; M. CARDOZO, en *Rev. Guim.* LXVII (1957), 28 s., fig. 22.

3 M. HELENO, en *Ethnos* I (1935) 246 ss. figuras 9 y 27.

4 B. OSABA, en *Zephyrus* VIII (1957), 169 ss., figs. 1 y 2.

5 M. CARDOZO, en *Rev. Guim.* LX (1950) 409 s. fig. 3.

6 F. BOUZA - BREY, *El tesoro prehistórico de*

*Caldas de Reyes (Pontevedra)*, Madrid, 1942, 9 s., lám. II, III; L. MONTEAGUDO, en *AEArq.* XXVI (1953) 304, fig. 27.

7 J. R. MÉLIDA, *El tesoro de Aliseda*, 19, n.º 1, lám. II.

8 E. GJERSTAL, *Decorated Metal Bowls from Cyprus*, en *Opusc. Arch.* IV (1946), 1 ss., lám. I.

9 *Swedish Cyprus Expedition*, IV, 2, pág. 150, fig. 28,3.

esta pieza confirma la fecha atribuída antes a las joyas al relacionarlas con el compacto grupo lusitano a que pertenecen. Aparte de ser las más pesadas, indicando una abundancia de oro que más adelante habría de limitarse por reducción del volumen de las joyas y por recurso a su aleación con plata, las piezas de este grupo son las más antiguas en la orfebrería del Hierro y este caso revelan lo mucho que les deben sus descendientes.—C. CALLEJO-A. BLANCO.

*BRAZALETES DE BRONCE DEL VALLE DE LA CARIDAD (SALAMANCA)*

Recientemente, al efectuar unos trabajos el Instituto Nacional de Colonización junto al río Agueda, en el Valle de la Caridad (en el término de Prado de los Alisos, Salamanca), quedó al descubierto una sepultura que contenía dos brazaletes de bronce, un anillo y un objeto de bronce en forma de botón floral, probablemente terminación de algún adorno. El conjunto fué entregado por el ingeniero del Instituto Nacional de Colonización, don Odón Lavandera, a don Máximo Martín Rodríguez, canónigo archivero de Ciudad Rodrigo, quien depositó el hallazgo en el Museo Catedralicio, donde en la actualidad se conserva <sup>1</sup>.

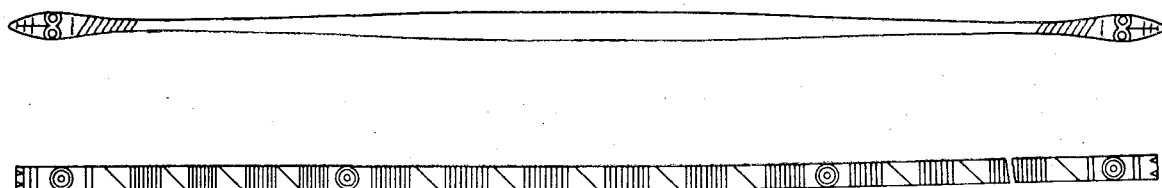


Fig. 1.—Brazaletes del Valle de la Caridad.

I. *Brazalete serpentiforme*.—Longitud: 20 cm. Ancho de la zona central: 4 milímetros. Ancho de los extremos: 5 mm.

Forma un cordón metálico, cuyas extremidades son dos aplastadas cabezas de serpientes de cuello estrecho, adornado con ocho rayas transversales. En la cabeza de los ofidios se encuentran bien señalados los dos ojos, mediante dos círculos concéntricos; tres rayas paralelas, atravesadas por una perpendicular, que se alarga hasta tocar los ojos, adornan la parte superior de las bocas. Una raya separa la cabeza del cuello. El resto del cuerpo carece de motivos decorativos. Pertenece esta pieza a un documentado tipo de brazaletes célticos, que ha motivado recientemente importantes trabajos de A. Blanco <sup>2</sup>, M. Almagro <sup>3</sup> y A. Fernández de Avilés, al publicar algunas piezas inéditas. El brazalete serpentiforme estudiado por A. Blanco es una cinta en espiral. En cambio varios ejemplares procedentes de Palencia, de los publicados por M. Almagro, que terminan en cabeza de serpientes y la forma espiral apenas está iniciada, constituyen paralelos próximos a la pieza que estudiamos, de los que se diferencia en el material de fabricación, plata en los ejemplares de Palencia y bronce en la pieza salmantina.

Se conoce un brazalete serpentiforme, en oro, procedente de la Serra de l'Espasa (Tarragona), que por terminar los extremos en cabezas de serpientes también es un paralelo para la pieza que estudiamos <sup>4</sup>. El estado de conserva-

<sup>1</sup> Agradecemos a don Máximo Martín las facilidades de todo género dadas para el estudio de estas piezas.

<sup>2</sup> *Joyas antiguas de la colección Calzadilla*, *AEArq.* XXX, 1957, 193, figs. 1-2, 6. También

M. GÓMEZ MORENO, *Adam y la Prehistoria*. Lámina XIX.

<sup>3</sup> *Joyas del depósito del Cerro de la Miranda de Palencia*. *MMAP.* XVI-XVIII 1960, 33 ss.

<sup>4</sup> S. VILASECA, *Homenaje J. Martínez Santa-Olalla*. III. 196 ss. lám. XXVIII.

ción es bueno. La pátina es de color verdoso. La fecha de este objeto y de las restantes piezas, es los siglos II-I a. C. <sup>5</sup>.

II. *Brazalete*.—Longitud: 19 cm. Anchura. 5 mm.

Este brazalete forma una cinta metálica, con pátina verdosa, en buen estado de conservación, salvo que se halló dividido en dos mitades. Motivos geométricos variados adornan su superficie. Estos son un par de diminutos triángulos en los extremos, cuatro círculos concéntricos y rayas paralelas alternando con una vertical. Pertenece esta pieza al mismo mundo que los brazaletes estudiados por M. Almagro y A. Blanco, de los que se diferencia, además del metal, en que no presentan la forma espiral, y en los motivos decorativos, que no son los mismos. En el brazalete publicado por A. Blanco, también adornan la superficie círculos concéntricos.

III. *Anillo*.—Longitud: 5 cm. Anchura: 2 mm.

Esta pieza no ofrece motivos decorativos y carece de interés <sup>6</sup>. Estado de conservación, bueno. Pátina verdosa.

IV. *Botón floral*.—Longitud: 4'3 cm. Anchura máxima: 4 mm.

Esta pieza simula un botón floral sobre el tallo y debe pertenecer a la extremidad de algún adorno. Pátina verde.—J. M. BLÁZQUEZ.

<sup>5</sup> Sobre la zona en que aparece este conjunto, cfr. J. MALUQUER, *Carta Arqueológica de España. Salamanca*. Salamanca, 1956, *passim*. Brazaletes romanos serpentiformes en BECCATTI, *Oreficiere Antiche*. Roma, 1955. ns. 497-500.

<sup>6</sup> En la provincia ha aparecido un bello anillo

con un caballo grabado, estudiado por Maluquer (J. M. BLÁZQUEZ, *Cheveaux et Dieux dans l'Espagne Antique. Ogam*. XI, 1959. lám. LIII, fig. 15. J. MALUQUER, *Sortija de cobre con chaçón grabado, procedente del Cerro del Berrueco. Salamanca. Arqueología e Historia*, VII, 1958, 77 ss.

## MOLDE DE BARRO CON EL TEMA DE LA LOBA Y LOS GEMELOS

El Museo Arqueológico Nacional de Madrid, entre sus magníficas colecciones exhibe en el llamado Patio Romano, Sala VI, vitrina 12, un molde de barro, inédito, que consideramos de gran interés por el tema central que contiene. La pieza fué donada por Rada y Delgado y figura en el inventario del Museo como procedente de Monte Arali, entre los términos de Yecla y Montealegre (Murcia). El diámetro es de 0,085 m. y su número de inventario es el 37895 <sup>1</sup>.

El disco es un molde plano. En el centro hay representada una loba de pié. El artista que fabricó el molde ha colocado sobre el cuerpo del animal diversos detalles anatómicos, como el rabo, las costillas, la ubre, los dedos de las cuatro la ubre yacen, de pié, dos infantes desnudos, en actitud de mamar. El de la derecha, al parecer, ya ha agarrado el pecho, mientras su compañero con sus mampatas, los ojos y las orejas, que se encuentran echadas hacia atrás. Debajo de necitas acerca la ubre a los labios. La loba vuelve la cabeza y mira a los niños en actitud cariñosa. Detrás del conjunto se levanta un motivo floral no fácilmente identificado. Representa un tallo coronado por tres hojas en abanico y sendos frutos de forma de piña a los lados. El grupo se encuentra dentro de un cordón circular. Un anillo de puntos y de ovas ciñe el cordón. El borde se encuentra ligeramente doblado hacia arriba.

El tema central de este molde es bien conocido. Representa el clásico motivo de la loba con los gemelos, composición de origen etrusco <sup>2</sup>, de la que en el Imperio Romano quedan muchos testimonios, tanto en moneda como en escultura y pintura, figurando también en monedas griegas <sup>3</sup>. El grupo ha motivado en lo que va de siglo importantes trabajos, cada uno de los cuales ha procurado añadir a los anteriores nuevos datos para precisar su historia y contribuir a lograr un *corpus* del motivo <sup>4</sup>. Los ejemplares hispanos son desconocidos de los estudiosos, unos por haber aparecido con posterioridad a la fecha de publicación de los trabajos, otros por ser inéditos. Con esta nota pretendemos que entren en conocimiento de los investigadores interesados en la materia.

El ejemplar más antiguo hispánico es también un disco de barro recogido

1 Antes de comenzar esta nota, queremos agradecer al actual director de M. A. N., excelentísimo señor don Joaquín M.<sup>a</sup> de Navascués, las facilidades de todo género dadas en el estudio de esta pieza, así como al restante personal del Museo. Recientemente A. FERNÁNDEZ DE AVILÉS (*Pasarriendas y otros bronceos de carro romanos, hallados en España*, *AEArq.* XXXI, 1958, 48, n. 164) alude a esta pieza como encontrada en el Cerro de los Santos, Albacete.

2 M. PALLOTTINO, *Etruskische Kunst*. Zurich, 1955, n. 95, 151.

3 G. RICHTER, *Animals in greek Sculpture*. Oxford, 1930, lám. XIII, 44. GARDNER, *Types of greek Coins*, lám. IX, 25.

4 E. PETERSEN, *Lupa Capitolina*, *Klio* VIII, 1908, 44 ss. J. CARCOPINO, *Le Louvre du Capitole*.

Paris, 1925. E. STRONG, *Sulle tracce della lupa romana*, *Scritti Bart. Nogara*. Ciudad del Vaticano, 1937, 475 ss. E. LOWY, *Quesiti intorno alla lupa capitolina*, *SE*, VIII, 1934, 77 ss. L. CURTIUS, *Ikographische Beiträge zum Rorträt der römischen Republik und der julische-claudischen Familie*, III und IV, *Röm. Mitt.* XLVIII, 1953, 192 ss. El tema es particularmente tratado en monedas romanas. Cfr. M. GRANT, *Roman History from Coins*. Cambridge, 1958, lám. III. G. R. CARSON-V. KENT, *Late roman Bronze Coinage. A. D. 324-498*. Londres, 1960. Láms II, 65; IV, 879. E. ROBINSON, *A Guide to the exhibition of roman Coins in the British Museum*. Londres, 1952, fig. 5,4; lám. I, 12; IV, 8; VIII. S. E. SYDENHAM, *The Coinage of the Roman Republic*. Londres, 1952. lám. 18, 461.





Molde romano con el tema de la loba y los dos gemelos



en la necrópolis del Cabecico del Tesoro y publicado por G. Nicto <sup>5</sup>, que parece que obedece a prototipos campanos sobre monedas del año 300 a. C. <sup>6</sup>. Esta pieza puede datarse en el s. III, a. C.

El molde que publicamos ofrece un precioso documento para su cronología, el detalle floral; un arbusto también se encuentra en una moneda romana republicana <sup>7</sup>. La fecha de este disco es los últimos años de la República Romana.

Recientemente A. Fernández de Avilés ha publicado un excelente estudio sobre un pasarrriendas con este grupo <sup>8</sup>, y A. García y Bellido prepara un trabajo, de pronta aparición, sobre dos medallones de mosaicos con el mismo tema que el que nos ocupa, por lo que en ambos casos prescindimos de ocuparnos de estas representaciones <sup>9</sup>.

La finalidad de esta pieza del M. A. N., dadas sus dimensiones, era servir de molde de panadero <sup>10</sup>.—J. M. BLAZQUEZ.

5 Noticia de las excavaciones realizadas en la necrópolis hispánica del Cabecico del Tesoro. Verdolay (Murcia), BSAA. VI, 1939-40., lámina XXVIII d.

6 G. RICHTER, *op. cit.*

7 E. STRONG, *op. cit.*, lám. LXXII, 3.

8 *Op. cit.*

9 En las excavaciones norteamericanas del Ago-

ra de Atenas ha aparecido una escultura de Hadriano con este tema sobre la coraza. HARRISON, *The Athenian Agora. I. Portrait Sculpture*, Princeton, 1953, lám. 36,56. Idem, *Ancient portraits from the Athenian Agora*. Princeton, 1960. n. 14.

10 En Hispania ha aparecido una buena colección de estos objetos. S. SANTOS GALLEGRO, *Moldes de barro romanos*. AMSEAEF XXIV, 1949, 62 ss.



## Bibliografía

PRIMER SYMPOSIUM DE PREHISTORIA DE LA PENINSULA IBERICA. Pamplona, 1959. Pamplona, 1960. 382 págs.

Hace unos meses apareció la publicación de las ponencias presentadas al *Primer Symposium de Prehistoria de la Península Ibérica*, celebrado en Pamplona durante el mes de septiembre del año 1959. El Symposium fué organizado por el catedrático de Arqueología de la Universidad de Barcelona, que hasta ese año había enseñado esta disciplina en la Universidad de Salamanca y que hoy es director del Instituto de Arqueología de la Universidad de Barcelona y patrocinado por la Institución "Príncipe de Viana", de la Excelentísima Diputación Foral de Navarra. Este Symposium ha constituido el esfuerzo más gigantesco para sistematizar todas las teorías hasta el presente expuestas, replantear y discutir los problemas y señalar nuevas directrices a seguir en los años próximos.

Las potencias fueron encargadas a un numeroso grupo de investigadores universitarios, que presentaron quince trabajos, en los que se abordan las etapas y los problemas fundamentales de la prehistoria hispánica. Todas las aportaciones son de primera mano y la problemática se encuentra expuesta desde puntos de vista originales y modernos. Los autores de los diversos trabajos, profundos conocedores de la etapa sobre la que investigaban, presentaron los puntos de vista, producto de sus investigaciones personales, que se discutieron ampliamente en las laboriosas sesiones

que siguieron a la exposición de los diversos temas. Prácticamente se revisó y discutió toda la prehistoria hispánica.

Los problemas de las técnicas paleolíticas fueron analizadas por el profesor doctor Jordá, de la Universidad de Oviedo y director del Servicio de Investigaciones Prehistóricas de la Diputación ovetense, en su ponencia sobre *El complejo cultural solutrense - magdaleniense en la región cántabra* (págs. 1-22). El autor trazó una breve y enjundiosa síntesis de estas culturas, señalando las características de las industrias hispanas en relación con las francesas, que dependen también de la misma tradición técnica.

El profesor doctor E. Ripol, de la Universidad de Barcelona y conservador del Museo Arqueológico de la ciudad, trató el tema del arte rupestre en su trabajo *El arte rupestre* (págs. 23-45).

Ese tema, el de arte rupestre, siempre es uno de los más complejos de nuestra prehistoria. El autor presentó a la consideración los últimos descubrimientos y examinó y criticó agudamente las teorías expuestas sobre él. Insistió en la necesidad de examinar más ampliamente que lo que se ha hecho hasta el presente todo lo que se relaciona con dicho arte, que en la Península presenta tres facetas: naturalista, esquemática e impresionista, y no sólo desde el punto de vista estético, que es el que hasta ahora se ha seguido.

El profesor doctor Tarradell, de la Universidad de Valencia, abordó el complejo y difícilísimo tema de *Los problemas del*

*Neolítico en España* (págs. 45-67), uno de los problemas más embrollados que fueron sometidos a revisión y estudio. Esta cuestión era una de las que se encontraba más necesitada de un total replanteamiento, ya que los últimos descubrimientos extrapeninsulares obligaban a examinar minuciosamente todo lo dicho anteriormente sobre el neolítico hispano; por otra parte, el autor de la ponencia tenía que luchar con la dificultad derivada de la escasez y mala calidad de los materiales disponibles. El autor insistió en tres aspectos fundamentales del tema: en la ausencia de la aportación africana al neolítico hispano, en la importancia de las culturas levantinas y en la unidad y personalidad fuerte de los "sepulcros de fosa" de Cataluña, que constituyen la única *facies* bien conocida de este período prehistórico en la Península.

Totalmente nueva fué la aportación del profesor doctor Arribas, de la Universidad de Barcelona, al *Megalitismo peninsular* (páginas 69-102); presentó el autor los planos y cortes estratigráficos de sus excavaciones en el poblado de Los Millares; revisó a fondo la influencia de las culturas del Mediterráneo oriental, cuyos poblados ofrecen grandes analogías con los de la Península.

Fundamental para todo lo relacionado con la venida de los indoeuropeos acá es la ponencia del profesor doctor A. Beltrán sobre *La indoeuropeización del Valle del Ebro* (pág. 103-124). El autor viene excavando en una serie de poblados de los Pirineos, en los últimos años, y sus aportaciones al tema son fundamentales y decisivas. Todo el planteamiento del problema es nuevo; el estudio de los problemas del Pirineo es exhaustivo, que completa con el manejo de la bibliografía. Esta ponencia era de las más difíciles de exponer, ya que sobre la llegada de los indoeuropeos a la Península se viene investigando en los últimos años continuamente, tanto por filólogos (Tovar, Lambrino, etc.) como por arqueólogos (Bosch Gimpera y Almagro). El profesor doctor A. Beltrán analizó un material de primera mano, que convierte a su comu-

nicación en un estudio definitivo sobre la cuestión.

El director del Symposium, profesor doctor don Juan Maluquer de Motes, de la Universidad de Barcelona, trazó las *Bases para el estudio de las culturas metalúrgicas de la Meseta* (págs. 125-150), aportando novedades revolucionarias, que contradecían tesis tradicionalmente aceptadas como dogmas, como la fecha tardía de la cerámica del tipo Ciempozuelo, en el centro de la Península, que data en el llamado Bronce Medio. Los puntos de vista sobre la llegada de indoeuropeos a la Meseta son totalmente nuevos. Examina las causas económicas que la motivaron y otros aspectos fundamentales de la cuestión. Sus puntos de vista son el resultado de las campañas de excavaciones efectuadas en el importante yacimiento de Cortes de Navarra, una de las excavaciones fundamentales efectuadas después de la guerra.

El profesor doctor Watterberg, de la Universidad de Valladolid, trazó una sugestiva síntesis de *Los problemas de la cultura celtibérica* (págs. 151-177). Don Domingo Fletcher, director del Museo de Valencia y del Servicio de Investigaciones, habló sobre las fuentes, tanto arqueológicas como literarias, en su ponencia *Estado actual del conocimiento de la cultura ibérica* (págs. 195-220). Este tema fué completado por don E. Cuadrado, del Servicio Nacional de Excavaciones Arqueológicas, al analizar el *Mundo ibérico* (págs. 221-256), donde se revisan y discuten con nuevas aportaciones todo lo referente a la cronología de la cultura ibérica y a las influencias externas.

Las culturas gallegas son analizadas por el profesor doctor don A. Blanco, de la Universidad de Sevilla, en su ponencia *La cultura castreña* (págs. 179-194). Presenta algunas conclusiones revolucionarias: resultado de sus recientes trabajos sobre el Noroeste, como la valoración de la tradición local en la Edad del Bronce, su pervivencia hasta etapas plenamente históricas, la importancia excepcional de la joyería castreña, que influyó incluso en áreas ex-

trapeninsulares, tesis nueva frente a la creencia tradicional, que considera a Galicia una zona de arrinconamiento.

El profesor doctor don M. Tarradell, director también de las importantes excavaciones del Lixus, Tamuda y otros yacimientos de Marruecos, abordó el problema de las colonizaciones en *El impacto colonial de los pueblos semitas* (págs. 257-272). El autor lleva más de una docena de años excavando con el más depurado método científico en el Norte de Africa y sus conclusiones constituyen la última palabra de la Ciencia Arqueológica de vanguardia sobre el particular. Esta ponencia fué completada con la segunda del profesor doctor don Juan Maluquer, sobre *Nuevas orientaciones al problema de Tartesos* (páginas 273-302). Por vez primera se analiza a fondo las teorías de Schulten, sobre el particular y se señalan aspectos fundamentales y nunca señalados hasta ahora del problema, tales como la vinculación de Tartesos con las culturas fenicio-chipriotas y sirias. Se proponen por vez primera nuevas y sugestivas hipótesis de trabajos sobre el hallazgo de la Ría de Huelva, sobre las losas grabadas extremeñas y sobre las inscripciones del Algarbe.

El profesor doctor don P. de Palol, en *Las etapas de la romanización en España*, sentó las bases necesarias para el estudio del tema; señaló las áreas, analizó el valor desigual de las fuentes y apuntó las tareas más urgentes.

El profesor doctor don J. M. Blázquez, de la Universidad de Salamanca, por vez primera abordó el difícil problema de *El legado indoeuropeo en la Hispania Romana* (págs. 319-362). El autor hizo un exhaustivo análisis de toda clase de fuentes que arrojan luz sobre el particular y reunió todos los elementos que denotan pervivencia indoeuropea dentro del Mundo Romano hispano y examinó detenidamente los aspectos en que el influjo europeo se acusa: instituciones, religión y lenguas.

La última ponencia, *Estado actual de la Antropología Prehistórica en la Península* (páginas 363-382), fué desarrollada por el

profesor doctor don M. Fusté, de la Universidad de Barcelona. Estudió desde el punto de vista antropológico los restos humanos de la Península, lo que constituyó una aportación importantes a la historia primitiva de la Península.

En resumen: el *Primer Symposium de Prehistoria de la Península Ibérica*, magníficamente editado por la Institución Príncipe de Viana, agrupa trabajos fundamentales sobre la Prehistoria hispana y es el esfuerzo más gigantesco realizado en los últimos años por revisar los principales problemas que tiene planteado acá la Prehistoria.

Todos los autores examinaron los puntos en que se han especializado, a los que aportaron teorías nuevas, muchas veces revolucionarias, fruto de una concienzuda meditación y de excavaciones realizadas con la más depurada técnica arqueológica. El libro es clave para el estudio del proceso histórica peninsular.—J. M. BLÁZQUEZ.

BOSCH-GIMPERA, P.: *El problema indoeuropeo*, con un apéndice de M. Swadesh. Universidad Nacional Autónoma de México. Publicaciones del Instituto de Historia, México. 1960. 352 p.

Don Pedro Bosch-Gimpera ha intentado en esta obra, apoyado en conocimientos de primera mano y en una extensa y escogida bibliografía, una de las síntesis más ambiciosas de su vida, tan rica en síntesis fundamentales. Para aclarar en lo posible las complejas cuestiones relacionadas con la formación de los pueblos indoeuropeos y de sus movimientos, seguidos hasta fechas muy bajas, se han tomado aquí en cuenta, de una manera exhaustiva, los resultados seguros y los más o menos probables, siempre abundantes y de no fácil valoración de la investigación arqueológica, lingüística y etnológica. Sólo se ha prescindido, deliberadamente desde luego, de los datos antropológicos.

El plan del libro es claro y sencillo. Tres capítulos (p. 3-86) preceden a la parte fundamental de la obra: una introduc-



ción con la posición del problema, una reseña de los intentos de solución arqueológica y lingüística (donde, sea dicho de paso, los textos citados no parecen estar siempre del todo traducidos por lo mucho que conservan de las lenguas originales) y finalmente el titulado "El planteamiento actual y sus dificultades", de la mayor importancia en su brevedad por la claridad y agudeza con que pone de manifiesto los peligros de cualquier concepción simplista o excesivamente simplificadora.

En "El marco arqueológico e histórico de la discusión: posible explicación del problema indoeuropeo" (p. 89-238), se examinan ya circunstanciadamente, en el tiempo y en el espacio, no sólo el problema del "origen" y del marco geográfico más antiguo de la comunidad cultural y lingüística indoeuropea, cuestión oscura y llena de ambigüedades, sino sobre todo el de la formación y evolución de los distintos grupos desde el Mesolítico hasta los grandes movimientos de pueblos ya históricos en buena parte, que tienen lugar a partir de la transición de la Edad del Bronce a la del Hierro hasta bien entrada nuestra Era, todo lo cual tiene expresión gráfica en diez mapas.

Es imposible resumir un libro de esta clase, que es ya una síntesis concisa, aliada con el mayor cuidado de todo detalle accesorio. La misma relación de las conclusiones del autor (p. 251-251 y más arriba 161-162) nos llevaría demasiado lejos. Señalemos, con todo, algunas.

Difícilmente puede llamarse indoeuropeos a pueblos del Mesolítico compuestos de elementos muy diversos, aunque ya se comenzaran a gestar entre ellos las etnias que luego se concretan: no hay unidad originaria, ni tampoco patria primitiva común. Más tarde, hacia el V y IV milenios, se llega en un grupo (danubiano o pónico-caucásico) a un estado de lengua que podría ser identificado con el indoeuropeo común, en el cual empiezan a diferenciarse los dialectos *centum* y *satem*, cuyos portadores eran los grupos danubianos y pónico-caucásicos, respectivamente.

El neo-eneolítico se cierra con pueblos indoeuropeos desprendidos hacia el sudeste en distintas direcciones; indo-iranios de habla *satem*, cuyos grupos más septentrionales constituían los pueblos de las estepas; luvitas y hetitas hacia Anatolia y aqueos, como avanzada, hacia Grecia.

Con la Edad del Bronce Europa vive unos cuantos siglos de estabilización; por lo que hace a la lengua el *continuum* centro-europeo está todavía muy poco diferenciado. La cultura de los túmulos representa una formación étnica que Bosch-Gimpera sigue creyendo protocéltica; los celtas se organizan definitivamente al transformarse la cultura de los túmulos en la de los campos de urnas. Más al este la cultura de Lusacia será más adelante el hogar de los venedos. La cultura nórdica, con una base distinta a la de los pueblos indoeuropeos, aunque indoeuropeizada, constituye desde 1500, aproximadamente, la unidad germánica que tiene como vecino, en la desértica bocadura del Vístula y costas del Báltico, a los pueblos que luego se han de llamar baltos.

Los siglos de transición del bronce al hierro debieron ser de suma confusión en las formaciones étnicas y lingüísticas del este de Europa. Los únicos núcleos relativamente consolidados debían ser el grupo pónico-cimérico y el escítico, que por la lengua estaban posiblemente cerca de los indo-iranios, a la vez que participaban de caracteres centro-europeos. Entre 1000 y 700, antes de J. C., se producen grandes cambios en una vasta zona que va desde la Europa oriental hasta China; es la gran migración pónica, que comprende movimientos de pueblos muy diversos y acaso pueda dar razón de la localización oriental de los tocarios que originariamente pudieron estar asentados entre los pueblos de las estepas pónicas y los del centro de Europa.

En lo que precede sólo se han reunido algunos puntos de las conclusiones del autor que me han parecido apropiados para dar una idea de ciertos rasgos del amplio cuadro espacio-temporal que ofrece el lec-

tor. Ahora bien, si las dificultades de un resumen son grandes, son mayores aún las que presenta cualquier intento de entrar en una crítica de detalle. Digo de detalle porque las líneas fundamentales del esquema representan, evidentemente, un compendio autorizado del estado actual de conocimientos.

Debe tenerse muy en cuenta, en primer lugar, el carácter de esta obra, que es, como otras del autor, una tentativa de utilizar datos y teorías procedentes de disciplinas muy diferentes, por su objeto y por sus métodos, datos y teorías que además deben ser conciliados en lo posible. Cualquier tentativa de esta clase es digna de la mayor alabanza por cuanto supone de esfuerzo para contener las veleidades autárquicas, tan naturales —y también tan peligrosas— en nuestra época de especialización cerrada. Lo mismo da que se parta, como aquí, de la Arqueología o que el primer impulso nazca de consideraciones de orden lingüístico, como en varios ensayos de Tovar. Aparte de su utilidad científica es digna de alabanza además por el valor personal que exige. Es difícil, en efecto, por no decir imposible, que pueda nadie reunir hoy una igual competencia en ambos órdenes de conocimientos por lo que uno de sus flancos por lo menos quedará expuesto a fáciles ataques. Si presento, pues, algún reparo desde el campo lingüístico, lo hago bien a sabiendas de que el ensayo de síntesis de un lingüista no presentaría un menor número de puntos débiles, sin contar con que las dudas y disensiones que dividen la lingüística diacrónica no crean un clima favorable para la difusión de ideas claras y consistentes.

A un lingüista puede sorprenderle, para citar un caso concreto, que se equipare al sustrato fino-ugrio que E. Lewy ha creído descubrir en las lenguas germánicas al sustrato o sustratos que estudia, pongamos por caso, J. Hubschmid, ya que allí, a pesar de la identidad del nombre, se alude a una similitud de "forma interna" patente más bien a cierto tipo de intuición; mientras que aquí se trata de elementos bien tan-

gibles, de voces que como aferradas al suelo han podido sobrevivir a los cambios de lengua. Diré de paso que en el estado actual de nuestros conocimientos no es del todo correcto hablar de fino-ugrios y de uralo-altaicos como de grupos de igual coherencia interna. La realidad es que la familia urálica (lenguas fino-ugrias más samoyedo) tiene una posición bien establecida en tanto que el parentesco de las lenguas altaicas, entre sí y con las anteriores, no pasa de ser una creencia falta de demostración.

Es dudoso también que lo que Krahe entiende por *fliessender Zustand*, al hablar de su "europeo antiguo" (denominación que aquí, no sin razón, se propone sea sustituido por la de "centro-europeo"), sea lo mismo que Bosch-Gimpera llama "estado flúido", cuando se lee p. ej. (p. 183), que "el antiguo europeo no era una lengua con su evolución perfeccionada, sino todavía conteniendo varias posibilidades de evolución", o bien (p. 161 s.) que "la lengua básica (*Ursprache*)... en estado flúido... estaría muy lejos de ser una lengua perfectamente organizada, como querían que fuese los primeros indoeuropeístas". Estoy lejos de considerarme a mí mismo como un intérprete autorizado del pensamiento de Krahe, pero parece claro que piensa en una serie de dialectos poco diferenciados, con transiciones suaves de unos a otros, antes de que cambios fonéticos radicales y grandes reorganizaciones morfológicas separaran a grupos como los de los dialectos germánicos y célticos. Por lo demás, si ha existido alguna realidad a la que se pudiera dar el nombre de lengua indoeuropea, ésta tuvo que estar perfectamente organizada o estructurada, puesto que servía, como cualquier idioma, a las necesidades de la comunidad humana. Tenía que estar también "en estado flúido", "conteniendo varias posibilidades de evolución", pues una lengua acabada, perfectamente fijada e impermeable al devenir universal no puede ser una lengua viva. Lo que se entiende por fijación, naturalmente muy relativa, de una lengua (de intercambio, ofi-

cial o literaria), lo sabemos por claros ejemplos del Antiguo Continente. Para otros aspectos de la convivencia lingüística puede facilitar excelentes modelos América, donde la prehistoria es cosa reciente.

Cuando se habla de los resultados de la reconstrucción comparativa de lenguas desaparecidas no siempre se distingue bien la realidad que ya no nos es directamente accesible y lo que nuestros métodos de trabajo nos permiten poner en su lugar; lo que reconstruimos, según la precisa definición de Coseriu, son formas (aproximadamente) reales y sistemas ideales, pero no lenguas. El método lleva consigo, como todos o casi todos los métodos científicos, la aspiración a descansar en una unidad originaria, absolutamente una, aunque de antemano se sabe que esa unidad no constituye más que un límite teórico imposible de alcanzar. Hay, pues, que separar cuidadosamente lo que pudo ser cierta realidad lingüística, no menos real por no sernos directamente conocida, y la distorsión que nuestros métodos, además de otras insuficiencias, imponen por necesidad a toda tentativa de reconstrucción.

Señalaré también que, aunque con dudas, parecen atribuirse aquí ciertas virtudes especiales al paso de una etapa aglutinante a otra flexiva, conceptos ambos que hoy no se pueden emplear más que con muchas restricciones. En un orden más concreto habría que advertir que la lengua venética histórica, la del nordeste de Italia, presenta unas características que permiten precisar bastante sus relaciones con otros grupos indoeuropeos. Tampoco se discute la hipótesis de que los dialectos griegos pudieron suplantar en Grecia a una lengua indoeuropea anterior, algunos de cuyos rasgos podrían ser reconocidos todavía en algunos escasos restos. En la bibliografía faltan obras como *Vorgriechische Sprachwissenschaft*, de Georgiev (aunque se citan otros trabajos suyos), o *Le Pélasgique*, de Van Windekens.

Sólo por razones de principio he insistido tanto en puntos que en este contexto

son más bien secundarios. Hay que hacer constar, en todo caso, que para nadie podrá resultar más útil que para un lingüista la consulta del presente libro. El le presentará en todo momento un amplio panorama de lugares y épocas que le impedirá considerar las lenguas como sistemas cerrados, intemporales y utópicos.

Pero la obra ofrece algo más: un apéndice del lingüista norteamericano M. Swadesh, residente ahora en Méjico, titulado "Unas correlaciones de Arqueología y Lingüística", cuyas conclusiones, por lo inesperadas en más de un aspecto, no parecen destinadas a ganar sin lucha el asentimiento general. En él se ha intentado, para emplear las palabras de Swadesh, "aplicar la correlación entre las conclusiones arqueológicas del cuerpo de esta obra con dos clases de datos lingüísticos: las divergencias léxicoestadísticas y una selección de isoglosas". Estas, nueve en total, que señalan innovaciones en los sonidos que algunas lenguas indoeuropeas presentar en común frente a las demás, van representadas en sendos mapas enfrentados, en buscado paralelismo, a los que resumen los datos arqueológicos y etnológicos del cuerpo del libro.

No es este momento para entrar en la explicación y crítica del método glotocronológico, ideado por el mismo Swadesh y por Lees para determinar cuantitativamente la divergencia de lenguas que tienen un origen común, método que por otra parte es sobradamente conocido para que pueda ser presentado como una novedad. Bastará con recordar que postula una constancia—dentro siempre de períodos de tiempo bastante amplios— en la rapidez con que son sustituidos los elementos del "léxico básico" de cualquier lengua, o en otras palabras, que supone que el número de elementos reemplazados en un determinado plazo es función exponencial del tiempo transcurrido. Como se ve, su aparato matemático—ya que no su fundamento empírico— es exactamente el mismo sobre el que descansa el procedimiento de da-

tación por el carbono 14, debido a Libby.

Los datos numéricos en que se funda Swadesh proceden de una ponencia de Roberto Escalante para el Congreso de Ciencias Prehistóricas y Protohistóricas de Hamburgo (1958), que no conozco. Sería, por lo tanto, una temeridad el entrar en la discusión de unos datos que a falta de conocimiento directo, tiene uno que contentarse con adivinar o en el mejor de los casos con reconstruir.

A pesar de ello, no puedo menos de expresar mis sentimientos de extrañeza —extrañeza que más de un lingüista compartirá, estoy seguro— ante lo sorprendente de los resultados de ese experimento. Que el irlandés, para citar un ejemplo, esté mucho más cerca del eslavo antiguo que del latín, en la proporción de 8 a 26 (vamos a dejarlos en unidades abstractas, en vez de siglos mínimos), que el mismo armenio resulte un pariente más próximo de la lengua céltica (por 17 contra 26), contradice abiertamente las ideas admitidas y el consenso común es demasiado difícil de obtener para que las opiniones comunes puedan ser rechazadas a causa de las conclusiones de un ensayo aislado<sup>1</sup>. Sobre todo cuando no se conocen sus detalles, y lo que es más, cuando parece que deberían ser bastante distintos, en la medida en que uno puede rehacerlos.

Se diría, pues, salvo prueba en contrario, que hay algo radicalmente erróneo en ese experimento, ya que contradice a una larga experiencia que no por no estar exactamente cuantificada deja de ser experiencia; lo erróneo puede estar en el método en sí o en su aplicación a este caso concreto. Y como sigo creyendo en principio en la utilidad de la glotocronología, tengo que inclinarme por la segunda alternativa.

La utilidad del método estriba, evidentemente, en que falcita un criterio objetivo —o por lo menos en que permite reducir a límites bastante estrechos los factores subjetivos— para la determinación de los parentescos lingüísticos y a la vez una es-

cala que distingue, al menos, diferentes órdenes de proximidad y divergencia. Es fecundo además de útil, porque esta tentativa de cuantificación, la primera que ha conseguido ser ampliamente aceptada en lingüística comparada, no tiene por qué ajustarse a la forma precisa en que la viene usando Swadesh. Ya se ha establecido (Cowan, Hymes) una distinción hace tiempo necesaria entre léxico-estadística en general y glotocronología en sentido estricto. Dentro de esta misma se ha señalado, con razón, que el experimento, con algunas modificaciones en su diseño, puede muy bien aplicarse a cuestiones distintas y de más fácil solución, aunque de menor alcance que las que vienen absorbiendo exclusivamente el interés de Swadesh. Me remito a las observaciones póstumas de Kroeber en *International Journal of American Linguistics*, fascículo 1.

En resumen y aunque parezca contradictorio, el presente ensayo de Swadesh parece de capital importancia por dos razones: En primer lugar, porque no hay motivo para que el problema de las relaciones mutuas de las lenguas indo-europeas debatido *ad nauseam*, según puntos de vista y argumentos incansablemente repetidos, no pueda recibir nueva luz al ser examinado desde nuevos ángulos. En segundo lugar, porque el experimento es crucial para la glotocronología, más bien que para la lingüística indoeuropea, porque el método se enfrenta ahora con lenguas bien estudiadas y de pasado relativamente conocido. Swadesh siempre ha sostenido que la glotocronología no pretende ninguna exclusividad, que es un método destinado a ser usado en combinación con otros; pero el hecho cierto es que las lenguas a que ha venido aplicándose (las indígenas de América, sobre todo) no estaban, por así decirlo, en condiciones de poder protestar del trato que se les daba, por lo menos la mayor parte de las veces. Aun en ese campo se han oído con todo, voces discordantes. Cf. la crítica de Longacre, en el número citado de *IJAL*.

En cuanto a las isoglosas, que parecen venir en ayuda de las conclusiones glotocronológicas, lo menos que se puede decir es que su correlación con los demás datos no deja de ser forzada. El valor probativo de una de ellas (asibilación de \**ti* en varios dialectos griegos y en alguna lengua anatólica) es particularmente pobre, pero otras tampoco resultan demasiado convincentes.

Diré, para terminar, que el libro que comento, incluido el apéndice, no es sólo importante, sino además estimulante. Como obra de consulta será por largo tiempo de recurso frecuente, fácil y provechoso, por su rica documentación, por su carácter sistemático, lo ordenado de su exposición y por su abundante material gráfico.—LUIS MICHELENA.

PALOL, P. DE: *La necrópolis hallstática de Agullana. (Gerona)*. Bibliotheca Praehistorica Hispana. Madrid, 1958. 235 páginas, 212 figuras. XXIII tablas y XVI láminas.

Los estudios sobre las investigaciones indoeuropeas en general y sobre los celtas en particular, en el último decenio en la Península han motivado frecuentes e importantes estudios, en los que se replantean todos los problemas con ellos relacionados y se buscan nuevos datos, que arrojen luz sobre lo ya conocido. Tovar, desde el campo de la lingüística, ha consagrado al tema varios fundamentales trabajos, muchos de los cuales han aparecido en las páginas de esta revista.

Maluquer, además de frecuentes publicaciones, ha dedicado dos gruesos y fundamentales volúmenes a un yacimiento clave para estos problemas: el de Corres de Navarra; A. Beltrán viene excavando con un equipo de discípulos yacimientos del Alto Pirineo, y en un conjunto de importantes trabajos va dando a conocer diversos aspectos concretos del problema; A. Blanco ha escrito excelentes páginas sobre la orfebrería de estos pueblos, y ya hace algunos años que M. Almagro publicó una obra de conjunto sobre las investigaciones

indoeuropeas en Hispania; tema, el de los indoeuropeos, que ha motivado un buen libro de P. Bosch-Gimpera. Un grupo de lingüistas, discípulos de Tovar, Lapasa, L. Albertos, Rubio, etc., con base lingüística, están ofreciendo nuevos datos a la consideración y discusión de los arqueólogos.

El libro que reseñamos es una buena aportación al tema. El autor ha excavado con la más depurada técnica científica la necrópolis de Aguellana y publica todo el material arqueológico hallado en las tumbas. Se describe brevemente este material, al que acompañan buenos dibujos de los objetos, principalmente de las cerámicas. La segunda parte del libro se consagra a trazar la tipología del material arqueológico, cerámicas y objetos de metal. En la tercera parte Palol no se contenta con haber ofrecido la descripción del material, sino que ofrece sus puntos de vista personales sobre la cronología de la necrópolis y encuadra estas gentes dentro del marco histórico de los campos de urnas franceses y españoles. Muy útiles son las tablas de formas, para trabajos de ulteriores investigadores, que acompañan al texto. Siguen un conjunto de buenas láminas nutridas de figuras, en las que el autor presenta las reproducciones de las piezas que cree más significativas e importantes, y la disposición de los objetos en algunas sepulturas. El presente libro no sólo constituye un prototipo de esta clase de publicaciones, sino que tendrá que ser consultado continuamente por los investigadores dedicados a estos temas.—J. M. BLAZQUEZ.

CORPVS VASORVM ANTIQVORVM. ESPAGNE III. *Musée Archéologique de Barcelona*. Fasc. número 1, redactado por P. Bosch Gimpera y J. de C. Serra Rafols. *Institut d'Estudis Catalans*. Barcelona, 1951-1959 [1960].

Con un gran retraso, a causa de múltiples dificultades y contratiempos, aparece este tercer volumen del CVA de España, dedicado a parte de la cerámica griega del Museo Arqueológico de Barcelona. Su pu-

blicación ha sido posible gracias a los auspicios del *Conseil International de la Philosophie et des Sciences Humaines*, con el concurso económico de la UNESCO.

El interés extraordinario de este fascículo se desprende del hecho, poco frecuente en las series del CVA, de que toda la cerámica griega catalogada procede de un mismo lugar y precisamente de la colonia griega de Emporion, la adelantada de todas las colonias occidentales conocidas, aunque no siempre ha sido hallada en excavaciones regulares. Por ello la presencia en tierras catalanas de estas cerámicas alcanza un interés histórico extraordinario, como índice no ya del nivel de vida de la colonia, sino de las rutas económicas mediterráneas y de su intensidad, premisa importante para conocer la influencia que ejerció Emporion sobre las poblaciones indígenas y el papel representado por la cultura griega en la elevación del nivel de vida y la formación de la cultura ibérica al norte del Ebro.

En un prólogo los autores exponen brevemente las dificultades con que tropezó la redacción del fascículo, como justificante del retraso. Vemos, sin embargo, que la bibliografía citada (la última, de 1959) contradice la fecha de la cubierta, por lo que puede considerarse 1960 como su verdadera fecha de aparición. Introduce al catálogo de la cerámica un resumen suficientemente extenso de P. Bosch Gimpera, sobre la historia de Emporion, que sirve para enmarcar históricamente los hallazgos.

La presentación, cuidada y perfecta, de este fascículo, responde a las normas del CVA, y las críticas concretas que podríamos hacer proceden de las características generales de la publicación, que ya en otras ocasiones hemos lamentado, por responder a conceptos de la Arqueología ya superados.

Las láminas p. e., impresas de modo impecable por la *Imprimerie Faucheux et fils, de Chelles* (S. et M.), carecen de escala, que si es verdad que las afea en el momento de utilizarse un inventario como el CVA, es de gran utilidad. También lamentamos sinceramente que el *Institut*

*d'Estudis Catalans*, contrariamente a su ya larga tradición, haya publicado en francés este fascículo.

A pesar de todos estos inconvenientes nos felicitamos de la voluntad de continuación que representa la aparición de este fascículo. La cerámica griega que tenemos en España es escasa y nuestras series del CVA deberían haber sido publicadas ya hace tiempo, pues por fortuna la arqueología se halla entre nosotros en una etapa floreciente y de gran vitalidad. Recordemos a este propósito la necesidad de continuar la publicación del *Corpus Vasorum Hispanorum*, que tan brillantemente ha iniciado el Consejo Superior de Investigaciones Científicas con los fascículos de Azaila y Liria.—J. M. DE M.

COOK, R. M.: *Greek painted pottery*. XXIII. 391 p. 44 fig. y 56 láms. Methuen & Co. Ltd. Londres, 1960.

Una serie de trabajos acerca de los estilos cerámicos de Chios, Klazomene y Fikellura, aparecidos en el Boletín de la British School of Athens y la publicación del fascículo 8 del British Museum, en el C. V. A., habían ido dando a conocer la personalidad de R. M. Cook, Lector de Arqueología Clásica en Cambridge.

En esta ocasión Cook acomete una obra mucho más ambiciosa consistente en estructurar los conocimientos actuales sobre la cerámica griega desde el período protogeométrico hasta el helenístico, cubriendo en total diez siglos. Una obra así, sistemática y de conjunto, no se había producido desde principios de siglo, cuando el estudio de la cerámica griega estaba aún en mantillas.

La primera parte del libro se dedica a estudiar cronológicamente los estilos de las fábricas griegas: protogeométrico, geométrico, orientalizante, de figuras negras, figuras rojas, helenística con decoración pintada, y finalmente las cerámicas de barniz negro y las de relieves.

Probablemente es al período arcaico al que Cook se siente más atraído, no sólo porque a él ha dedicado su especialidad,

sino por la gran variedad de estilos que en él aparecen y de escuelas locales, cuya interconexión queda estudiada con mucho cuidado y sobre bases sólidas.

Observaremos que en cuanto al estilo geométrico Cook considera la cronología propuesta por Young para el final del Geométrico Atico con escepticismo, como dudosa la división del Geométrico Ultimo, corintio de Weinberg, y que de los períodos del Geométrico de Beocia, propuestos por Ure, sólo acepta como tal el II A 1 y 3 y aún como tardíos.

Con respecto al período Geométrico de Italia y Sicilia, el autor halla demasiado altas las fechas de Blakeway, mientras las de Akerstrom son demasiado bajas.

En relación con el protoático, que J. M. Cook dividió en Antiguo (710-680), Medio (680-630) y Ultimo (630-600), la cronología propuesta por el autor es muy cercana. Téngase en cuenta que Beazley cataloga el período protoático, Ultimo de Cook, como ya del comienzo de las figuras negras.

Siguen una serie de capítulos a cual más interesantes: Sobre las formas, la técnica, inscripciones, cronología (VIII al XI). Todos los capítulos están puestos al día y recogen y sintetizan los aspectos fundamentales. Citemos que la técnica para la obtención del barniz "rojo coral" ha sido incluido también en este tratado.

Decepcionante para quien quiere obtener una visión de la vida en Grecia es el capítulo destinado a "comercio, relaciones políticas, prosperidad, vida diaria, mitología y religión", condensado en tres páginas.

Una serie de observaciones prácticas acerca del manejo, fotografiado, limpieza, etcétera, de los vasos griegos, precede a la "Historia del estudio de la pintura vascular", en donde el autor expone una de las síntesis más brillantes sobre este tema tan apasionante.

Indices varios, un glosario y preciosas ilustraciones, son el digno complemento de esta bien acabada obra de síntesis.

G. TRIAS.

VILLARD, FRANÇOIS *La céramique Grecque de Marseille. (VI-IV siècle) Essai d'Histoire Economique. Bibliothèque des Ecoles Françaises d'Athènes et de Rome.* Fasc. CXCIV. París, Boccard, 178 páginas, con 58 láminas.

Rehacer la historia de las viejas ciudades occidentales es siempre apasionante. La parquedad de las antiguas fuentes literarias, desalentadora por demás, limita las posibilidades de conocimiento; de ahí que hayamos puesto nuestras esperanzas en los nuevos datos que puedan desprenderse de las fuentes arqueológicas. Un libro como el de Villard nos muestra, una vez más, cómo se pueden conseguir espléndidos resultados de la interpretación inteligente de los datos combinados de textos y arqueología, sin salirse del más extremado rigor. Ni siquiera es necesario que los resultados arqueológicos sean espectaculares, pues lo conseguido se ha logrado con humildes fragmentos de cerámica.

Aparte del numerario sólo conocemos de la antigua Massalia un grupo de fragmentos cerámicos procedentes de importaciones griegas y etruscas, y de fabricación local, y sin embargo el presente libro constituye, sin la menor duda, un impresionante capítulo de historia. Desde la publicación del conocido trabajo de Jacobsbels y Neuffer, sobre la *Galia Graeca* (1933), el material disponible se ha duplicado; pero a pesar de ello no constituye una masa excesiva, ni siquiera importante; de ahí el mérito de llevar su análisis hasta sus últimas consecuencias, lo que constituye la primera parte del libro, es decir, el inventario crítico.

Del mismo resulta que en primer lugar la cerámica corintia comienza con escasos fragmentos del corintio antiguo y va aumentando paulatinamente, con la particularidad de que en general se trata de fragmentos de vasijas grandes, de lujo y no de los vasos pequeños utilitarios, que constituían la pacotilla corriente en el Mediterráneo occidental; es decir, que Massalia ofrece un fenómeno paralelo al de las ciudades Etruscas y distinto de las colonias sicilianas, en las que la cerámica corintia es de tipo corriente. El comienzo



del siglo VI parece ser el del *climax* de estas importaciones. Las importaciones láxicas se reducen a pocos fragmentos, pero también pertenecen a vasijas de precio. Las cerámicas calcídicas son también escasas. Más importante es la cerámica griega oriental y etrusca, en realidad fragmentos de cantaros de buclero que aparecen por todo el occidente y corresponden a una breve etapa de expansión comercial etrusca, de fines del siglo VII y comienzos del VI.

La cerámica ática de figuras negras se importará durante todo el siglo VI en cantidad apreciable, y asimismo las primeras producciones de figuras rojas, luego, a partir del 500, se hacen escasísimas. Es interesante observar que la cerámica ática suplanta el mercado corintio bien pronto en Massalia para constituir en total más del 83 por 100 de toda la cerámica importada en la ciudad.

La enseñanza que nos muestra la cerámica es bien clara. Massalia a partir del 600 o poco antes, adquiere pronto el rango de gran ciudad comercial, rica y floreciente. Durante todo el siglo VI mantiene esa posición para sufrir un verdadero colapso económico durante el siglo V y no recuperarse hasta bien entrado el siglo IV, en que vuelve a entrar en otro período de florecimiento. Este proceso contrasta con el panorama que ofrecen otras colonias occidentales, como Ampurias, que precisamente en el siglo V, según muestra su cerámica importada, desarrolla una etapa de potente actividad.

La segunda parte del libro está constituido por tres interesantes capítulos. En el primero se aborda críticamente el problema de la fundación de Marsella, con análisis minucioso y ponderado de la doble tradición literaria, para inclinarse por una fecha alrededor del 600, sin que los pocos fragmentos de cerámica de fines del VII justifiquen una mayor antigüedad. En este sentido se puntualiza la valoración de la presencia rodia con anterioridad a la fócea en occidente. Un segundo capítulo analiza los datos que a través de las fuentes escritas pueden considerarse adquiridos en la historia marsellesa de esos dos siglos (VI-IV). Por último, la expansión

marsellesa y sus límites es tratado con admirable ponderación —poco frecuente— en particular cuando se refiere a las “colonias” de Marsella. En ello se sigue la tendencia de Jannoray frente a la tradicional valoración del imperio marsellés, que en muchos casos no estaba justificado por la fecha, relativamente baja, de aparición de muchos *emporion* occidentales. Las relaciones de Marsella con el mundo céltico, con España, con Etruria, etc., se tratan con acierto y sitúan en sus justos límites las posibilidades del comercio massaliota.

El capítulo de conclusiones es muy interesante. El autor busca la causa de la aparición de Marsella y su florecimiento en época arcaica en el comercio del estaño, cuya importancia en el mundo antiguo, extraordinaria, justifica tantas empresas coloniales. La vía de penetración que representa el Ródano es debidamente valorada y los hallazgos del Mont Lassois inducen a creer que existiría una relación directa entre los indígenas y los griegos marselleses. En ningún otro lugar indígena continental ha sido hallado el volumen de importaciones que atestigua Mont Lassois, que indican un excepcional nivel de vida en el *oppidum*, que funcionaría como un lugar de concentración de mercancías.

El colapso comercial del siglo V, que atestiguan tanto la cerámica como las monedas, constituye un problema al que pueden proponerse varias soluciones. Para Villard la clave del problema está en el cambio de condiciones del mundo interior céltico en el tránsito de la cultura del Hallstatt a la de La Tène, lo que comportaría la pérdida del control de la ruta continental del estaño, más que los cambios en la estructura política mediterránea, después de la batalla de Alalia. En realidad desde otros muchos ángulos se viene observando el colapso de las estructuras políticas en los pueblos hallstáticos, coincidiendo con la plena generalización de la metalurgia del hierro, factor de inestabilidad y democratización no despreciable.

En definitiva vemos clarificada la historia de los siglos marselleses a partir de

la conexión estricta de datos arqueológicos y literarios, sin concesiones a la imaginación y puntualizando siempre los límites entre el dato adquirido y la simple hipótesis posible sin contradecir aquellos datos. Libro inteligente, escrito con pulcritud y elegancia, en una prosa ágil, de lectura fácil e impecable presentación, que hace honor a la escuela arqueológica francesa y que recomendamos sin reserva a todos los estudiantes de la Historia antigua.—J. MALUQUER DE MOTES.

GARCIA y BELLIDO, A.: *Colonia Aelia Augusta Italica*. Bibliotheca Archaeologica, II, Instituto Español de Arqueología. Consejo Superior de Investigaciones Científicas. Madrid, 1960. 160 págs., 64 figuras, XLVIII láms., + un mapa.

A. García y Bellido en este libro ha trazado una excelente monografía de Itálica, una de las ciudades romanas hispanas más cargadas de historia, que ha proporcionado material arqueológico más rico, abundante y variado. El autor ha reunido todo este material arqueológico hallado en la ciudad y lo ha sometido a un minucioso análisis, ya que gran parte de él, aunque publicado, no se encontraba bien estudiado. Gran número de páginas de este libro son, pues, el resultado de estudios personales y monográficos, lo que avalora considerablemente el contenido. A. García y Bellido no se ha contentado con el examen de todo el material arqueológico, epigráfico y numismático, mosaicas, esculturas y artes menores, piedras talladas, vidrios, cerámica y objetos varios, lo que por tratarse de una ciudad de tan larga vida y que ha proporcionado objetos en número elevado y muy variado, supondría ya que el contenido del libro era extraordinariamente importante, sino que en realidad lo que ha logrado es presentar la vida de una gran ciudad romana de la Bética. Los objetos son el soporte necesario de que el autor de vale para presentar al lector la historia viva de la ciudad. El libro es de una gran jugosidad y amenidad, porque en realidad sus páginas no son sólo el análisis del

material arqueológico, sino además la historia de uno de los más antiguos asentamientos romanos en Hispania. A. García y Bellido conjuga magistralmente Arqueología e Historia. En este aspecto la primera parte, que el autor dedica a *Itálica en su historia*, es una de las que el lector lee con más fruición, pues el autor es un mago en revivir situaciones históricas del Mundo Antiguo, en lo que tiene una gran experiencia y en lo que ha logrado merecida fama.

Destaca por su importancia, igualmente, de la ciudad y de sus edificaciones. Gracias a la tercera parte, dedicada a la descripción a este estudio de A. García y Bellido se puede conocer cómo era una de las ciudades más importantes de la Bética. Lo que avalora más el contenido del libro, como se dijo ya, es que responde a estudios personales y de primera mano. Muchos de los planos que ilustran las páginas están ejecutados por el autor directamente sobre el terreno, otros muestran importantes rectificaciones introducidas por el autor, desultado de sus estudios personales. Estos minuciosos estudios, que A. García y Bellido viene efectuando desde hace varios años, cuyo fruto es este libro, y el exacto conocimiento del material arqueológico, le ha llevado a intentar algunas buenas reconstrucciones de edificaciones. Excelentes fotografías y dibujos, muchos sacados y realizados por el autor, ilustran el texto.—J. M. BLAZQUEZ.

ETIENNE, ROBERT: *Le Quartier Nord-Est de Volubilis*. Dos vols de 29 x 22,5, uno de texto con 190 páginas y otro de 88 láminas (planos e ilustraciones fotográficas). Publicado con la ayuda del Centro Nacional de Investigaciones Científicas, las Universidades marroquíes y la Misión universitaria y cultural francesa de Marruecos. Ediciones Boccard. París, 1960.

El autor es ya meritoriamente conocido en los medios científicos españoles por varios artículos relativos a ciertos aspectos de la historia romana de la Península, publicados algunos en AEAru., y singu-

larmente por su monumental obra *Le culte impérial dans la Péninsule Ibérique*, recientemente publicada, que ha colocado al profesor Etienne a la cabeza de los franceses que estudian nuestras antigüedades hispano-romanas en la línea que marcaron ya Engel, P. París, Albertini, etcétera. Pero ocupándose de temas que ninguno de ellos tocó y subiendo a alturas que pocas veces alcanzaron sus predecesores. Pero de este libro he de ocuparme más extensamente en otra ocasión.

El que ahora nos entretiene será sobre todo útil al arqueólogo que haya de ocuparse de la casa y de la urbanística romanas en la Península, pues dada la proximidad de Volubilis y la semejanza de clima y ambiente, hallará muchos puntos de contacto, como ya una ojeada al cuerpo de láminas de la obra del profesor Etienne lo demuestra. Como prodomo a este trabajo el autor había publicado ya en 1954 su *Maisons et hydraulique dans le quartier N.-E. a Volubilis* (*Publications du Service des Antiquités du Maroc*, fasc. 10. París 1954) Ahora amplía el tema abordándolo desde todos los puntos, singularmente el urbanístico y el económico-social.

Respecto al primero el autor deduce que el trazado regular del barrio es de tradición helenística mientras la organización de la vivienda es romana. Advierte que el Volubilis ésta es baja, en algún caso con un piso, dando lugar a una arquitectura horizontal, que contrasta a la vertical de las grandes aglomeraciones con proletariado. (Ostia Roma, etcétera) Volubilis era una ciudad que escasamente llegó a los 10.000 habitantes, casi todos modestos propietarios de haciendas rurales, trabajadas por esclavos o pequeños comerciantes e industriales.

Advierte el autor que en el período avanzado se nota una renovación, aceptando lo que en Ostia es tan frecuente en la misma época: peristilos, termas domésticas, nymphaeos, etc. La tradición indígena o púnica no aparece. El "nuevo orden" romano, aunque económicamente siguió viviendo sobre la base de la agricultura (aceite y trigo, principalmente),

adoptó las formas de vida itálicas. Ello dió lugar a una Volubilis de "urbanismo occidental". Etienne estudia monográficamente todas las casas de este barrio, fechándolas con la precisión variable de los datos. Van desde fines del siglo II hasta los tiempos tetrárquicos predominando las de época severiana. Este estudio fundamental para extraer luego las deducciones oportunas, ocupa buena parte del libro. Después considera el tema de las tiendas, las termas domésticas y demás dependencias y servicios (almacenes, letrinas, etc.)

Es curiosa la ausencia del ladrillo como material fundamental de construcción. Este no hace su aparición abierta sino a mediados del siglo III. Hasta ésta data la pared, según el autor, es de hormigón vaciado entre dos paredes de tablas.

Si los muros y paredes que se ven en las fotografías no están rehechos, es decir, si son los que aparecieron en la excavación, el procedimiento hubo de ser, a a mi ver, otro: la mampostería, careada, en hiladas horizontales muy cuidadas, llenando el interior con materiales varios pequeños, en los que se echaría la cal o cemento (sirvan de ejemplo las láminas 44, 46, 47, 50, 61, 63, 77, 85). Estas paredes no parecen estar hechas por el procedimiento del encofrado como supone el autor. La pared iría alzando a medida que se colocasen las hiladas regulares de mampuestos en ambas caras, llenando el interior con piedra pequeña y rociando todo abundantemente con lechada de cal, para continuar así, paulatinamente, subiendo el muro.

No se hace mención de paredes de tapial, lo que es raro aun habiendo piedra fácil.

Si las paredes han conservado la altura con que aparecieron, hubieron de ser mixtas, como tantas veces hemos comprobado en la Península. La parte inferior, de sillares o mampostería, sirvió de zócalo defensivo; sobre él vendría luego la pared ligera, de tapial o adobes de la que, naturalmente, nada suele llegar. Pero el hecho de terminar el zócalo de mampostería o sillares en línea continua, horizontal, indica que estaba preparado para

recibir la pared de tapial (o de adobes). Así interpretamos las figuras de las láminas 45, 49, 50, 52, 53, 57. 63.)

El grosor de estas paredes es el corriente unos 55 ó 60 centímetros y sus cimientos entre 30 y 50 centímetros. Todo iría enlucido.

La publicación es tipográficamente excelente y el cuerpo de gráficos admirable, en particular los planos de ellos, plegados y en varios colores. La obra del profesor Etienne será una cantera de la que han de obtenerse muchos materiales de estudio y comparación.—A. GARCIA BELLIDO.

CREMA, LUIGI: *L'Architettura Romana*. Società Editrice Internazionale di Torino. Turín, 1959. 25 × 18 centímetros. XXIV + 688 páginas, con 844 figuras en el texto. Encuadernado en tela: 8.000 liras.

Es el primer tomo aparecido hasta ahora de la *Enciclopedia Classica*, que ha empezado a editar la Società Editrice Internazionale de Turín, bajo la dirección de G. Battista Pighi, Carlo del Grande y Paolo E. Arias, quienes, al parecer, se han distribuido el cuidado inmediato de las tres partes en que han planeado la Enciclopedia: I, "Historia y Antigüedad"; II "Lengua y Literatura" y III, "Arqueología e Historia del Arte Clásico".

Es a ésta última a la que pertenece el presente volumen, I de su sección y XII de la Enciclopedia. La empresa es ambiciosa y está concebida con amplitud. Sería de desear que no quedase en sus comienzos y que en un futuro próximo podamos contar con buena parte de los manuales que se preparan.

Atengámonos por el momento al único hasta ahora aparecido. Por él podemos juzgar lo que serán los demás. El diagnóstico no puede ser más optimista. El libro está primorosamente presentado y limpiamente impreso en un papel grato a la vista, aunque no recibe bien el grabado directo, que resulta un tanto opaco. El número de ilustraciones, que suman 844 figuras, hace de él un repertorio muy completo. Dada la índole del tema es natural que predominen las plantas y alza-

dos de edificios, los dibujos analíticos y las reconstrucciones, todo lo cual hace del libro más un manual técnico que una historia del arte arquitectónico. Y ello lo digo no como censura, sino como justo elogio. Gracias a ello tenemos ahora a la mano un denso álbum de breves monografías gráficas de los principales edificios romanos.

El autor ha concebido el tema en toda su amplitud, es decir, como un tratado general de la arquitectura producida por Roma y las Provincias, todo a lo largo de su historia republicana e imperial. Punto de vista, a mi juicio, más acertado que el que guió a Riveira, que la limitó virtualmente a la propia Roma capital.

Respecto a su amplitud cronológica y sus límites el autor considera que la historia de la arquitectura romana debe cesar a la muerte de Constantino y no debe incluir los monumentos cristianos. Es esta una posición muy discutible pero aceptable, aunque no sea más que por tener muchos y notables precursores.

Crema divide su obra en seis capítulos, que se articulan a tenor de los avatares históricos: I, "Edad Republicana"; II, "De César a Claudio"; III, "Nerón y los Flavios"; IV, "De Trajano a Commodo"; V, "El siglo III hasta Diocleciano"; y VI, "Desde éste hasta Constantino". Dentro de tal cañamazo cronológico el autor trata de un modo monográfico de todos los temas arquitectónicos principales, comenzando por los puramente técnicos en lo referente a materiales, procedimientos y formas estructurales, para seguir luego con los decorativos de todo género. Después asocia los monumentos por sus tipos, destinos y programas. Así, tras la urbanística sigue la arquitectura militar y civil de servicio público (castra, praetoria, puentes, acueductos, horrea, etcétera, etcétera), para continuar con los foros, basílicas, mercados, templos, termas, teatros, anfiteatros, circos, estadios, arcos honoríficos, las casas, los palacios imperiales, terminando con la arquitectura funeraria.

Aunque no siempre siga rigurosamente esta secuencia no cabe duda que es una

pauta lógica, que acaso peque de ser excesivamente sistemática. Sus propósitos pedagógicos saltan a las claras, y a ello tienden también las copiosas notas bibliográficas que siguen a todas y cada una de las breves monografías que en suma constituyen el libro. Este es un modo de hacer que ha de abrirse paso, constituyendo el antiguo e inútil de acumular, al principio o al fin, una ostentosa y abrumadora lista de libros y artículos, sin más orden ni concierto que el alfabético o el de capítulos. Un paso más y se llegará al justo fin cuando a cada cita bibliográfica se añada un brevísimo juicio sobre el contenido, amplitud y punto de vista del autor citado en relación con el tema que se expone. Algo de lo dicho se ve ya tímidamente esbozado en el libro de Crema. Ello, además, es garantía de honradez y seriedad. El libro de Crema es, pues, muy útil también en este aspecto. Es digno de confianza. Sólo lamento los pocos y pobres informes que Crema tiene de la bibliografía referente a la Península Ibérica.

No menos útiles son sus numerosas ilustraciones aunque no siempre se ha cuidado de componer equilibradamente las páginas ilustradas. La profusión de planos, cortes, esquemas, etc., hacen —repetámoslo— muy provechoso el libro. Destaquemos también los índices. Hay uno de autores antiguos citados, otro de modernos, otro de términos arquitectónicos y finalmente otro topográfico. Cerrándose con el de ilustraciones.

El libro de Crema es, pues, bueno, denso de noticias aunque con poca doctrina, que no era por lo demás necesaria en este tipo de libros expositivos. Crema ha hecho un esfuerzo laudatorio y nos ha puesto en la mano un libro que era necesario, dado que los grandes tratados (aludo singularmente a los de Durm, Noack, Rivoira, Giovannoni, Lugli) o están hace tiempo agotados o quedan muy desplazados de nuestro momento o tienen otro carácter que el de un manual de Enciclopedia.—A. GARCIA Y BELLIDO.

PALOL P. DE: *Clunia Sulpicia. Ciudad Romana. Su historia y su presente*. Dirección General de Bellas Artes. Diputación Provincial de Burgos. Burgos, 1959. 114 páginas, más XV láms.

El autor ha razado en este libro una buena monografía sobre la Colonia Clunia Sulpicia, que en la actualidad se encuentra nuevamente en etapa de excavación bajo su dirección. La ciudad había sido objeto de repetidas campañas de excavación en el presente siglo, la primera emprendida por don Narciso Calvo, en el año 1915, y la segunda por don B. Taracena, quince años después.

La tercera época de excavaciones en esta importante ciudad, clave de la romanización de la meseta, es la que en estos años viene efectuando el profesor Palol con gran celo y meticulosidad. Se conocía de la ciudad abundante material de muy diversa índole, que había sido publicado en multitud de artículos, hoy día algunos muy difíciles de consultar por la rareza de las revistas en las que aparecieron. Urgía, pues, una obra de conjunto, que cogiese todo lo mucho y muy importante por su calidad y cantidad, que de Clunia se conoce.

También era muy necesaria una guía para el investigador que visitase las ruinas de esta Colonia, cabeza de un conventus jurídico en la provincia Tarraconense. Ambas necesidades urgentes ha remediado el autor con este libro. En realidad Palol ha realizado un estudio monográfico sobre la ciudad, reuniendo en un volumen de agradable lectura todas las noticias que han llegado a nosotros a través de las fuentes literarias, y examinando el material arqueológico, muy variado y rico, que Clunia ha dado: esculturas, lápidas, monedas, cerámicas y artes menores. El autor no se ha contentado con este análisis de fuentes y objetos, que ha efectuado con sencillez, unida a un gran conocimiento y dominio del material examinado, sino que para ser útil al investigador y ofrecer mayor novedad al lector que visita la ciudad,

la segunda parte del libro la consagra a las excavaciones. Las páginas dedicadas a ellas son de extraordinaria importancia para conocer la vida de la ciudad, ya que en ellas el autor presenta el resultado de sus trabajos de campo, que completa e ilumina diversos problemas planteados y no resueltos en excavaciones anteriores. Esta segunda parte es de gran valor informativo sobre la topografía de una ciudad romana importante de la Meseta. El libro de Palol es fundamental por varios conceptos, pero principalmente por dos: en él se conoce lo que era la vida en sus más variados aspectos de una gran ciudad romana de la Meseta. Ninguna ciudad del centro de la Península ha dado un material tan rico, variado y minucioso; sólo con que este material se presentase todo reunido el autor había hecho un buen servicio a historiadores y arqueólogos. En segundo lugar, en el presente libro queda bien patente el proceso de romanización y la paulatina desaparición de lo indígena; en este aspecto todo lo referente a las cerámicas indígenas y su cronología, es de una trascendencia excepcional.

Mérito grande del autor es que, para escribir este libro ha tenido que recorrer muy detenidamente los pueblos vecinos de Clunia, en los que, desperdigados, se encuentra el abundante material arqueológico.

El contenido del libro está avalorado por las láminas, que constituyen un auténtico *corpus* de todas las piezas que la ciudad ha ido dando.—J. M. BLAZQUEZ.

DIAZ y DIAZ, M. C.: *Un document privé de l'Espagne wisigothique sur ardoise*, en *Studi Medievali*, 3.<sup>a</sup> serie, I, 1, 1960 (Centro Italiano di Studi sull'Alto Medioevo, Spoleto), pp. 52-71 (con 14 láminas).

Dedica parte del artículo a una información biográfica completo de los estudios realizados hasta ahora sobre los documentos visigóticos en pizarra. Esto le sirve de introducción al estudio de dos nuevos fragmentos de pizarra, pertenecientes a

un mismo documento, que fueron descubiertos en la Dehesa del Castillo, en Diego Alvaro, a finales de 1956.

Describe los fragmentos, da la transcripción del texto, cuyo contenido analiza e identifica con una de las Fórmulas visigóticas: *conditiones sacramentorum*. Finalmente da como fecha de esta pizarra el último tercio del s. VI.—C. CODOÑER.

GIL FARRÉS, O.: *Historia de la moneda española*. 415 págs. + 54 láms. incers. 25 × 18 cms. Tela. Madrid. Diana, 1959.

El autor de esta importante obra, conservador del Museo Arqueológico Nacional, es conocido en esta especialidad, sobre todo por su intensa colaboración en revistas profesionales, por no hablar de numerosos estudios inéditos, mencionados a lo largo de este libro.

Tras unas nociones preliminares, de exposición muy clara, el contenido de materias comprende desde la influencia griega y púnica en Hispania e instauración del sistema monetario romano en la Península, hasta el reinado de Alfonso XIII, con un último capítulo, referente a la moneda colonial bajo los Borbones.

Aunque condensada en tres capítulos (considerando la moneda bizantina, sueva y visigoda, heredera de la romana), nada esencial falta en la parte dedicada a la numismática antigua, en la que el autor no ha dejado de terciar con sus estudios sobre epigrafía monetaria ibérica, seriación de las dracinas empuritanas, estudios sobre los denarios del jinete y sobre distintas cecas imperiales, como Emérita y Caesar Augusta.

Su contribución a estas materias no se circunscribe a la numismática antigua; por el contrario, puede apreciarse más pormenorizada en el resto de la obra, bastando el simple recorrido de las referencias bibliográficas que siguen en cada capítulo para percatarse de la importancia de dicha personal aportación. Es raro, en efecto, el período histórico de la evolución de nuestra moneda, en que no haya puntos objeto

de investigación, interpretación o esclarecimiento por parte del autor, quien con frecuencia desciende a problemas particulares, en ocasiones muy debatidos y que ahora, al parecer, quedan resueltos; es el caso, por ejemplo, del valor del maravedí de Alfonso el Sabio. Igualmente es de señalar la incorporación de noticias recientes, como las relativas al dinero de vellón, creído de Fernando I el Magno, que sería la moneda más antigua de este reino, según P. Beltrán, o al real supuesto de Alfonso V de Portugal, etc. Otras veces la cuestión queda sólo apuntada, como en las atribuciones a Alfonso I y al Batallador de monedas de Alfonso VII, o la falta de estudio crítico de ciertas monedas de los Trastamaras.

Entre las aportaciones al período austriaco recordamos el seisén o cuarto de real de plata, de Felipe III, fechado en 1612, o las correspondientes a la guerra de Sucesión, por ejemplo las acuñaciones barcelonesas inmediatas a la muerte de Carlos II; como un doble dinero del Archiduque, de 1700, y otro borbónico de 1701; o las zaragozanas, a nombre de Felipe V, en 1707.

Todo ello acusa un buen conocimiento del material existente en los ricos museos madrileños y en gabinetes extranjeros y particulares, como cuando se aduce la moneda inédita de doña Urraca, en la Biblioteca Nacional de París, o la réplica del dinero de vellón de Alfonso VII, labrada en Nájera, en la colección Inglada.

A este dominio del material es preciso unir el de los textos, que tantas noticias brindan, sobre todo del numerario medie-

val. Y en el proceso de las correspondencias de los nombres monetales citados por dichos textos con las piezas tangibles conocidas, se comprende que han de conjugarse los factores de tipos, leyendas, fecha, con los metrológicos, muy complejos y que obligan a multitud de operaciones hasta hallar las equivalencias que las identifiquen. Así ocurre con el texto, verdadero logogrifo para el no iniciado, de un documento de 1279, que ha servido para determinar la relación de ciertos dineros de Alfonso X (pág. 204-205).

Con ello queda señalado el interés de esta "historia" de la moneda española, nombre que ya expresa el justo concepto que de la Numismática debe sustentarse —como de cualquier otra rama de la Arqueología—, alejado del estéril coleccionismo. Por eso la obra se presenta como un relato —de fluidez no siempre posible— del fenómeno histórico, económico y social, que la moneda representa, haciéndose incluso preceder cada capítulo de una noticia, que lo enmarca y sitúa debidamente.

Para no romper ese relato se ha prescindido de cualquier género de nota al pie o al final de la obra, la cual se apoya, como se ha dicho, en la abundante bibliografía por capítulos, provista de su clave de abreviaturas, que constituye un factor de gran utilidad para conocer la marcha de las investigaciones.

Un completo índice toponímico, onomástico y de términos monetarios, facilita el manejo del libro, que va ilustrado con abundantes dibujos y está editado con la mayor pulcritud.—A. F. AVILÉS.